

EL FRÍO DE LA REALIDAD

MARÍA YOHANA GARZÓN ZAMBRANO

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2017**

EL FRÍO DE LA REALIDAD

MARÍA YOHANA GARZÓN ZAMBRANO

Trabajo de Grado presentado como requisito parcial para optar el título
de Licenciatura en Filosofía y Letras.

ASESOR:

Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha

**UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y LETRAS
SAN JUAN DE PASTO
2017**

“Las ideas y conclusiones planteadas en este trabajo son responsabilidad exclusiva del autor”.

Artículo 1° del Acuerdo 324 de octubre 11 de 1966, emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACIÓN

Presidente del Jurado

Jurado

San Juan de Pasto, febrero ____ de 2017

AGRADECIMIENTOS

La autora desea expresar sus agradecimientos:

A Dios, por la vida.

A mi familia, por su apoyo incondicional.

A quienes me facilitaron los documentos jurídicos que posibilitaron el desarrollo de este trabajo.

A la Universidad de Nariño, por brindarme espacios académicos que me hicieron crecer como persona.

Al Mg. Gonzalo Jiménez Mahecha, por su tiempo, colaboración, dedicación y confianza, que posibilitaron la elaboración de este trabajo.

A Jorge Armando Viteri Zambrano, por las ilustraciones de este trabajo.

A Dios, por la vida y por brindarme
la posibilidad de alcanzar este logro.
A mis padres, Ana Julia Zambrano Portillo y
Marino Garzón Erazo, por
su inmenso amor, ternura, confianza,
dedicación y apoyo incondicional; por su
esfuerzo y por estar ahí para mí
en el transcurso de mi formación
personal y profesional.

RESUMEN

El frío de la realidad es un ejercicio de creación literaria, donde, a través del juego del lenguaje, se ha logrado crear unas crónicas, a partir de procesos jurídicos. Estas crónicas muestran el lado más oscuro del ser humano, ya que la ira, la rabia, los celos, la envidia, la ambición, el odio, lleva al ser humano a cometer los actos más atroces e inimaginables. Estos escritos revelan desenlaces fatídicos, como la cárcel, la muerte y la desgracia, escenarios que se ven aparentemente tan lejanos, pero que, de una u otra forma, trastocan la normalidad en la sociedad.

Estos textos cronísticos dan una ligera idea de lo que sucede alrededor, para mostrar que, en muchas ocasiones, la realidad supera a la ficción, de ahí que el lector pueda sensibilizarse e incluso reflexionar acerca de diversos aspectos relacionados con la problemática social.

Palabras claves:

- Crónica
- Educación
- Literatura
- Realidad
- Relato

ABSTRACT

El frío de la realidad is an exercise in literary creation, where, through the play of language, it has been possible to create chronicles, based on legal processes. These chronicles show the darker side of the human being, since anger, rage, jealousy, envy, ambition, hatred, leads the human being to commit the most atrocious and unimaginable acts. These writings reveal fateful outcomes, such as imprisonment, death and misfortune, scenes that seem to be so far apart, but which, in one way or another, disrupt normalcy in society.

These texts of chronicles give a slight idea of what happens around, to show that, in many occasions, the reality surpasses the fiction. Thus, the reader can sensitize himself and even reflect on various aspects related to social issues.

Keywords:

- Cronicle
- Education
- Literature
- Reality
- Story

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	11
1. UN CAMINO HACIA LA CRÓNICA	13
2. EL FRÍO DE LA REALIDAD	24
IMPUNIDAD	25
EL CENTRO DE LA MUERTE	34
BELLA	42
DESGRACIA SIN LÍMITE	51
LA MUERTE DE MARIANA	60
¿DÓNDE ESTÁ ELLA?	68
EL LLAMADO DE LA MUERTE	76
MELINA SE VOLVIÓ LOCA	84
LA JUSTICIA ESTABA POR LLEGAR...	90
3. BIBLIOGRAFÍA	92

LISTA DE FIGURAS

	Pág.
Figura 1. El dolor entre las sombras	29
Figura 2. Las cadenas de la maldad	38
Figura 3. Instinto animal	47
Figura 4. Cólera	54
Figura 5. Inocencia bañada en sangre	64
Figura 6. Callejón sin salida	78

INTRODUCCIÓN

El frío de la realidad es un ejercicio de producción literaria que da una ligera idea del caos, el dolor y la desesperación que viven muchas familias, que se ven inversas en distintos conflictos legales, conflictos que implican la violación de derechos humanos, tales como la vida, la libertad, la integridad, entre otros; de esta circunstancia surge el hecho de que, tanto víctimas como victimarios, después de la comisión de un crimen, se vieran obligados a enfrentar largos y desgastantes procesos, que les cambiarán la vida por completo.

Como bien se sabe, en la actualidad, la violencia en todas sus escalas aumenta en desmesura, lo que satura los juzgados de procesos de homicidios, hurtos, torturas, violaciones, desapariciones forzadas, entre muchos otros, y este es uno de los motivos que han llevado a desarrollar este trabajo, ya que podría sacar, de alguna manera, a los personajes de estos escritos, de las crudas estadísticas criminales, con la intención de producir un texto que llegara a sensibilizar al lector sobre algunos aspectos de la problemática social que aqueja al país.

A partir de esta circunstancia se origina el hecho de que se hubiera vuelto la mirada al proceso penal, ya que este se encarga de desarrollar una investigación y castigar, finalmente, por medio de la sentencia, un delito. Para elaborar este trabajo, se han leído y analizado varios procesos penales, de los cuales se ha seleccionado los más impactantes. Cabe mencionar que la realización de este texto no se hubiera posibilitado sin la colaboración de algunos de los funcionarios de la Oficina de Relatoría del Palacio de Justicia de Pasto, quienes facilitaron los documentos jurídicos que se tomaron como base para la escritura de estas crónicas.

Estos escritos permitirán vislumbrar diversos sentimientos, como la culpa que siente una persona que apagó la vida de otra, el dolor de una familia al ver que uno de sus integrantes arruinó su vida y la de otros, el terror que siente un niño al enfrentar el frío de la muerte, la rabia y desprecio que traen consigo los celos desmedidos, la humillación, la desolación y el asco que siente una mujer después de que la abusasen sexualmente, todos estos sentimientos comprensibles ante el horror de esas circunstancias. Estas realidades no solo afectan a la víctima, al victimario y sus familias, sino, en algunos casos, dejan una huella imborrable en la memoria de toda una comunidad.

Ahora bien, este ejercicio de la escritura de unas crónicas presupone ya una dificultad, pues en los archivos legales, bien sean los testigos, la fiscalía, el abogado defensor y las evidencias solo dan cuenta de forma sintética sobre las situaciones más difíciles que han rodeado la comisión de un delito, de ahí que, al recrear los hechos extraídos de un proceso

jurídico, se suscita un conflicto entre los sentimientos que presentan, ya fuera la víctima o el victimario, y quien escribe, ya que este último simplemente intenta adentrarse e imaginar algunos aspectos de la situación que está narrando, en búsqueda de asimilar las múltiples emociones y pensamientos que pudieron haber sentido los partícipes de estas historias.

De cualquier modo, las palabras son una herramienta con la que es posible plasmar, en cierta medida, el desasosiego, el desconcierto y la turbación que han marchitado la existencia de los personajes de estos textos cronísticos. Así, la producción literaria se abre a espacios para acercarse al ser humano, a sus vivencias y a sus más recónditas debilidades y fortalezas.

Habría que decir, también, que la idea de realizar este trabajo surge de la intención de conocer más acerca de los procesos legales, a los que muchas personas se deben enfrentar, conflictos que perturbarían a cualquiera, situaciones que vienen a mostrar una vez más que la realidad supera a la ficción.

Por esto, en este trabajo se pretende mostrar que para escribir no es necesario, en un principio, inventar historias imaginadas, nunca antes contadas, sino es un buen ejercicio de escritura recrear algo que ya existe, escribir acerca de hechos que se han vivido en la realidad y en el entorno, acontecimientos dignos de contarse y más cuando hacen parte de los intereses de la persona que está escribiendo.

De esto precisamente se trata la crónica, pues se basa en hechos que se encuentran en la realidad o, mejor dicho, que forman parte de la realidad o de la historia de quien escribe, además de que la crónica no solo permite contar la realidad, sino también interpretarla y reflexionar acerca de ella.

UN CAMINO HACIA LA CRÓNICA

La escritura, a través de la Historia, comparada con otras actividades del ser humano, se presenta como una práctica que obedece a una necesidad profundamente sentida por quien la ejerce. En tiempos remotos, el arte de la narración fue fundamentalmente oral, utilizado para narrar las hazañas vividas por los héroes de antaño que marcaban el corazón de los pueblos; allí, a través de cánticos, se narraba cada hecho significativo para una nación.

Hoy en día, la narración se realiza de forma escrita; por tanto, por medio de la escritura el escritor expresa su pasión, su indignación, su locura con cortinas de terror, de humor, de amor y de misterio; en otras ocasiones, les da rostro y nombre propio. Por eso, resulta pertinente afirmar que la escritura deriva en la literatura y la literatura recoge algunos elementos de la tradición oral, difundida de generación en generación a través de los tiempos. Esta tradición oral recoge los mitos y las leyendas de diferentes pueblos, absorbe, asimila y elabora las incertidumbres, los interrogantes y la visión de mundo de las culturas, hasta ir formando y constituyendo, poco a poco, una sola, más amplia, que se reunirá por tradición oral y por medio de la escritura, cuando surja en cada pueblo, así como lo expresa Silvia Helena García:

Cuando se habla de lectura literaria nos imaginamos, a veces, habitando un mundo lejano y distante, poblado de seres extraños, de palabras ajenas y excluidas de la vida real de los hombres. Sin embargo, el mundo de la literatura y de la poesía es el mismo mundo del hombre.¹

De esta manera, la literatura, además, recrea la realidad; pretende, con un fin estético, recrear la realidad; pretende, con un fin estético, recrear algunas de las imágenes visuales y sensoriales de todo aquello que afecta a la colectividad y al individuo en su aprendizaje sobre el mundo. En la literatura, el lenguaje, va más allá del significado de denotación; es decir, crea su propio significado a través de las diferentes figuras literarias, al pintar y recrear espacios imaginarios y llenos de fantasía, jugar con la realidad, alterarla o exagerarla o cambiar los personajes, los espacios; además, el escritor de literatura es consciente de la intención con la que se escribe; es decir, hay una razón, un porqué y corresponde a las labores hermenéuticas; cuando se habla de hermenéutica, se refiere a la interpretación que se puede hacer del texto, que puede ser de muy diversas clases, ya que apela a la experiencia del lector para su comprensión y para permitir el enriquecimiento de los símbolos a través del tiempo.

¹ Silvia Helena García Moreno. *Relato de un encuentro entre palabras*. Medellín: Artes y Letras, 2006, p. 13.

También, la literatura es lúdica; juega con el lenguaje y transforma la realidad a partir del mismo juego; trastoca, subvierte; no representa lo directo y material, sino el efecto que esto produce. Por tanto, la literatura universaliza la experiencia humana a través de las palabras al mantenerse a través del tiempo y del espacio; así, la misma tecnología ha podido superarla, pues mantiene la suma de mensajes entre los seres humanos, además de la reflexión sobre su entorno, sobre la sociedad en que se produce. En sí, la literatura es un arte de la expresión intelectual y arte de escribir obras de valor duradero.

La literatura, por ende, surge de la necesidad de compartir y dejar huella de la Historia, la cultura, la ideología, las tradiciones vividas; así, la experiencia de escribir surge principalmente de la vida real, ya sea en un plano académico, laboral, personal o según la intención que mueva al escritor, tal como lo señala la investigadora de didáctica de la lengua materna Josette Jolibert:

Escribir es producir mensajes reales con intencionalidad y destinatarios reales, es producir textos o mejor dicho tipos de textos, en función de sus necesidades y proyectos.²

Así, se puede afirmar que todo aquello que se vive y experimenta diariamente puede ser una fuente de inspiración o puede llegar a ser una estrategia que posibilita la escritura, ya que los diferentes contextos son espacios donde múltiples historias y hechos se desarrollan; al tenerlo en cuenta, cabe destacar que este trabajo utiliza el contexto real como la principal fuente de recolección de información, para, más adelante, desarrollar un ejercicio de narrar y contar estos hechos a través de crónicas.

Al llegar a este punto, por ser la crónica literaria el eje fundamental de este trabajo, es preciso contextualizar su concepto que, a ojo de muchos, encaja perfectamente en lo que es un género literario. A la crónica se la reconoce como un género híbrido, que cuenta con atributos tanto de los géneros de información como también de los géneros interpretativos, donde estos últimos tendrán una gran importancia.

Ahora bien, desde sus inicios, la crónica se relaciona mucho con la Historia, por su capacidad de dejar constancia de cualquier tipo de sucesos, con lo que logra, en muchas oportunidades, constituir una memoria común; de ahí que las crónicas fueran una fuente importante de conocimiento para los historiadores, tal como lo fueron las crónicas que se escribían en la Edad Media y en Latinoamérica en la época de la Conquista y la Colonia. Sin embargo, se debe tener presente que existe una diferencia sustancial entre la crónica y la Historia, ya que la primera relata hechos por lo general individuales, mientras la segunda muestra un registro de acontecimientos más generales. De todas formas, la crónica acentúa la importancia de la experiencia en la Historia.

² Josette Jolibert. *Interrogar y vivir textos auténticos: Vivencias de Aula*. Santiago: Dolmen, 1998.

De su origen histórico-literario hereda la crónica atributos que le permiten recrear la realidad sin violar la veracidad de los hechos.³

Por otro lado, la crónica se encuentra muy ligada a la literatura, pues, aunque una de sus características fundamentales es relatar hechos reales, lo hace con la utilización de recursos estilísticos propios de la literatura.

Una de las características de la crónica es que debe estar elaborada en torno a un referente público verdadero y común a los lectores. Esta condición factual de la escritura cronística no impide, sin embargo, crear textos con autonomía estética y de condición artística, así como hacer uso de estrategias provenientes del campo de la ficción.⁴

De aquí surge el hecho de que la crónica, a diferencia de otros géneros, le da cierta libertad al escritor, quien no se encontrará sometido a seguir una estructura tan rígida; de ahí que la crónica fuese, según los expertos, uno de los géneros que más resistencia ha mostrado a la clasificación.

En la crónica se cuenta una historia concreta, una historia que se convierte en el núcleo de su eje narrativo, que revela, por lo general, una problemática más global, lo que resulta muy atractivo para el lector. Entonces, resulta que el cronista debería ser capaz de convertir un acontecimiento cotidiano y sencillo en una gran historia; capaz de sacar del anonimato a un individuo del común, cuando narra lo cotidiano de forma extraordinaria; en definitiva, el cronista debería darle rostro a cualquier tema, internarse en la ciudad, en el campo, convivir con ricos o pobres y, desde allí, contar sus historias, para hacerlas más vivas e interesantes y lograr tocar algunas fibras sensibles entre los lectores, que podrían llegar a sentirse identificados con lo que les narran.

Ahora bien, la crónica tiene unas características que la distinguen de otros textos, tales como: primero, narra hechos reales, que provienen de una fuente confiable, los que deben relatarse en el orden cronológico en que sucedieron, de manera muy detallada y descriptiva, de tal forma que se cautive al lector e incluso se logre despertar en él la sensación de que estuviera presente en los hechos relatados. Además, el lenguaje utilizado debe ser sencillo, para que resultara accesible a cualquier tipo de público, sin que importara su nivel de escolaridad; finalmente, para que se pudiera hablar de crónica, no debería faltar el elemento interpretativo y reflexivo; en otras palabras, podría decirse que la crónica es un medio para reflexionar acerca de la realidad.

³ Estela Ortiz Romo. La crónica: lo que es y lo que no es. Recuperado de: http://www.uaemex.mx/identidad/docs/cronicas/TOMO%20VIII/lo_que_es_y_no_es.pdf

⁴ Jezreel Salazar Escalante. La crónica: una estética de la transgresión. Recuperado de: <http://www.razonypalabra.org.mx/antecedentes/n47/jsalazar.html>

La crónica consiste en la exposición de acontecimientos, con la peculiaridad de la introducción de elementos de valoración e interpretación por parte del cronista. La riqueza de la crónica radica en la subjetividad que le otorga quien la escribe.⁵

Es prudente advertir ahora que existen diferentes tipos de crónicas; en este trabajo se va a recurrir principalmente a la crónica literaria, la crónica roja y policial, ya que se le relacionan estrechamente.

En primer lugar, la crónica literaria narra ciertos acontecimientos verídicos, que se convertirán en el eje central sobre el cual va a girar el texto cronístico; ahora bien, este tipo de crónica admite elementos de ficción e imaginación; además, en ella se utilizan recursos estilísticos para engalanar el texto; en otras palabras, el autor podría llegar a modificar algunos hechos reales con un sentido artístico.

De la misma manera, la crónica literaria utiliza palabras sencillas, maneja un lenguaje no rebuscado, que siempre es muy descriptivo en lugares, situaciones, sentimientos, emociones, personas, etc., para lograr que quien lee pudiera adentrarse en cada una de las situaciones que se narrase en el texto.

Por otro lado, se debe tener presente que la crónica literaria, como ya se ha dicho antes, no solo se refiere a hechos reales, sino a eventos imaginados, en los que el cronista imprime su “sello personal” y se toma la libertad de alterar algunos de los contenidos. Desde luego, cada cronista tiene su estilo para narrar y su forma de ver la vida, lo cual va a ser determinante a la hora de escribir: allí está la diferencia entre unos y otros.

Por su parte, la crónica roja relata acontecimientos reales que, por lo general, se refieren a accidentes de tránsito, muertes, homicidios, secuestros; en otras palabras, la Crónica Roja se encuentra vinculada a algún acto de violencia, a relatos de hechos criminales, accidentes, catástrofes, escándalos en general.

Ahora bien, la crónica policial se concentra en dar cuenta de esquemas sentimentales y de motivos que podrían terminar en la comisión de un delito; de ahí que, para la construcción de un texto cronístico de este tipo, se debiera recurrir a archivos jurídicos, los cuales son una fuente confiable, pues allí se encuentran consignadas en detalle las causas y la forma como se cometió, o pudo haberse cometido, o vivido el hecho.

Con respecto a esto, durante la vida diaria, profesional o laboral se requiere escribir, muchas veces sin tener en cuenta qué es lo que se quiere escribir o no se dan las pautas para realizar este proceso, que tiene unas exigencias para el escritor. De esta manera, se deduce que el escritor debe tener un propósito o interacción; cuando escribe, debe planificar lo que va a escribir, al tener en cuenta la audiencia a quien va dirigido el texto; es necesario tener

Ortiz Romo, *art. cit.*

un control y revisión respectivas; en otras palabras, este proceso requiere de la definición del problema retórico.

Y es que, en la escritura, debe haber un proceso y en su ejercicio debe existir la planificación; es decir, saber qué tipo de texto se desea escribir, elaborar y desarrollar; por tanto, el ejercicio de la escritura exige que el escritor genere un nuevo texto, como las crónicas, que es el tipo de texto que se sugiere utilizar en este trabajo; al respecto, Carlino señala:

La escritura no es solo un medio de registro o comunicación, sino que puede ser un instrumento para revisar, transformar y acrecentar el propio saber.⁶

Es decir, al tomar recursos, como es, en este caso, algunas sentencias, que serán una guía para crear un nuevo texto, como lo es el de las crónicas, con el fin de utilizarlos como medio para que la tarea de sumergirse en la escritura resultara mucho más accesible, esto, en palabras de Carlino, permite señalar que: “La escritura es una de las actividades intelectuales más formativas que existen”.⁷

Escribir es fundamentalmente una actividad que ayuda al desarrollo profesional y personal de todo individuo debido a que la comunicación por medio escrito es muy común; por ejemplo, en el caso de las crónicas, es un medio que ayudará a entender y comprender la realidad que vive cada persona en cuanto a asuntos de carácter legal, para utilizarlo como medio que ayuda a explotar la capacidad creativa; sin embargo, el aporte de Rincón, al señalar que “las dificultades en la comprensión y la producción de textos escritos constituyen una de las causales importantes del fracaso escolar”,⁸ quiere decir que hay muchas personas que no saben cómo estructurar y plasmar sus ideas por medio de la escritura, lo cual genera frustración; entonces, es importante saber qué herramientas se pueden procurar con el fin de que se mejore su escritura.

Principalmente como profesores, es necesario saber que la escritura es un proceso que requiere procesos metacognitivos avanzados, ya que exige, por parte de los aprendices, un proceso de análisis y juicio; entonces, es primordial ayudar al desarrollo de estas competencias con el fin de lograr que el proceso de análisis fuese más sencillo y, por ende, el proceso escritor se posibilite, por lo que se plantea la utilización de sentencias, con el fin de, a partir de ellas, crear nuevos textos, lo que podrá servir como modelo de aplicabilidad en las aulas de clase, durante el desarrollo del proceso de escritura.

⁶ Paula Carlino. *Escribir, leer y aprender en la Universidad. Una Introducción a la alfabetización académica*. Buenos Aires: FCE, 2005.

⁷ Paula Carlino. La escritura en la investigación (conferencia), p. 5. Recuperado de: <http://live.v1.udesa.edu.ar/files/escedu/dt/dt19-carlino.pdf>

⁸ Gloria Rincón Bonilla. *Los proyectos de aula y la enseñanza y el aprendizaje del lenguaje escrito*. Bogotá: Kimpres, 2012, p. 51.

Por otra parte, es necesario destacar que, para poder escribir, es necesario, también, leer, por lo que la lectura de las sentencias permitirá la obtención de información necesaria y relevante para crear un nuevo texto, en este caso las crónicas, lo que da paso a la intertextualidad; es decir, partir de un texto base para crear uno nuevo; en esta misma línea, cabe destacar que la escritura es la construcción de sentido por parte del escritor; o sea, es un proceso dinámico donde se genera significado a partir de las vivencias, la información y las creencias que el escritor tiene sobre la realidad, para lo que se requiere el uso de ciertas operaciones mentales que permiten organizar, focalizar, integrar y evaluar la información, para lograr el objetivo deseado, en este caso crear unas crónicas derivadas de sentencias.

Además, las sentencias constituyen textos que proveerán de nueva información y un lenguaje particular, que se derivará en una investigación de aquellos términos que no se comprenden, con el fin de tener un dominio sobre los temas a tratar, lo que, a su vez, genera el desarrollo de habilidades cognitivas; también, permite que el escritor se apropie de un rol activo, crítico y creativo, pues es parte de su labor fundamental madurar y desplegar estrategias que le posibiliten procesar y comprender la información; en ello, el proceso metacognitivo desempeña un papel fundamental, porque el escritor debe estar en capacidad de dirigir su propio proceso al seleccionar las estrategias más adecuadas para escribir y perfeccionar el texto, con una redacción de manera coherente y en búsqueda de su armonía.

En esta misma línea, la escritura, al igual que la lectura, es un proceso de construcción de significado, en el que destaca a la cultura como un elemento fundamental, porque el contexto y la experiencia determinan la manera en que el escritor aborda la escritura de un texto, en la medida que anticipa y conjetura, para concretar una idea del mensaje que quiere compartir, que se va a confirmar a lo largo del texto. Además, se debe tener en cuenta, la importancia de los tipos de texto, que radica en la propuesta y práctica novedosa para aprender y enseñar a escribir; en este caso, se reitera el tipo de texto, las crónicas, y su novedad consiste en crearlas a partir de las sentencias, lo que puede generar nuevas actitudes, con nuevos propósitos que pueden representarse en la generación de espacios adecuados, en los que la creación del texto abre caminos apropiados para la construcción de sentido.

Al recurrir a las sentencias, se tendrá la oportunidad de preparar el texto, mientras se enfrenta la expectativa de crear uno nuevo; claro está que esto es posible siempre y cuando se establezca un propósito de orientación de criterios en el proceso de escritura.

Durante el desarrollo del proceso de escritura, el escritor encuentra las intervenciones que le permitirán interactuar con el texto. La idea de abordar las sentencias, a través del texto narrativo incorporado en la crónica, se hace muy interesante.

Cabe destacar que cada vez más se puede observar el esfuerzo de las instituciones educativas por fomentar la comprensión y producción textual que fundamente los procesos

de razonamiento esenciales y las formas de pensamiento crítico y lógico, para desarrollarlos con mayor capacidad, ya que estas actividades son base fundamental para el desempeño universitario y profesional; este componente puede permitir al estudiante, desde temprana edad, proponer y defender ideas propias, estar de acuerdo con otras y refutarlas, cuestionar y confrontar pareceres diferentes y aportar a la solución de situaciones problema presentes en su cotidianidad o en su realidad; así, pues, la inclusión de actividades de producción textual con textos narrativos como la crónica y procesos de argumentación es una posibilidad de prepararse mucho mejor en el manejo de diferentes tipos de textos. Y es lo que pretende este trabajo, ser a futuro una guía respecto a cómo, a partir de un texto base, se puede crear uno nuevo, igual de, o más, interesante e innovador que el primero.

En las actividades diarias, es posible evidenciar las capacidades discursivas orales que posee cada persona frente a los cuestionamientos que ofrece el trabajo académico, personal o laboral; por ejemplo: ¿qué hacer frente al problema de la contaminación?, ¿por qué es necesario o no el sistema masivo de transporte?, ¿qué tan buena es la programación de la televisión o cómo las personas reaccionan en los juzgados frente a las diferentes problemáticas legales que deben afrontar?; lo que se conoce como problemáticas sociales, por ejemplo, pueden ser un conjunto de aspectos sobre los que se suele opinar abiertamente y sin temor; por ello, es preciso iniciar la exploración de estas capacidades del lenguaje oral y escrito, desde la dinámica del texto narrativo y los procesos que exige, para tratar de empezar a dar cuenta del dominio del lenguaje a la hora de narrar, emitir ideas, defenderlas y cuestionar la opinión del otro.

Es motivo de interés la indagación que, como seres humanos, se enfrenta a diario, como ciertas situaciones que se presentan alrededor y el comportamiento de las entidades de tipo natural y social y cómo se lo representa, de forma individual y personal, como la conformación de una nación frente al orden mundial. Asimismo, en la escuela, se necesita una dinámica pedagógica que fuera más allá del seguimiento estricto de un Plan de estudios, de una previa disposición de elementos y materiales en los momentos de clase; una labor que ofrezca más oportunidades de participación al alumno en el despliegue discursivo de sus ideas, una dinámica participativa de construcción y de producción textual.

Por esto, este trabajo consiste en la elaboración de nuevos textos a partir de uno ya creado, en este caso un texto legal, “una sentencia”, con el fin de comprender y producir textos narrativos, experiencia que será muy útil en el futuro desarrollo como docente, ya que será muy positiva la aplicación de este tipo de estrategias metodológicas a fin de fomentar el desarrollo de competencias de lectura y escritura básicas y las aplicadas en el área de docencia del lenguaje, de modo que los procesos de interpretación, narración y proposición se fortalezcan.

El fundamento teórico que respalda este trabajo se establece desde el programa pedagógico de Filosofía para jóvenes y niños, definido por el autor norteamericano Matthew Lipman, quien ofrece un modelo de diálogos entre jóvenes y adultos en diferentes espacios, como el escolar y familiar, y en las relaciones que se presentan entre amigos y compañeros; describe una búsqueda del descubrimiento y del pensamiento en función de los principios de razonamiento, de modo que se aplicaran en las situaciones de la vida cotidiana que enfrentan, de tal manera que se estimule el desarrollo de las capacidades de narración y la construcción de nuevos conceptos.

Al tener esto en cuenta en la docencia de Lengua Castellana y la aplicación de pruebas de comprensión y producción de textos, es necesario implementar estrategias que permitan establecer estos procesos, de modo que el desarrollo de sus competencias básicas muestre resultados positivos frente a la realización de pruebas y el ejercicio de producción textual, tanto oral como escrita; de igual manera, la ejecución de actividades de corrección en el uso de la lengua escrita, en cuanto a redacción, ortografía y sus demás componentes.

Por otra parte, es muy importante señalar la concepción que se ha tenido de escritura y la lectura, que se ha entendido como una herramienta instrumental que solo conduce a una significación y construcción de signos; por el contrario, en este trabajo se plantean y proponen las sentencias como texto base para crear crónicas, de tal manera que su proceso fuese la base para el desarrollo del pensamiento analítico, crítico y creativo. A partir de aquí, es importante resaltar la razón fundamental de este trabajo de producción escrita, que se centra, principalmente, en la necesidad de llegar a un nivel más alto de desempeño en la narración textual y enfrentarse cada vez más a los procesos de comprensión y producción de textos desde el recurso y la aplicación de las competencias que exige la sociedad contemporánea.

También, las diferentes experiencias generadas a partir del quehacer cotidiano exigen la utilización de la lengua, oral y escrita, como soporte de ideas desde los procesos de pensamiento, a fin de consolidar el comportamiento, las formas de expresión, la creatividad y la asimilación de los acontecimientos que suceden alrededor.

De acuerdo con esto, resulta relevante destacar que en la primera fase se organiza una actividad de producción de texto; es decir, leer, adquirir la información necesaria, aquello relevante que se necesita saber, con identificación de detalles relevantes dentro de la lectura; después, se utilizará toda esta información para crear un primer texto narrativo, que permitirá que se acceda a un primer borrador de aquello que conformara el texto final, todo esto para verificar las capacidades y dificultades, destacar datos, en la tercera fase, relevantes con el fin de obtener un buen resultado final, lo que permitirá familiarizarse con el proceso de escritura a través de diferentes contenidos, como las sentencias, con el fin de entender, comprender, observar, analizar los textos, seleccionar el léxico; en la cuarta fase,

finalmente, se pueden revisar y reescribir los primeros textos, o escribir otros textos narrativos de acuerdo con el conocimiento adquirido y, después, comparar los últimos textos con los primeros, todo para seguir la línea de producción literaria; es decir, crear arte con la palabra y, por otro lado, otras consideraciones teóricas se tendrán en cuenta de acuerdo con la producción de textos narrativos, que son necesarias durante la elaboración de este trabajo.

También, se debe destacar que la escritura, desde siempre, ha sido una actividad para privilegiados. Sin embargo, se ve en ella un ejercicio difícil, tedioso, aburrido, monótono, poco agradable y que requiere un esfuerzo mental alto; además, a nivel universitario, escribir es un acto que debe guiar la vida del estudiante en la producción de conocimiento; sin embargo, hay un desdén por hacer de esta actividad una parte primordial de la vida diaria. Con todo, como se sabe, la escritura es una de las bases de adquisición de conocimiento y es un medio de acceso a la información, ya que es una herramienta extraordinaria de trabajo intelectual, porque promueve el desarrollo de procesos cognitivos de orden superior; en palabras de Estanislao Zuleta, sería hacer “funcionar el pensamiento”, por lo que propone tres categorías: “la capacidad de admiración: idealización, trabajo o labor; la capacidad de oposición: crítica, rebelión, y otra: la capacidad de creación: sin oponernos a nada, de juego, de inocencia, de rueda que gira.”⁹

En términos generales, llevar al escritor a transformarse en un guerrero que se enfrenta al reto de escribir; todos hablan de escribir, pero pocos asumen el reto y, cuando lo enfrentan, descubren que sus vidas no son iguales, porque el que escribe puede tomar la realidad y darle diferentes matices y puede reconstruirla y destruirla, cambiar su final.

Ahora bien, la escritura requiere un manejo específico de léxico; además, a través de esta actividad el individuo accede a una autonomía cognitiva que le permite dar a conocer su propio punto de vista, refutar, lo que le permite alcanzar, a su vez, la disposición para aprender de sí mismo y de la realidad.

Por otra parte, también es importante resaltar que: “La lectura es la entrada a la comprensión de todo cuanto nos rodea.”¹⁰

Esta afirmación es necesaria ya que la lectura es fundamental también, pues la lectura y la escritura son dos actividades que trabajan en conjunto, educan y forman mejores seres humanos, menos prejuiciosos y más tolerantes. Al respecto, algunos expertos señalan que:

⁹ Estanislao Zuleta. Sobre la lectura, p. 3. Recuperado de: http://www.mineducacion.gov.co/cvn/1665/articles-99018_archivo_pdf.pdf

¹⁰ Ministerio de Educación Nacional. *Leer para comprender, escribir para transformar. Palabras que abren nuevos caminos en la escuela*. Bogotá: MEN, 2013.

La lectura y la escritura son una práctica íntima, estética, de acceso y producción de conocimiento, pero también es práctica social y cultural, desde donde podemos alcanzar el ejercicio de una ciudadanía plena.¹¹

En este orden de ideas, a nivel social, es un hecho que quien lee y escribe perfecciona el uso del lenguaje, mejora la ortografía, ayuda a organizar las ideas con cohesión y, a través de estas habilidades mejoradas, produce un conocimiento para todos. Además, facilita la exposición del propio pensamiento y posibilita la capacidad de juzgar los acontecimientos y hechos desde una perspectiva crítica de la realidad.

Así, la lectura y la escritura incrementan la creatividad e incentivan a la curiosidad, porque constituyen actividades que amplían los horizontes del individuo, al permitirle ponerse en contacto con lugares, personas, experiencias y costumbres lejanas a él en el tiempo y en el espacio; además, al desarrollar la creatividad, le dan la oportunidad al ser humano de crear y de encontrar siempre un mensaje de una interpretación nueva, una actualización y una visión diferente de un hecho, lo que, a su vez, le ayuda a crear nuevos textos, donde se expone una visión del mundo propia; por lo tanto, la escritura y la lectura son herramientas extraordinarias de trabajo intelectual, puesto que promueven el desarrollo de las habilidades cognitivas fundamentales: conocer y comprender, aplicar, analizar, sintetizar y evaluar. En pocas palabras, la lectura y la escritura son actividades que amplían los horizontes del individuo, pues le permiten ponerse en contacto con lugares, personas, experiencias y costumbres lejanas a él en el tiempo y en el espacio.

La escritura es una práctica generadora de conocimiento que permite la evolución del individuo de un ser pasivo a un ser activo, en una sociedad que aporta al desarrollo del saber universal.

Así, este trabajo plantea las sentencias como un medio para crear y escribir, para conectar al individuo con una realidad ajena a él con el fin de narrar y crear conciencia sobre hechos que hacen parte de esta sociedad, lo que, a su vez, podría sensibilizar al individuo respecto a las situaciones que están alrededor suyo. Sin embargo, para que genere un resultado, es necesario tiempo y atención, para que haya realmente conciencia de aquello que se lee y aquello que intenta producir como texto escrito.

Finalmente, dado que se está en un mundo que avanza con rapidez, en el que la información fluye de todos lados, podría decirse que quien no se actualiza envejece, por lo que resulta necesario crear una nueva conciencia sobre la escritura, además de nuevas formas creativas que permitan acercarse a ella, de tal manera que esta actividad se vuelva una práctica cotidiana, con el fin de estar a la vanguardia de este tiempo, tomarle cariño a esta sublime y privilegiada actividad, que debe ser una meta y propósito para cada ser humano, ya que así como se lee constantemente, también constantemente se requiere

¹¹ *Ibid.*

escribir, con el fin de registrar aquello que es relevante; por eso, a través de las sentencias, se busca divulgar, a través de crónicas, algunas de aquellas realidades significativas para aquellas personas que las han vivido y, a su vez, se conviertan en una experiencia significativa para el escritor, que va a crear a partir de ellas; asimismo, esta experiencia puede ayudar a mejorar el proceder dentro de la sociedad, puesto que la escritura y lectura de estas crónicas puede apoyar para comprender en sí al ser humano, sus conductas, sus sentimientos y sus pensamientos.

Finalmente, este trabajo es importante porque permite utilizar algunas causas judiciales, como las sentencias, como un elemento generador de creación literaria, lo que permite entrever su interdisciplinariedad y, además, a su vez permite mostrar que se puede escribir y narrar con utilización de un texto base, partir así hacia un todo, desde lo más simple a lo más complejo, como serían, en este caso, las sentencias, ya que manejan un léxico complejo, lo que, a su vez, obliga a la investigación y la consulta, de tal forma que va a posibilitar acceder con firmeza, con creatividad y destreza a un sinnúmero de pensamientos, presentes en los textos que brinda la realidad.

En conclusión, este trabajo de creación literaria puede ser una herramienta o modelo de escritura a futuro, para enseñar a estudiantes a crear nuevos textos con utilización de otros.

EL FRÍO DE LA REALIDAD

IMPUNIDAD

Allí, por donde solemos transitar, a donde llegamos, nos despedimos, camina Helena. Son nuestras calles y las mismas casas de colores. Aunque ya no se ven las puertas abiertas de los lugares públicos, todos nosotros parecemos avanzar a un ritmo que no es la prisa desesperada de entre semana; será porque ahora la noche está aquí. El aire que se respira es de distensión. Es un sábado de fin de semana, en el verano a mediados del 2014.

—¿A dónde te diriges Helena? —Ya no lleva sus cuadernos y sus libros; la seriedad se ha quedado en casa junto a los ajustados horarios y las prisas por llegar a tiempo o incluso despertar temprano y la taza de café de todas sus mañanas parecen tan lejanas. En verdad, ha sido una larga semana entre la universidad, las tareas, las clases y los trabajos. Nada extraordinario, todo como siempre dentro de la normalidad.

Mientras lleva sus manos a la cartera, sus ojos de alegría y su sonrisa coqueta igualan la fuerza del sonido que hacen sus tacos al caminar. Ellos dicen mucho de su actitud, sus ojos con sombras, su cabello ondulado, su piel color porcelana, que contrastan con la oscuridad, y hasta el color de sus uñas, que combinan con su vestido naranja. Susana, su madre, que pasaba poco antes por su habitación la miró y se divirtió. Ya su niña había crecido y aunque José, su padre, distraído, descansaba en la sala, no podía dejar de sentirse un poco incómodo. Otro fin de semana había llegado; aunque entendía que era el momento de su niña, nunca se puede dejar de sentir los celos naturales de querer la protección de los hijos. Ahora ella se encuentra diferente; cada vez más lejos del hogar, entre nuestras mismas calles.

Helena, a sus 22, luce hermosa, a la vez que madura; se siente segura, tranquila, un poco agitada, pero está bien, es normal. Acaba de pasarse la última hora en ponerse linda; era necesario. Puede que fuese una rutina, pero Robert y ella ya llevaban un tiempo juntos; dos años, para ser precisos, y es igual, tiene que verla divina, ¿no?

Su novio, Robert, tiene 23 años y estudia arquitectura en su misma universidad; es un joven muy extrovertido y sociable; sus amigos, que lo conocen, dicen de él que es explosivo y que en los últimos años aún más. Su mejor amigo se llama Daniel y son amigos desde siempre; conocen cada lugar de esta ciudad, como nosotros cuando pensamos en esas melodías que solemos recordar. Son grandes amigos y, sin embargo, a veces hay cosas que pueden transformar a las personas.

Son cerca de las 10; con el celular en la mano, Helena observa cómo se acerca el automóvil de Robert, un Mazda 2, rojo, último modelo; ya en el interior, se saludan. Ella vuelve su

mirada desde el asiento delantero para hablar un momento con Daniel, mientras su novio se concentra en la ruta.

—¿Estamos todo bien allí atrás? —pregunta, ante lo que Daniel atina a decir:

—Y es una bonita noche para estar tocándoles el violín. —Entre risas, Robert se disculpa.

—Ya hace dos años que estamos juntos —dice—. Hoy vamos a celebrar; es una noche especial e importante, si miramos al futuro; sabrás que estás con el mejor partido.

Helena solo atina a sonreír y cerrar sus puños para golpearlo ligeramente, como cómplices.

En poco tiempo llegaron a la discoteca de moda, que brillaba con la fuerza de las luces de neón; el tema que sonaba en ese momento era Rebelión, de Joe Arroyo. Eran casi las 10 de la noche y el lugar se encontraba repleto, pero, aun así, encontrarse en una ciudad pequeña no es ningún problema. A un costado de la barra estaban, Víctor y César, quienes eran amigos de Daniel, y sus novias, Lucía y Jessica, respectivamente. Era la primera vez que se encontraban todos juntos, algo particularmente curioso a los ojos de Helena, debido a que los hombres se saludaban como viejos amigos, dándose abrazos y expresándose efusivamente.

¿Había algo de lo que se había perdido? —pensó por un instante, antes de quedar atrapada en los saludos y la conversación.

Las chicas instintivamente se agruparon un momento, mientras los hombres seguían con sus formalidades. De ellas, Lucía era la más conversadora, que, junto a Jessica, parecía también que se conocieran de años; estudiaban en su misma universidad y seguían la carrera de Derecho. Para conocerse recientemente, algunas preguntas parecía que iban un poco más allá de la simple curiosidad e inesperadamente los poco acostumbrados labios de Helena se encontraron cerrados por unos momentos.

Lo inesperado —pensó ella. Los hombres comenzaron a moverse, para buscar una relativa calma en algún lugar y, mientras sucedía, Robert pareció que desaparecía un momento junto a Daniel. Ya establecidos, Helena indagó a Víctor sobre Robert, cuando le comentó algo sobre sí mismo.

Víctor, de 22 años, trabajaba en el negocio de su padre, quien tenía un restaurante de pastas; era un joven entusiasta y su mirada transmitía seguridad. César, de 22 años, acababa de volver a los estudios; los problemas familiares que había soportado, después de la separación de sus padres, lo habían convertido en un hombre maduro, centrado y trabajador. Ahora, Helena tenía toda su atención centrada en el grupo y oía atentamente anécdotas e historias de la boca de sus nuevos compañeros de la noche.

Poco después, regresaron Robert y Daniel, que aparecieron con aguardiente y la noche se dispuso a ser fantástica. La música y el sentido de la sociabilidad estaba por todos lados. Para Helena, estar dentro de un nuevo grupo le había resultado particular y extrañamente diferente. Ella no lo entendía, no era así como se conocía, y se podían sentir, de alguna manera, sus repentinos silencios y pausas. Ya hacía tiempo, hacía muchos años, que se recordaba como una niña tímida y no hacía mucho que se había descubierto con seguridad y decisión. Entonces, ¿qué era lo que estaba pasando?

Tal vez todo comenzó en la relación con Robert; esta nueva experiencia y crecimiento, para el cambio: la seguridad, la estabilidad que se siente en una relación que gira en torno a la confianza y el tiempo; pero esa noche la trajo de vuelta a una zona que había olvidado que existía, incluso con la música que rebotaba por todos lados, pues le costaba seguir el ritmo con el que se desarrollaban los temas. El tiempo pasaba y las chicas se animaron a salir a bailar, en brazos y para seguir el ritmo de los hombres a quienes querían.

Helena se sintió un poco más liberada de la presión que había sentido y volvió a sonreír por la atención que recibía; era un nuevo aire. Al volver de la pista de baile, mientras descansaba un momento, Robert y Daniel fueron por una botella más de aguardiente; en ese momento, mientras las otras parejas bailaban, sucedió el incidente que cambió la noche. Y es que nunca, o de manera natural, se dan las oportunidades o la desdicha de algún hombre que, en su impulsividad, aprovecha una ocasión sin saber lo que podría llegar a suceder.

Ella se encontraba sola y, en esos momentos, un joven apareció frente a ella y le dijo:

—Discúlpeme. ¿Puedo conocerla? —Lo que ella observó de forma desconcertada—. Él continuó:

—Le hablo porque siempre he sido obediente y mi madre me dijo que siguiera mis sueños. Y usted se parece a uno de los más hermosos. —Helena solo atinó a sonreír en forma instintiva. El joven le preguntó su nombre. Ella contestó por cortesía; sin embargo, entendió de inmediato a dónde quería llegar él en su intención, por lo que, a continuación, agregó:

—Joven, ya tengo novio; él es celoso y está a punto de volver. —Por ello, al parecer, el joven desistió y se disculpó por haberla incomodado; volvió por donde había llegado, solamente para que lo recibieran entre risas los que lo acompañaban. Este episodio no pasó desapercibido; cuando las parejas volvieron de bailar, lo comentaron entre risas y comentarios; parecía que hubiera sido un hecho pasajero; solo la anécdota de la noche.

Los minutos pasaban y Robert y Daniel no aparecían; todos comenzaron a preocuparse un poco y los muchachos pensaron en ir a buscarlos, pero allí estaban y los vieron que llegaban despreocupadamente tarde; los recibieron con algunos leves reclamos, en tonos irónicos y algo cómicos. No era necesario prestarle atención a ese tema y Daniel lo mostró

así mientras hacía gestos y jugaba con la nueva botella de aguardiente, con la que habían regresado, pero no ocurría lo mismo con Robert que, ahora, parecía que tuviera centrada su atención en otro lugar, con sus ojos que observaban en otra dirección; su voz había desaparecido y solamente atinó a sentarse en silencio, en lo que pudiera haber parecido la escena de una de esas películas del cine mudo.

Al acercarse, Helena notó el fuerte olor que despedía, lo que le indicó que estaba pasándose de copas y se lo hizo notar. Sin embargo, él le contestó que la estaba pasando muy bien y le pidió que tomara junto con él, porque era un momento especial. Helena le respondió.

—Sí, lo haré, pero solo tomaré un poco.

—¿Un poco? —le pareció a ella que oía.

—Si no te incomoda coquetear con un extraño, puedes acompañarme sin problemas. —Este comentario la asustó. En otras oportunidades ya había sucedido que tomaba un poco de más y su comportamiento, aparte de ser confuso y errático, podía llegar a ser hasta cómico y divertido, pero notó que eso era nuevo. Al parecer, él había podido presenciar la escena con el joven desconocido que la había abordado y entendió de inmediato que era una escena de celos. Estaba por romper su silencio, cuando David intervino con la intención de apaciguar los ánimos con alguna de sus inquietantes bromas de doble sentido, lo que los devolvió a lo que había sido hasta ahora, solo una noche entretenida. Muchos pensamientos pasaron por la mente de Helena a una velocidad vertiginosa y, mientras todo parecía que se calmaba, con sumisión o por tratarse de una escapatoria, allí ella veía, en ese momento con sorpresa, que tomaba un poco más que lo que solía acostumbrar. Para ella estar allí era como que todo no fueran más que palabras y temas que se lanzaban al aire, ante los cuales no tenía ni opinión.

La música comenzó a hacer que el lugar explotara; casi todas las parejas acudieron a la pista de baile, mientras Robert y Daniel seguían hablando entre sí. Helena continuaba callada y, mientras esos segundos le parecían eternos, oyó como su novio le decía a Daniel que por qué no la sacaba a bailar, que fue justamente lo que hizo. Daniel hizo un esfuerzo por lograr que se sintiera relajada y hasta un poquito que sonriera.

Ya caía la hora en que los lugares de diversión cierran sus puertas, la 1:30 de la mañana. Poco antes de partir, Robert formuló un plan: ya que se encontraba un poco mareado y le era imposible conducir, sugirió que podían continuar la fiesta en la habitación de un hotel cercano. Entre los miembros del grupo se comenzaron a oír opiniones y sugerencias, rechazos y apoyos. Daniel argumentaba que era algo que ya habían hecho; los demás muchachos expresaron su disposición a marcharse y continuar la fiesta, que no era algo diferente a lo que siempre hacían, pero las muchachas manifestaron que ya estaba bien de diversión por el momento, pues tenían que volver a casa, que si lo que intentaban era hacer

cosas raras y que si necesitaban manifestar su amor entre hombres, era mejor que hablaran abiertamente. Fue un momento incómodo, en parte, pero, al mismo tiempo, algo divertido.



Figura 1. El dolor entre las sombras.

Poco después, ya cuando hablaron en serio, Lucía y Jessica expresaron su intención de marcharse y advirtieron que no existía ningún tipo de problemas si ellos decidían continuar con la fiesta; cuando lo dijeron, el grupo de muchachos avanzaba hacia la salida. Ya en el exterior, esperaron en la acera mientras localizaban un servicio de taxi. Helena no había dicho ni una sola palabra; estaba allí, en el extremo izquierdo, junto a la calzada de asfalto, caminando, mientras se aferraba, con una mano, al brazo de su novio.

Había llegado el momento de las despedidas; ya los muchachos, con gentileza, habían hecho que pararan unos taxis, entonces Robert giró sobre sí mismo y, al mirar al rostro de su novia, le preguntó si también quería irse; ella siguió cada palabra con atención, lo meditó por algunos segundos y le dijo.

—No.

—Entonces, vamos juntos, —le dijeron. Era la primera vez que eso sucedía, al menos abiertamente y en presencia de los amigos, quienes tuvieron diferentes reacciones, ya que era a ojos del consenso de todos; ese era un movimiento atrevido. Poco después, Lucía y Jessica partieron, no sin antes recomendar que entre todos se cuidaran.

El grupo, otra vez, se puso en marcha para buscar un hotel. Víctor indicó que conocía uno cercano; curiosamente, era el mismo que ya alguna vez, en el pasado, habían utilizado; entonces, comenzaron a renovarse algunas de las historias que habían vivido estos cuatro amigos. Helena, para sí, contemplaba a los muchachos con ímpetu de que la notaran y revelar quién había tenido la culpa o había sido el héroe en cada oportunidad. Antes de arribar al hotel, pasaron por una licorería cercana y se llevaron unas botellas más. Ya en la recepción, no necesitaron inventar una historia para que los dejasen entrar a todos a la misma habitación. El señor que tenía el turno esa noche era un conocido de Víctor.

Ya había transcurrido un tiempo desde que se despidieron de las muchachas y el reloj marcaba las 2:40 de la mañana; una vez instalados, Robert se entretuvo en buscar música en la televisión, mientras César y Víctor se encargaban de preparar las bebidas e intentar encontrar algo parecido a un cenicero. En una de las esquinas de la cama, se encontraba Daniel conversando un poco, hasta cuando terminaron de preparar las bebidas, gaseosa mezclada con ron.

Entonces, formaron un círculo y se acomodaron para jugar a la verdad o se atreve. En un principio, todo fue muy divertido; ya servidas las bebidas, tanto César como Víctor, se lanzaron a hablar sobre temas que tenían que ver con sus novias, cosa que resultó hilarante para César y no tanto para Víctor, mientras Daniel hería metafóricamente a sus amigos por

la espalda al revelar uno que otro secreto. Robert, que era el más tranquilo de todos, evitaba hacerle preguntas a Helena e igualmente la emprendía contra sus amigos. Ella, al perder en su turno, siempre elegía la opción de atreverse. En general, los muchachos se dedicaron a que hiciera muecas ridículas o cantase alguna canción, con resultados nefastos.

Todo iba muy bien y el tiempo que pasaron juntos era de lo más común cuando se trata de reuniones íntimas, entre amigos; sin embargo, y por algún secreto motivo o debido al licor y las horas avanzadas, los temas se volvieron poco a poco más de tipo sexual, entre César y Víctor respecto a la ropa interior y el físico de sus novias o los logros sexuales de Daniel. Robert solamente prefería tomar; esa actitud de esquivar las preguntas en los juegos le extrañó a Helena que, cuando llegaba su turno, respondía con total naturalidad, hasta donde el decoro se lo permitía a una señorita bien educada y, aun así, hasta resultaba cómico; ella se estaba divirtiendo.

Sin embargo, llegó un momento cuando, de forma natural, llegó a sentir que estaba ya muy ebria; Helena lo sintió así y, al disculparse con los muchachos, dijo que ya no iba a participar y preferiría irse a dormir. Al haber sido el turno de Daniel, inesperadamente le preguntó directamente si le gustaría hacer el amor con varios hombres. El silencio y las fuerzas de Helena se estaban escapando, cuando le respondió que estaba diciendo estupideces.

Allí Robert repentinamente cambió de actitud y recordó, con una extraña alegría perdida, el incidente en la discoteca; la abrazó y, al acercarla mucho más a él, le dijo de cerca a sus oídos:

—Un trago más y nos vamos solos, juntos. —Helena, desprotegida, recordaría esas palabras como las últimas que dijera esa noche, cuando, con el semblante tranquilo y sereno, Robert se dirigió a Daniel y le pidió que le alcanzara la botella. Sin ningún tipo de duda, Daniel se la alcanzó, con una sonrisa que César no podrá olvidar. Víctor comenzó a reír y se le oyó algo así como:

—No puedo creerlo, ¿así que hoy era el día que íbamos a repetir? —Ahora, Robert tomó con fuerza el mentón de Helena y rápido la forzaba a que bebiera por lo menos unos cinco tragos. Helena, al sentir que la fuerza del licor la invadía, se despabiló brevemente para ver una imagen de terror por unos instantes; allí, sus brazos, en un intento por alcanzar el rostro de la persona que amaba, desfallecieron, mientras todos los demás observaban la escena en silencio, cómo él mismo, delicado, la acomodó entre sus brazos, para alzarla y acercarla al umbral de la desgracia.

El cuerpo de Helena yacía ahora, indefenso, en la cama, donde Robert comenzó a tocarle, primero los senos, después los genitales, hasta que, al final, la accedió carnalmente y la ultrajó. En esos momentos y ante el acto que estaban presenciando, los amigos se pusieron

de pie y quedaron en silencio. El rostro sorprendido de César revelaba claramente lo que estaba pasando; de repente, se oyó que uno de ellos se reía y aplaudía: era Víctor, que aprobaba lo que estaba sucediendo. César estaba a punto de dar un paso hacia adelante, cuando Daniel se le interpuso y quedaron cara a cara; su amigo simplemente le puso una mano en el hombro y le dijo:

—No lo echas a perder, esto es una fiesta y vamos a pasarla bien. Simplemente quedará entre nosotros y también tendrás tu oportunidad. —Unas gotas frías corrían por el rostro de César, mientras trataba de entender lo que estaba pasando, lo que eran sus amigos. Poco después y, para seguir la sugerencia de Robert, Víctor y Daniel ultrajaron a Helena, mientras César estaba sentado, con los dedos entrecruzados y su mirada perdida, como si mirara hacia el cielo. Robert se le acercó para preguntarle si quería probar; César lo miró con detenimiento y le dijo:

—Nosotros vamos a morir por esto. —La fuerte risa de Daniel hizo que le prestaran atención:

—No digas estupideces; hay cosas más importantes ahora, como ir a comprar mucho más trago. —Y, mientras Robert, Daniel y Víctor, se alistaban para salir, César se acercó a Helena para poder cubrirla, pues le habían roto sus vestiduras. Poco después, los muchachos abandonaron el hotel para ir a comprar más licor. Allí, en esos momentos, el encargado del hotel, invadido por la curiosidad y la preocupación por las instalaciones, se acercó a la habitación donde Helena aun yacía tendida e inconsciente; llegó junto a ella, le apretó con fuerza un brazo y le habló con voz fuerte, solamente para asegurarse que no reaccionaria ante lo que iba a suceder después.

Ya los muchachos estaban de regreso, cuando encontraron a ese hombre maduro violando a Helena. César iba a lanzarse a golpearlo, pero fue el mismo Robert, con una voz tranquila y coloquial, quien le preguntó a qué hora iba a terminar, porque tenía ganas de irse a dormir; esto devastó a Cesar; resultaba que sus amigos eran responsables de un grave delito y él había sido su cómplice.

Al amanecer, todos los muchachos partieron en diferentes direcciones; solamente Robert y Helena se quedaron en el hotel hasta cuando Helena abrió los ojos; estaba muy adolorida, se sentía diferente, maltratada; Robert, que se encontraba a su costado, en espera, se acercó a ella para decirle que había quedado inconsciente después, por el alcohol, prácticamente desmayada. Juntos, poco después, abandonaron el hotel y, mientras viajaban por la ciudad mientras el sol se alzaba, ella fue consciente de que algo horrible le había sucedido; entonces, como si reaccionara de forma natural y, al ver sus ropas rotas, entendió lo que le había sucedido, enloqueció, comenzó a llorar y a golpear al hombre al que le había entregado su amor y su confianza durante más de dos años.

Así pasó ese día Helena, entre la confusión y el dolor; mientras tanto, para César los recuerdos se convertían en memorias y estas en remordimientos, esos monstruos que atacan por las noches con la convicción de un hombre que va a morir y, así mismo, fue en aumento el sonido de los pasos de un hombre joven que llegaba a la casa de Helena para confirmarle algo que ella, en su interior, ya conocía.

Fueron a la fiscalía a enunciar lo sucedido; Helena le contó al funcionario público lo acaecido, en medio de sollozos. Inmediatamente después, César se sentó ante el mismo funcionario, para empezar por decir:

—He sido testigo de la violación a Helena. —Todavía se sentía en el aire que respiraba César ese aroma de traición a sus amigos, al mismo tiempo que iban a arrestar, en otra parte de la ciudad, a sus amigos. Ante sus familias, la vida de todos se había destrozado; la investigación había comenzado. El fiscal estaba seguro de ganar este caso; así se puede deducir por el testimonio del testigo que había buscado de esa manera su redención; sin embargo, ocurrió lo que muchas veces poco se entiende: liberaron a los acusados.

En una muestra de astucia, el abogado defensor descubrió un error cometido por el fiscal en un momento del proceso, cuando ya se habían presentado los cargos de la acusación, error que consistía en que el fiscal presentó las acusaciones para perseguir el delito basado en un Artículo del Código penal que se refiere al delito de acceso carnal abusivo con persona incapaz de resistir, con cuyo criterio se establece que quien accediera carnalmente a persona en estado de inconsciencia, o que estuviera en incapacidad de resistir, incurrirá en pena de prisión.

La defensa argüía que debía juzgarse por lo considerado en otro Artículo, ya que Helena no se hallaba en incapacidad de resistir, sino la pusieron en ese estado el amor de su vida y sus amigos, en el momento en que la obligaron a tomar los últimos sorbos de bebida que, finalmente, la condujeron a un estado de alicoramiento cromático; entonces, este Artículo define mejor la conducta de los acusados, pues establece que el que realice acceso carnal con persona a la que se hubiera puesto en incapacidad de resistir, o en estado de inconsciencia, o en condiciones de inferioridad síquica que le impidieran comprender la relación sexual o dar su consentimiento, pagará una condena en la cárcel.

Esto generó un debate, ante el cual el Juez deliberó y falló a favor de la defensa y declaró a los acusados inocentes e invalidó la posibilidad de que se abrieran procesos similares por contradecir el Artículo del Código de procedimiento penal que especifica el principio procesal de cosa juzgada, lo que quiere decir que a la persona cuya situación jurídica se le hubiera definido por una sentencia comprobada no podrán someterla a nueva investigación o juzgamiento por los mismos hechos.

Este tipo de hechos nos trae un escenario caótico, irónico, injusto, cruel y casi secreto de esta sociedad, aquí en esta pequeña ciudad que tanto se conoce, se recorre y, como en esta oportunidad, hasta se desconoce.

EL CENTRO DE LA MUERTE

En la vida hay preguntas que no tendrán respuestas, situaciones que no tendrán explicaciones y formas que no tendrán razón de ser, en una sociedad saturada de prejuicios, donde la moralidad vende la idea de una vida de fantasía y felicidad construida con base en una utopía.

Hoy recuerdo con nostalgia, melancolía y frustración a ese compañero que llegó a iluminar mis días con esperanza, con ilusión y con aquel brillo mágico, propio de aquellos que van por el mundo, son felices y hacen de este mundo un mejor lugar. Paradójico resulta creer que existieran individuos que abominan y, sin reparo alguno, creen que le hacen un bien a la sociedad.

Juan llegó un día de aquellos en los que uno desea dejar de existir, cuando ya no se encuentra una señal para seguir luchando y menos para seguir lidiando con las condiciones precarias con las que convivía a diario. Fue un acontecimiento fortuito e inexplicable, como una tempestad que trae consigo expectativas y cambios; era un ser humano colmado de energía, luchador y una fuerza de la plena demostración de cómo uno puede equivocarse y seguir de pie “siempre adelante”, como solía decir.

Me hacía ver el mundo desde otra perspectiva, con confianza, con la ilusión de que, en algún momento, las cosas cambiarían, si cada uno cambia; si se hacen las cosas correctas, si se aprende a hacer que prevalecieran los derechos. Para Juan esto era transitorio, algo que debía asumir y superar, para que pudiera continuar con su vida.

Su presencia acarreó cambios, como la alimentación, que comenzó a ser balanceada; la higiene en las habitaciones y en los pasillos fue impecable; los encargados desistieron de administrar algunos medicamentos, como la Levomeprazina, conocida comúnmente como Sinogán, que produce sedación y controla el movimiento; los castigos fueron disminuyendo; en lo superficial, en el Centro de rehabilitación para farmacodependientes y alcohólicos, las cosas empezaban a mejorar, pero todo era parte de una maniobra para disimular las condiciones infrahumanas y precarias en las que se encontraba ese centro, debido a que el padre de Juan era un diplomático reconocido, respetado y admirado dentro del ámbito de la esfera política.

Pero el tiempo pasa y, una vez ganada la confianza del padre de Juan, el maltrato, la crueldad y la furia de los que se hacían llamar terapeutas comenzó a lacrar y avivar el dolor en el Centro. Para empezar, aminoraron las raciones de comida, se comenzó a recibir castigos si alguien protestaba o tenía alguna opinión adversa a lo que demandaban. Un claro ejemplo es cuando administraban medicamentos sin prescripción de algún psiquiatra, medicamentos alucinógenos, que generaban dependencia y, en cuanto a la parte emocional se trata, hacían más proclives a obedecer órdenes, de donde se concluye que esos medicamentos se utilizaban para doblegar la voluntad de los internos, pero olvidaron algo, que la voluntad es algo que no se puede doblegar, quizá solo aletargar.

Las noches, en el Centro, eran terroríficas; cuando comenzaba a oscurecer, se oían estruendos, gritos, lamentos, sollozos; en los pasillos, se respiraba un aire tenue y lúgubre, que provenía del fondo. Todos lo sabían y aterrorizaba, pues era el lugar de las lamentaciones de quienes se mostraban renuentes a las obligaciones y reclamaban comida. En ese lugar se propinaban castigos espantosos, como estar encadenado a un baño donde miccionaban o defecaban sus compañeros sobre el detenido; en otras oportunidades, se les daba agua con jabón, los obligaban a ingerirla hasta que les causaba vómito.

Juan no era indiferente a lo que estaba sucediendo a su alrededor, así que todo comenzó un 15 de diciembre, a un mes de su ingreso; él se dirigió a las instalaciones administrativas, donde solo estaba un encargado y un individuo con uniforme de vigilancia. Decidí acompañarlo porque era mi compañero de habitación y, con el pasar de los días, habíamos llegado a ser amigos, nos cubríamos las espaldas, compartíamos conversaciones en aquellas noches interminables mientras nos administraban medicamentos analgésicos y con el delirio que se produce cuando un ser humano se encuentra famélico; admiraba su valentía e ímpetu de intentar que cambiara la situación en la que nos encontrábamos, pero aún no entendía la magnitud y el régimen que nos oprimía.

Igual, esa mañana estábamos frente al encargado, para pedirle que se proporcionara una buena alimentación, higiene en las habitaciones, servicios y la comunicación con nuestros familiares, lo que lo enfureció y puso en alerta al encargado; de pronto, aparecieron dos jóvenes con sus batas blancas, que nos amordazaron y llevaron al fondo del pasillo, donde nos separaron y cada uno fue encadenado a un baño. Es casi indescriptible narrar lo que se sentía cada vez que algún compañero hacía sus necesidades fisiológicas sobre nuestras cabezas.

Después de tres días, casi moribundos, sin comer y calados por el excremento, salimos de ese lugar, desde donde se nos prohibió recibir visitas o efectuar llamadas a nuestros familiares; nos obligaron, además, a escribir, en nuestras misivas, hechos falsos, ajenos a la dura y cruel realidad en que vivíamos.

Recuerdo el olor fétido de nuestro cabello, nuestra piel pálida y demacrada, que daba un aspecto terrorífico; las cosas se apaciguaron y, en adelante, ningún interno se atrevía formular alguna conjetura o alguna objeción sobre la administración del Centro, pero, para Juan, la situación no había acabado aún; no estaba dispuesto a doblegarse, pues sus principios, su carácter y sus ideales no se lo permitían; sentía que estaba en deuda consigo mismo. Cada noche estaba maquinando un plan para escapar, pensaba en cómo burlar las cámaras, los terapeutas y la seguridad.

Un 31 de diciembre, cuando toda la administración del plantel se hallaba reunida para festejar el Año nuevo, para celebrar los altos índices de lucro por las jugosas bonificaciones que dejaban nuestros familiares para salir de esas dependencias, Juan cruzó el patio trasero y yo me encargué del sistema de alarmas, que desactivé con éxito; todo se había planeado, pero se olvidó un detalle: en las afueras del Centro había unos perros guardianes, a los que solo les daban comida tres veces por semana.

Al trepar el muro, a Juan lo atacó uno de estos perros guardianes, lo que impidió que avanzara hasta escabullirse de nuestros opresores; lo descubrieron, pero jamás me delató, a pesar del maltrato físico, en el que le propinaron puñetazos, patadas y lo flagelaron con cadenas.

Lo llevaron al cuarto de los castigos, donde permaneció un día, pues del fondo se oían sus gritos pidiendo ayuda; supe por alguno de los internos que se quejaba de un fuerte dolor de estómago y que tenía fiebre, ante lo cual se le negó medicamento alguno. Horas después oí los golpes, un grito agudo y caí rendido sobre mi lecho.

Al amanecer del 2 de enero, Juan estaba a mi lado, moribundo, con la boca abierta, frío y rígido, con la ropa que le pusieron para ocultar la calamidad de la golpiza, pues se había orinado. De inmediato, me levanté y comencé a gritar pidiendo ayuda, pero ningún terapeuta se acercó, pues ya no había nada que hacer: Juan había muerto.

Aquel día, mi mente estaba confusa, pero comencé a cavilar respecto a si en algún momento yo acabaría así, si saldría tal vez vivo de ese lugar, cómo serían mis días sin Juan, pues él era la esperanza que tenía viva para que pudiera salir del Centro y ahora él ya no estaba.

Fue a la hora de almuerzo, cuando todos comenzaron a murmurar: había rumores e indicios que indicaban que planeaban desaparecer el cuerpo de Juan y, con esto, ocultar su fechoría y evadir la acción de la justicia; que quedara, así, impune ese asesinato. Entonces, salí al patio y me decidí; en esta vida, llega un momento en que el deber dicta ser valientes y luchar por la justicia y por aquello en lo que se cree, aunque se acabara muertos, como lo había hecho Juan: él había muerto luchando, nunca había cedido ante los castigos, ni ante las amenazas, aun cuando su propia vida se hallara en juego. Recordarlo me dio la fuerza y

el valor suficientes y, entonces, resolví acabar con todo eso; entre al patio del comedor y subí a la mesa más alta, para asegurarme de que todos allí pudieran oírme y seguirme, pues, para esto, había preparado a dos compañeros, para que se amotinaron en las entradas y que pusieran unos contenedores en las puertas, para apalancar el comedor, y que todos oyeran mi mensaje. Me decidí incluso a morir, para que se supiera la verdad o alguien más iba a acabar sin vida en ese lugar.

Comencé con estas palabras:

—Todos podríamos haber amanecido como Juan un día como hoy, sin vida, sin importancia y sin que los nuestros se enteren, pues aquí cada uno de nosotros solo es un número cada mes, nadie mejora de su adicción, de su dependencia, de su enfermedad. Todo esto es una farsa, un maldito sistema lucrativo a base de nuestra miseria humana, nuestra falta de voluntad y la cobardía ante la vida. Aquí nadie va a mejorar con analgésicos, que solo aletargan y vuelven paciente y sumiso para obedecer órdenes; todo lo contrario, están acabando con nuestras vidas de la forma más ruin, no tendremos ninguna mejoría; nos están matando la voluntad de vivir, porque allí afuera hay libertad, hay oportunidades o, por lo menos, sabemos que no van a torturarnos o a acabar muertos como Juan; para nadie es un secreto que están maquinando ocultar su cadáver, hacerlo desaparecer y hacer de cuenta que aquí no ha pasado nada; ustedes deciden, o se unen a mí y quemamos este Centro, o comenzamos a morir uno por uno, porque de aquí nadie saldrá vivo.

Uno por uno se unió y comenzamos a rociar la gasolina que tenían de reserva y prendimos fuego; todo comenzó a incendiarse; nos repartimos por diferentes lugares, siempre en grupos; otros fueron a las puertas con palos, las alarmas se prendieron; finalmente, todos, amotinados, comenzamos a vencer el portón; entonces, lo logramos, conseguimos salir, a lo lejos y con el cadáver de Juan, pues no me podía olvidar de él; es lo menos que podía hacer por mi amigo, a quien ahora le podía hacer justicia y dar una digna sepultura; vimos cómo ardía ese lugar, en el que fuimos víctimas de torturas inhumanas, de miseria y sometimientos. Caminamos varios minutos y llegamos a un pueblo, donde pedimos ayuda para poder comunicarnos con nuestros familiares.

Es indescriptible cuando llegaron uno a uno nuestros familiares, amigos, allegados y hasta los mismos ciudadanos a darnos su apoyo y solidaridad, pues todos murmuraban respecto a ese lugar calamitoso; sentir el abrazo de mi madre fue lo más hermoso, después de seis meses de encierro y las crueldades a los que me sometieron. Mi madre me dio disculpas, cuando el que debería presentarlas era yo; no sabía qué decir, qué hacer; estábamos allí confundidos en un abrazo, cuando, de pronto, entre la gente apareció un hombre, con traje bien acicalado, que preguntaba por Juan; no sabía cómo explicarle, cómo decirle a aquel hombre que Juan, su hijo, ya no se encontraba entre nosotros, cómo decirle que su hijo había sido asesinado de la forma más vil y despiadada.

Me acerqué lentamente y le dije que me acompañara, que yo lo ayudaría a dar con él; frente al padre de Juan me mantuve algunos segundos, lo miré fijamente, lo abracé y le dije:

—No pude hacer más por él. —Me sentía miserable, culpable por no haber luchado junto a él, pues lo único que pude hacer por mi amigo fue envolver el cadáver en una sábana blanca y cargarlo conmigo.

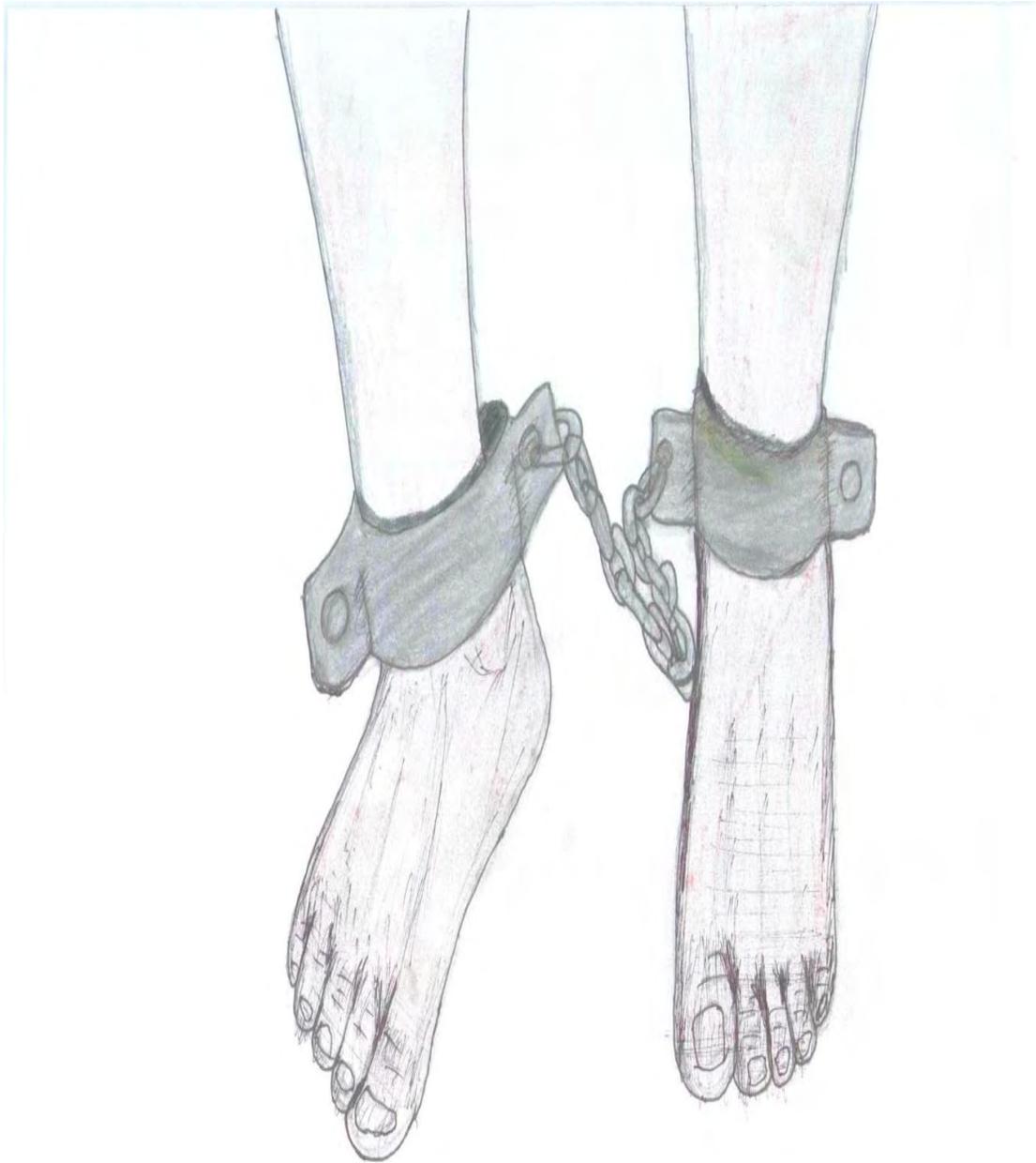


Figura 2. Las cadenas de la maldad.

Él fue mi compañero de habitación, mi amigo, quien, con su llegada, nos devolvió la esperanza de que había una oportunidad afuera, que detrás de aquellos muros había mucho más, que había una segunda oportunidad para nuestras vidas y, lo más importante, que había alguien que esperaba por nosotros. Algunos se habían acercado y estaban oyendo atentamente, entre sollozos, mis palabras, pues ahora estábamos alrededor del cuerpo de Juan; su padre no contuvo las lágrimas; se arrodilló frente a su hijo, que yacía ante él sin vida; una vez pudo ver la palidez e hinchazón del rostro de su hijo, no pudo evitar que la impotencia, que solo un padre puede tener frente a una injusticia por el asesinato de un hijo, lo invadiera. Allí, los que nos habíamos reunido, teníamos una oportunidad con nuestros seres queridos, aquel hombre ya no tenía ninguna oportunidad con su hijo; yo logre alcanzarlo por el hombro para poder levantarlo y tratar de tranquilizarlo, de apoyarlo en su dolor y desesperación.

Mi madre se acercó para cubrir el cuerpo nuevamente, mientras los allí presentes le hicimos saber al padre de Juan sobre la valentía de aquel hijo que había perdido, por el que habíamos decidido huir de ese tenebroso lugar, donde todo era dolor, desesperación, hambre y miseria. Cada interno abrazó al padre de Juan, como un símbolo de su solidaridad y dolor. Él se mostró agradecido, pero sabía que nadie le devolvería a su hijo; su único consuelo sería buscar que le hicieran justicia; entonces, juró que, por la vida de su hijo y por el sufrimiento de cada uno de los presentes, trataría de que se hiciera justicia y que los responsables pagarían con la máxima pena impartida por la justicia y a cada uno de nosotros nos pidió que encamináramos mejor el rumbo de nuestras vidas. Esta era nuestra segunda oportunidad, que le habían arrebatado a su hijo; Juan nunca podría rehacer su vida junto a su familia, pero cada uno de los que habíamos logrado escapar estábamos en la obligación de hacerlo.

Las horas transcurrieron tan rápido que, al llegar a casa, logramos ver por la televisión lo que había acontecido, pues la prensa local estaba informando sobre los hechos; allí supimos que no era el único Centro de esos, que existían otros dos, los que se desmantelaron y allí alcanzaron a capturar a los culpables.

La sensación de poder bañarte, poder comer, salir a pasear, conversar, me era tan ajena, que por un momento llegué a pensar que era un sueño o que estaba paranoico debido a los medicamentos que me habían suministrado, pero era real; estaba allí, sentado en el comedor, con mi madre, tomando un café.

Aquel día, por la tarde, fuimos a despedir los restos de Juan; esperé a que todos se retiraran para así hablar a solas con su padre. Era un hombre reservado y de pocas amistades, pero conseguí acercarme, por lo que me reconoció y me dijo:

—Venga, suba a mi auto, pues tenemos que hablar. —Así, en su vehículo llegamos a su hogar; era una casa grande y lujosa, donde solo convivía con un perro labrador; entramos, cruzamos la sala y llegamos a su despacho; una vez allí, me dijo:

—Sé que apreciaba a mi hijo; por favor, cuénteme lo que sabe. —No sabía por dónde empezar, pero comencé a explicarle lo que había ocurrido en ese Centro, donde sufrimos cualquier tipo de maltrato físico y psicológico y nos hacían creer que aquello que nos sucedía lo merecíamos porque habíamos llegado a ser unos farmacodependientes o unos alcohólicos; que nos suministraban medicamentos que nos hacían sumisos y dóciles para poder someternos a su voluntad; así, llegué a referirle los hechos relacionados con los últimos días de Juan, desde su intento fallido por escapar y poder denunciar lo que ocurría en ese lugar, para que nos rescataran. Entonces, con lágrimas en los ojos, me dijo que, ahora, por primera vez se sentía orgulloso de su hijo y que le resultaba paradójico porque ya nunca se lo podría decir. Describí los últimos acontecimientos por lo que paso Juan antes de su deceso y se me oprimió el corazón no haber podido hacer más por él.

Su padre no juzgó mi proceder, pues comprendió el contexto en el que habían sucedido los hechos. Entonces, me habló sobre su hijo, de cuando era pequeño, un niño activo, alegre, solidario y aventurero, sin temores. La descripción que me dio su padre era idéntica a la del Juan que había conocido que, cuando era joven fue dependiendo de los fármacos, debido a la muerte de su madre, quien falleció de manera repentina, víctima de un ataque al corazón. Y siguió su relato:

—Esos fueron unos tiempos difíciles; los dos nos aislamos y no existía comunicación alguna; sabía que algo andaba mal y, por algunos allegados, me enteré de su adicción; él mismo me confesó que, al principio, solía hacerlo para olvidar la ausencia de su madre, pero, luego, se le convirtió en un hábito, que hacía que estuviera fuera de contexto. El aislamiento, sus salidas continuas y el trabajo extenuante fueron detonantes para que reaccionara y pidiera ayuda; como padre era mi deber encauzar la vida de mi hijo. Por la *web*, me informé sobre la existencia de un Centro de rehabilitación; al averiguar un poco más, me deslumbraron sus instalaciones y la información descargada sobre el proceso por el que pasaban los internos, que terminaban rehabilitados de sus adicciones y dependencias. Algunas certificaciones y testimonios terminaron por convencerme de que dicho Centro me ayudaría para acabar con la adicción de Juan, para que pudiera continuar con su vida. Equivocada y fatídica decisión, pues, ahora lo sé, todo era una mentira en ese lugar, pues su único propósito era lucrarse con el dolor y la desesperación que provocan las adicciones. — Ese día, el padre de Juan me pidió que lo acompañara como testigo clave en el juicio que se adelantaría por el asesinato de su hijo.

El proceso fue sutil y engorroso, ya que era poco a poco se fue conociendo que se trataba de un negocio fraguado desde altas esferas; que en ese Centro se adelantaban pruebas de

fármacos en pacientes para ver sus efectos y, si en el proceso se producía alguna víctima, simplemente la desaparecían. Ahora, sabíamos que se estaba enfrentando a un monstruo, en el que se hallaban comprometidas personas con poder y vinculadas con investigaciones de algunos laboratorios, pero, por fortuna, no existen injusticias en este mundo que finalmente no se descubran y se penalicen.

Después de cinco años, aún resulta complicado convivir con los sucesos de aquel día, que cambió el cauce de mi vida, cuando, por primera vez, fui valiente y pude encontrar fuerzas para defender la verdad; cabe reconocer que fue tardía mi reacción, pero lo hice. Aún guardo el recuerdo de ese compañero que trajo consigo esperanza e ilusión a mi vida y, por él, ahora veo con optimismo el futuro.

El solo hecho de respirar, de tener una familia y conocer a nueva gente es suficiente razón para hacer de este mundo un lugar mejor; como decía mi amigo Juan:

—No hay duda alguna que todo tiene un plan y un propósito en nuestras vidas. —Pues, yo aprendí que, si no se tiene la osadía para defender el valor de la existencia, el ser y lo que a cada uno le corresponde, se lo arrebatan y, en esta vida, va solo a sobrevivir, pues todos o alguien en particular va a encargarse de arruinarnos la existencia.

BELLA

El sol se alza otra vez sobre el caserío, que se encuentra cerca de Catambuco; José, de 39 años, lleva los pies desnudos. Se halla en silencio, de pie, mantiene una postura reflexiva y serena en el balcón de madera que se encuentra a la espalda de su hogar. Poco a poco, lentamente, va sintiéndose más abrigado, mientras las sombras azules del inicio del alba comienzan a desaparecer y las casitas en la distancia parece que recuperaran sus colores. Es su tiempo, una rutina de contemplación antes de comenzar el trabajo. José lleva toda su vida apreciando el mismo paisaje, todas las mañanas y, sin embargo, nunca ha llegado a aburrirse, porque, como el aire que siempre nos rodea, nunca es el mismo cuando volvemos a respirar.

Su hogar es su orgullo, no solo por lo afortunado de encontrarse sobre una ladera cerca de la carretera y el Río Pasto, sino, más bien, por ser el refugio de su familia: Carolina, su mujer, de 37 años, con quien lleva 15 años de matrimonio, es la orgullosa madre de dos hermosas criaturas: Julián, de 9 años, y Bella de 12; son una típica familia de campesinos, que se dedican a cultivar sus tierras.

Este año las lluvias han sido buenas y el verde de los campos de trigo, así como el grueso de las espigas así lo hacen notar. Hay trabajo que hacer en el establo esta mañana, pero antes habrá que conseguir nueva madera y pastos frescos para los animales, piensa José, al mismo tiempo que frota sus manos. Al girar sobre sí mismo, lo sorprende una pequeña figura, que tímidamente asoma bajo el arco de la puerta: es Bella, que aún tiene su cabello desordenado y sus ojitos que luchan por aparecer; ella, simplemente, tiene algo que decirle a su padre.

—Desayuno, papá —le dice. Soltando una carcajada, José llega rápido hasta ella para sostenerla y llevarla consigo en sus brazos. ¡El día ha comenzado!

Llegan las siete de la mañana y Carolina, aún de blanco, encuentra dos intrusos en la cocina. Era la escena de una publicidad que, sin embargo, no evitó que siguiera pensando en todo el desperdicio y el posterior desorden que padre e hija pudieran causar en la muy organizada cocina que una buena madre llega a controlar. Al saludar un poco más fuerte que lo normal, hace notar su presencia y, en seguida, ordena a la pequeña que fuera a lavarse y cambiarse.

—Es sábado por la mañana, ¿no cree que estaría bien relajarse un poco? —le dijo José.

—Supongo que me sentiré así cuando regrese alegremente después de reparar el establo y limpiar los potreros donde la señora Lisa, —le respondió su mujer con un tono algo burlón,

mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro. Sin palabras, el padre atinó a retirarse, mientras levantaba sus manos en señal de rendición.

Poco después de estar reunidos, al terminar el desayuno, Carolina expresó su deseo de tener una mañana ligeramente despreocupada y pidió a su marido que se llevara a los niños al campo, para que jugaran. Después de todo, había sido una larga semana y la atención que ella había prestado a las tareas escolares de los niños le habían causado un desgaste que, de vez en cuando, hacía que tuviera un carácter de perros, como cariñosamente le mencionaba su marido. José pensaba en las herramientas que necesitaría para sus tareas, así como, también, en el modo en volver con ellas de camino a casa.

Recordaba que tenía que ir donde la señora Lisa, quien era la dueña de unos terrenos que estaban al pasar el puente en Botanilla y que, para acceder a ellos, había que acudir al permiso de la señora, quien, hacía algunos años, había negociado con José la venta de unas parcelas en el interior de su finca.

Poco después, en el interior del establo, Julián corría de un lugar a otro con sus brazos extendidos, mientras simulaba que era un aeroplano.

—Seguramente lo habrá visto en la televisión, —señaló Bella, mientras sostenía una bolsa de clavos, a la que su padre, de vez en cuando, volvía.

—¡Vaya, parece que este techo va a necesitar un cambio completo!, —exclamó José.

—Papá, esta semana la profesora dejó mucha tarea en el colegio y ya la he terminado toda. ¿Puedo ir a ver a María? —Sin dejar de martillar, su padre le preguntó:

—¿María, la hija de los López?, ¿los que viven cerca de la iglesia de la Virgen de Guadalupe?

—Sí, —le respondió Bella.

—No sabía que ahora tenías una nueva amiga. Bueno, pero primero le tienes que decir a mamá. —La niña soltó un suspiro, mientras sus hombros caían; al girar para verla, su padre le sonrió y le dijo:

—Vale; yo te llevaré por la tarde, pero cambia esa carita. —Tras un breve tiempo de reparar el techo, que había sufrido algunas averías por las lluvias y el viento, el padre se dio un tiempo para arreglar el cabello de su hija, una labor que había aprendido con el paso de los años; ahora, las trenzas le quedaban perfectas. Ese era uno de esos momentos especiales que unen a los padres con sus pequeñas, cuando se oyen sus historias curiosas, sus pequeños y tiernos secretos que hacen fuerte la confianza que sienten el uno en el otro.

Hacía tres días atrás que José se encontraba trabajando en el desyerbado de aquel campo que se encontraba en la vereda de la señora Lisa. Para esto, siempre se ponía en contacto previamente con la señora, para informarle que iba a apersonarse de ello por las mañanas. Él había pensado, en un comienzo, en llevar a sus niños en la camioneta; sin embargo, recordó de pronto que el viejo camino los acercaba en tan solo diez minutos; además, que era el mismo por donde solía ir de camino al pueblo de Catambuco cuando era niño, así que, mientras los niños esperaban al pie de la camioneta, para incorporarse a su interior, el padre les dijo que iban a salir de paseo a recolectar hojas de manzanilla y cedrón, que crecían cerca del camino, ante lo que los niños mostraron unos gestos de desaprobación bajando rápido sus cabecitas.

Al momento, los dos niños se encontraron en el camino, mientras Carolina los despedía desde la ventana y le recordaba al papá que no regresara muy tarde. No avanzaron mucho en la ruta, cuando las nubes se abrieron para dejar paso a los penetrantes rayos del sol; Julián corría por delante con todas esas fuerzas intactas que tiene la niñez, mientras les daba vueltas a las piedras que encontraba para saber qué sorpresas podía encontrar: sapos, grillos o hasta arañas, solo para salir corriendo y gritando.

Por su parte, el padre parecía un poco sobrecargado por las herramientas y vigilaba sus pasos en aquel camino, ya que había tenido accidentes en algunas oportunidades; solo Bella, que iba atrás, cuidaba su vestido blanco y sostenía su sombrero con una mano a causa del viento que soplaba y trataba de arrebatarlo; con la otra, sostenía su carterita, que su misma madre le había confeccionado y que era de un rosado intenso, su color favorito.

Mientras el grupo avanzaba y atravesaba la amplitud de los paisajes, a los que se están acostumbrados sus moradores en el Departamento de Nariño, ya habían llegado al puente que se encuentra al costado de la carretera, en Botanilla.

—Ya falta poco, —les dijo José, cuando se detuvo sobre el concreto para secarse el sudor de la frente; de repente sintió algo frío en su nuca y, al darse vuelta con rapidez, vio una botella de agua, que Bella sostenía.

—Mamá me pidió que trajera esto, y tengo otras dos más.

—Tu madre puede parecer una mujer a veces un poco dura y regañona, pero mira cómo se preocupa por nosotros, ¿no? —le dijo José.

—Lo sé, —le respondió Bella.

—Pues, sigamos, que ya falta poco. —Así que prosiguieron su camino y, en el horizonte, su destino se hacía más claro, al mismo tiempo que más cercano.

La finca de la señora Lisa, se encuentra en una localización afortunada, cerca de una quebrada y flanqueada por un bosquecito de árboles, que le sirven como protección de los vientos para la casa que se levanta en sus terrenos. En ella, se cultiva papa, trigo y cebada, hay establos para los caballos, las vacas y todo el lugar lo cuidan cuatro indomables perros. Hacía mucho tiempo que José y Lisa se conocían; habían compartido el colegio juntos y desde que ella había regresado de la capital a su casa, después de la muerte de sus padres, era la dueña que administraba los negocios familiares, como la heredera única que era.

No había sido sino hasta hacía unos años cuando había decidido arrendar unos terrenos, que no utilizaba, y había hecho que se publicaran unos avisos en el periódico con el ánimo de que se pudiera encontrar algún interesado. Así ha entrado en esta historia José, quien fortuitamente andaba buscando nuevas tierras donde invertir las ganancias de un buen año de producción en sus cosechas; así había comenzado esta relación que trajo hasta aquí, ahora con la figura de José en las afueras de la finca, en espera de que apareciera la señora Lisa, en esta mañana calurosa y, al poco tiempo, allí estaba presente, ya que había leído el mensaje de texto que José le había alcanzado a enviarle momentos antes de partir de su casa.

Ella saludó con alegría a José y a los niños les hizo gestos de cariño, mientras les decía que el buen tiempo y las lluvias habían llevado a que las plantas que cultivaba produjeran abundantes fresas, tomates y moras y que, si lo deseaban, al final del día podían pasar por su casa para llevarse una caja. Ante esta novedad, los ojos de los pequeños se abrieron mucho más, mientras decían en coro:

—¡Fresas! ¡Sí, queremos! —La carcajada de José no se hizo esperar y el rostro de Bella mostró una gran sonrisa.

—Está bien; cuando terminemos, volveremos y, todos juntos, recogeremos y escogeremos las mejores y más bonitas frutas, —les dijo José a sus hijos.

—¡Qué linda familia! —exclamó Lisa, mientras lanzaba un suspiro, y agregó:

—Bueno, muchachos, diviértanse; solo tengan cuidado con los perros. Por mi parte, debo volver a mis actividades; nos vemos, —para, poco después, despedirse y dirigirse a enfrentar sus labores.

Los terrenos, en los que trabajaría José, se encontraban al fondo de la finca, en una zona que daba al río; cercado en su totalidad, la única forma de acceder a ellos era al atravesar la única entrada, un portón que daba hacia el sur. Hasta allí llegaron los niños, seguidos muy de cerca por su padre, quien ya no veía la hora de empezar a trabajar y así poder regresar temprano a su casa. Cuando atravesaron el portón, José tenía las manos ocupadas con

diferentes tipos de cosas; antes había hecho una pausa para tomar unas herramientas que le había encargado a la señora Lisa el día anterior.

Ya instalado, al pie de un pino, donde se había construido una choza, con la pared frontal totalmente descubierta, un momento antes de comenzar su actividad recordó que había olvidado cerrar el portón. Levantó la vista hacia donde se encontraba Bella y contempló su figura un instante, para ver que el viento se escapaba entre sus cabellos mientras su vestido ondulaba suavemente, cuando lo interrumpió la voz de su hija, que le decía:

—¿Papá? —José volvió sobre sí y, con el mismo tono de voz alegre y vivaz, al que su niña se había acostumbrado, le pidió que fuera a cerrar el portón. Bella, que estaba sentada en la hierba, a un costado de la choza, se incorporó con gracia, tomó el sombrero, que se puso delicadamente para evitar que sus trenzas se estropearan, y su cartera rosado intenso; Julián la contempló mientras oía que salían de su boca estas palabras.

—Ya vuelvo, para ayudar a papá —y desapareció.

José vistió se puso las botas y sus guantes y, con la hoz, con agilidad, reinició la labor que había venido haciendo desde hacía tres días. Sin embargo, por haber dejado para el final una sección que daba hacia el río, su rumor solo le permitía que oyera un sonido monótono; por eso, de vez en cuando, alzaba la vista para saber dónde estaba Julián jugando y gritarle que no se fuera muy lejos. Durante algún tiempo continuó con su labor, concentrado en acabar las malas hierbas que suelen crecer entre el trigo, en un accionar mecánico y automático que, cuando se trabaja, permite que se lo asumiera como una rutina. Entonces, cuando estaba a punto de terminar su trabajo, de repente, se dijo:

—¡Bella! —Ya estabas allí, me llamabas y yo sin poder oírte... y ahora te sostengo; me quieren separar de ti, se repetía ahora José, mientras sostenía el delicado cuerpo inerte de su hija.

Rodeado por figuras de la autoridad policial, el médico legista le dijo al fiscal:

—No podemos dejarlo así mucho más tiempo —mientras algunos disparos se oían en la distancia. Uno de los policías giró para decirle a uno de sus colegas, que acababa de llegar y estaba hondamente consternado con la escena:

—Deben de estar matando a los perros. —A lo que su colega inquirió:

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado aquí? ¿Han sido esos animales?

—Sí, la atacaron. No hay nada que podamos hacer, discúlpame. —El oficial tomó la iniciativa de llegar hasta donde se encontraba José, quien había envuelto con sus ropas y abrazaba a su pequeña hija.

—Señor, usted se encuentra con heridas: permítanos examinarlo; además, nos informaron que su señora esposa está en camino. Sería mejor que nos permitiera hacer nuestro trabajo y que usted se encuentre en condiciones para poder estar con su esposa. —Uno de los oficiales se acercó para ofrecerle una camiseta, que tenía en su patrulla. Incorporándose, con la ayuda de los oficiales, José caminó hasta una ambulancia que habían estacionado cerca de allí.

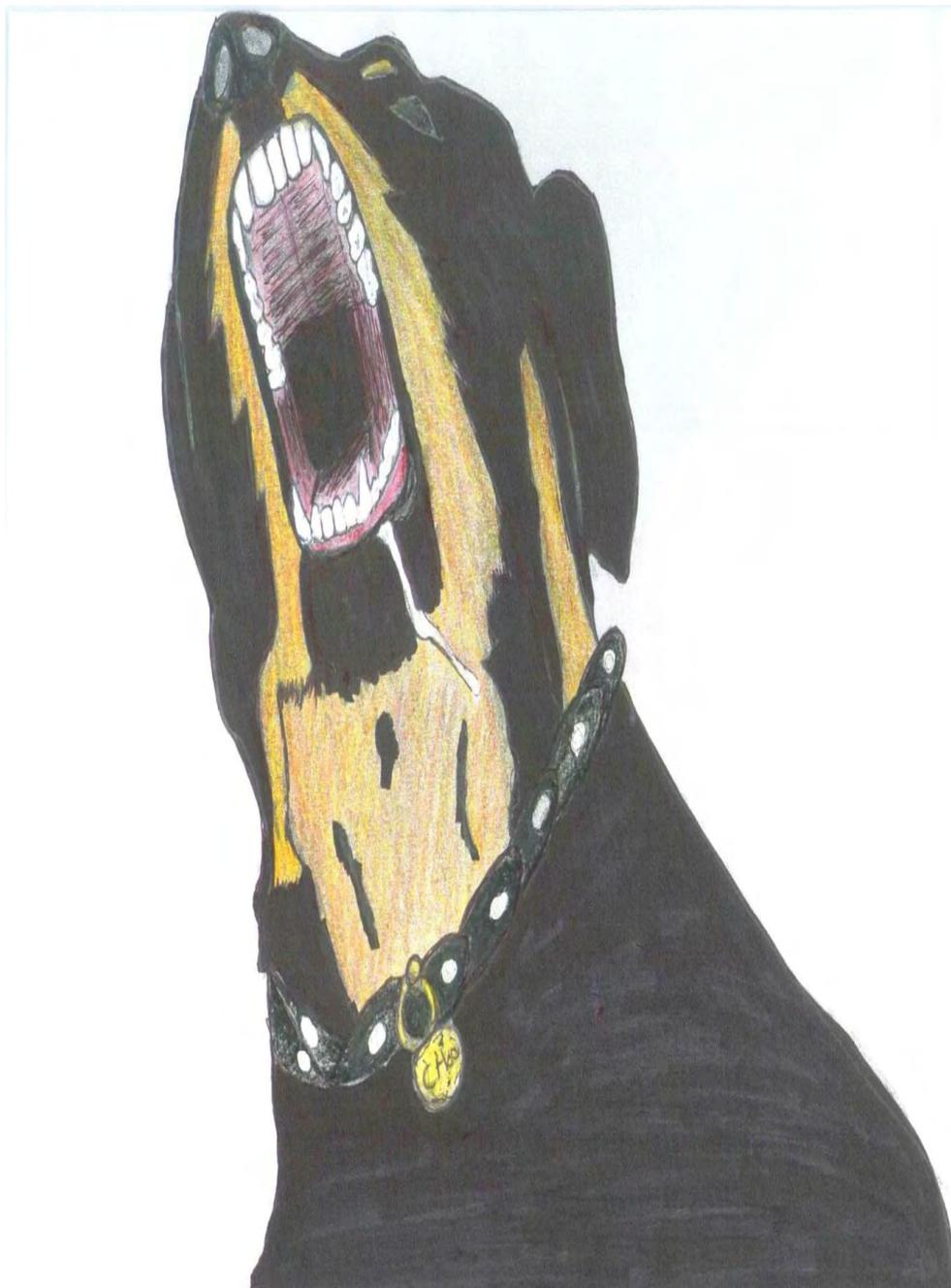


Figura 3. Instinto animal.

Entonces, el fiscal dio inicio a la diligencia del levantamiento del cadáver.

—¿Dónde está mi hijo? —pregunto José. Uno de los enfermeros le contestó que estaba bien y dentro de la ambulancia.

—Por favor, manténgalo allí; él no tiene que ver nada de esto. —Ahora, el celular había comenzado a sonar; al contestar la llamada, oyó que era Carolina que, con su voz entrecortada comenzó a hablar, para, luego, transformarse en un grito, solo para decir que lo único que quería saber es si le estaban mintiendo.

Pocos días después, en su hogar, Carolina contempla una casa vacía, aún con el recuerdo del velorio y lo difícil que había sido el entierro; abraza fuertemente a Julián, quien, a pesar de sus pocos años, lo ha entendido todo. Ella lo sostiene con ambas manos, le sonrío y le dice:

—Yo seré fuerte para ti. —Él trata de entenderlo, pero no responde. Haciendo un poco de fuerza para soltarse de su madre, sigue el camino que da al patio interior y extiende sus brazos como si se tratara de las alas de un aeroplano e intenta continuar la vida en su mundo, pero se detiene. Ahora, los juegos de antes ya no le divierten. Carolina lo ha visto todo y se dice y se repite: “Serás un muchacho fuerte, lo superarás”.

Ha pasado ya más de medio día y José acaba de volver del pueblo: lo habían citado para que declarara para las averiguaciones de ley. Le dice a Carolina:

—Al parecer, el fiscal está pensando en presentar cargos y pide mi colaboración. —Ella lo mira con un gesto serio para decirle que ya estaba bien, que sería mejor que las cosas quedaran así, ya que nada bueno se conseguiría. Bella ya no volvería.

—Lo sé, pero también podríamos encontrar algunas respuestas para lo que ha sucedido y que este tipo de cosas no vuelvan a ocurrir. —Carolina no responde por unos segundos, se sienta cansada y camina hasta donde juega Julián, para ponerse de rodillas y acompañarlo, mientras le pregunta a qué estaba jugando.

Días después, José se despidió temprano; llegó hasta uno de los juzgados y tomó asiento en algún lugar cercano. Por un momento, mientras esperaba que se cumpliera la hora del tiempo indicado, encontró cierta paz al observar una bandera ondulante en esta mañana gris y sombría. El traje que portaba lo hacía sentirse diferente: iba de saco, con una corbata y los zapatos que solían verse en ocasiones especiales.

El ruido de las calles y las figuras que caminaban apresuradas por sus asuntos no lo distraían de sus pensamientos y sus recuerdos. Todavía podía sentir la leve fuerza y el peso que ejercía Bella; pensaba en lo triste que se pondría cuando dejar de sentir estas sensaciones, que iban a alojarse en algún lugar de su memoria, mientras a él no le quedaba otra opción que seguir viviendo.

Al ponerse de pie, se tomó un tiempo más para observar el panorama, como lo había hecho siempre, pero esta vez, a los pocos segundos, cerró los ojos y avanzó hacia la mole de cemento y concreto donde lo esperaba una nueva historia.

Es el primer día, en la sala primera de audiencias de lo penal en Pasto; una figura la atraviesa y se acerca al estrado; el murmullo de los presentes se silencia. Mientras la juez toma asiento, el secretario ha comenzado a describir los hechos por los cuales todos se hallaban allí presentes: dice que se trata del caso de homicidio culposo, en el que desafortunadamente había perdido la vida, Bella, una niña de 12 años, hija de José y de Carolina. Una vez termina, la juez se dirige al fiscal para que formulara su acusación. El fiscal comienza por señalar a la señora Lisa como responsable directa de los hechos, en un movimiento osado, que llamó la atención del público y, hasta cierto punto, de José, quien se encontraba entre el público y había comenzado a sentir alguna incomodidad.

El fiscal comenzó a describir la vida de Bella, su colegio, sus amigos, su familia y las oportunidades que nunca tendría; posteriormente, señaló que, según él, no había ninguna duda sobre la responsabilidad de la señora Lisa que, como dueña de la finca, había incurrido en el delito de homicidio culposo, al no haber tenido cuidado en prevenir una situación de riesgo, ya que había permitido que transitaran unas personas por su finca sabiendo que tenía unos perros peligrosos para la integridad de esas personas.

Mientras tanto, lejos de allí, Carolina meditaba en la mejor manera de ordenar la habitación de su niña, ya que nada se había tocado hasta entonces y, con el pasar de los días, una ligera capa polvo había comenzado a cubrirlo todo; en su alma, aún destrozada, luchaba con su razón, ya que sentía que necesitaría de un tiempo más antes de comenzar a empacar todas las pequeñas cosas que le recordaban a su pequeña, por lo que se sintió sin las fuerzas necesarias y quedó tendida sobre su cama, que lucía enorme y vacía sin su niña.

La mañana había avanzado y el fiscal ya había terminado. Ahora, le había llegado el turno al abogado defensor, quien comenzó sus descargos de forma tranquila y pausada: señaló que la señora Lisa había actuado de buena fe cuando les había permitido que pasaran por su propiedad, ya que sabía que seguían una relación económica, pero signada por el respeto y la amistad; existía la confianza suficiente y, además, siempre les había advertido que sus perros eran peligrosos y que debían tener cuidado con ellos; sin embargo, ellos se habían confiado y habían transitado por la propiedad con olvido de las advertencias que les había hecho. Según el defensor, el señor José era el responsable por el cuidado de sus hijos, así como de su seguridad y de su salud; él sabía sobre la existencia de esos animales, era consciente de que estaban allí y había sido el que había omitido cumplir con el deber objetivo de cuidado, por lo que, en este caso, era suya la responsabilidad por lo que había ocurrido.

José solo mantenía la mirada en ese abogado instruido y elocuente; sintió el golpe derivado de lo que se deducía de las palabras que había pronunciado y se preguntó si había estado bien que hubiera ido a esa Audiencia. Resulta casi natural que se encuentre en otros los culpables para los propios errores o, de verdad, existía una responsabilidad en la señora Lisa, no lo sabía; se sentía confuso y sus ideas ya no eran muy claras, por lo que decidió salir de ese lugar, pues necesitaba alejarse y pensar un poco en lo que había oído y, mientras se retiraba, el sonido de las palabras de ese abogado se iba apagando.

José estaba allí, de pie, otra vez solo y en silencio, en diálogo consigo mismo, mientras contemplaba el panorama que se le abría a la salida del Palacio de Justicia y, al final, decidió marcharse, pues pensó en que aún tenía a Carolina y a Julián, por lo que comenzó a avanzar en dirección a su hogar, en tanto pensaba que, por el camino, les compraría algo. Una sensación de esperanza comenzó a crecer dentro de sí, al reconocer en sí mismo la actitud que había observado en su hija, de esforzarse y seguir adelante a pesar de las dificultades.

Algún tiempo después, se conoció el resultado del proceso, que declaró inocente a la señora Lisa; sin embargo, eso ya no tiene importancia, así como lo había señalado Carolina quien, ahora que el tiempo ha pasado, ha vuelto a enfrentar sus labores cotidianas y a sonreír de vez en cuando, mientras José sigue ocupado del trabajo en los campos y Julián ha regresado al colegio. Ahora, otra estación ha comenzado.

DESGRACIA SIN LÍMITE

En el verano de 2005, el día había comenzado esplendoroso, las nubes en el cielo se ocultaban y el sol aparecía tras la ventana de su cuarto; eran las 7 de la mañana cuando la luz resplandeciente se proyectaba en sus ojos; sabía que era la hora de alistarse para aquel día importante de su vida; todos en casa parecían estar contentos por la decisión que había tomado. Mamá Hortensia y papá Octavio se alistaban para la ceremonia que se celebraría en la iglesia del pueblo; ya todo estaría listo; por su parte, estaba feliz de recibir la bendición con Alberto, un hombre de mejillas rojizas, de pelo lacio, de ojos saltones, cuerpo robusto, carismático y trabajador.

Ese año, a las cinco de la tarde, estaba frente a Alberto y le ponía la argolla en su dedo anular de la mano izquierda, mientras prometía serle fiel y respetarlo hasta la muerte. Aquella tarde, el brillo de sus ojos y la sonrisa delirante terminaron por enamorarla; su mano junto a la mía mientras atravesaba el pasillo central de la iglesia la hacían sentir triunfante: eran uno solo para compartir sus vidas para siempre.

Sin adivinar el futuro, se estaba entregando a las llamas abrasadoras del sufrimiento, pues, así como los unía el amor, muy pronto el odio los separaría en una forma inesperada. En ese mismo año, a finales de noviembre, se encontraban viviendo en una comunidad marginal, en un sector de los barrios surorientales de Pasto, donde las aguas de las alcantarillas corrían malolientes, las casas eran de techos bajos, las paredes rayadas con aerosoles, allí sería su hogar, ya que, con algunos ahorros, se habían trasteado a la localidad.

Al pasar los días, se iban acomodando a la vida entre aquellas paredes grisáceas; humildemente, todo parecía estar en un orden indicado, estaban viviendo un sentimiento idílico, transparente, en su más alto grado de sentimentalidad; el paraíso de sus ojos y el sentir de su silencio recorría sus labios, mientras susurraba a su oído; ella lo seguía amando, en un amor eterno, en que sus brazos le rodeaban el cuerpo en esos días fantásticos, cuando la noche desnudaba sus almas al albor del fuego ardiente; apenas puede recordar su sonrisa gloriosa dibujada en la sombra.

Después de noches de locura, de un frenesí de besos y lujuria, Alberto comenzó a alejarse, como si su amor por ella se hubiera desvanecido; sentía su presencia lejana, la soledad se había apoderado de sus días desolados, su ausencia la dejaba en una inmensa melancolía, su cuerpo se hacía presente en el deseo carnal y no en el sentimiento del amor; sus manos, antes suaves, se habían tornado toscas, fuertes y controladoras. Mientras pasaban los días, su ausencia llenaba de dolor su alma, puesto que, ahora, cada noche llegaba ebrio, con una

botella en mano, su caminar chueco, la camisa abierta, los bolsillos vacíos, historia que se repetía con mucha frecuencia y estos problemas iban a agravarse aún más.

A inicios del 2006 nació Carlos, lo que trajo unos breves momentos de felicidad que, luego, se transformarían en la doliente píldora amarga del desprecio, pues el ambiente se había tornado muy extraño, pues Alberto no parecía que la viera con los mismos ojos centelleantes ni con la misma sonrisa delirante.

En el año 2007, nació Lucía, pero la presión en casa había aumentado: el dinero no alcanzaba y Alberto, con su rostro fruncido, se levantaba murmurando entre dientes para expresar la furia insana que le causaba el tener una responsabilidad como padre. Por su parte, ella tenía en mente trabajar para ayudar con los gastos; entonces, su mamá Hortensia le prestó un dinero para que comprara un carro de ambulante, con el que pudiera vender café, chocolate, buñuelos y empanadas y, de ese modo, pudiera ayudar con los gastos del hogar.

Las primeras semanas se levantaba a las 5 de la mañana a preparar los alimentos que vendería en los alrededores de centros comerciales; en medio de la humedad de la brisa, se sentaba en un banco a esperar a algunos clientes hambrientos. Al terminar el día, como de costumbre, iba a recoger a sus hijos al jardín infantil; cuando llegaba a casa, descubría que Alberto no se encontraba allí, sino que hacia las siete de la noche se aparecía ebrio, con sus pantalones desgualangados, la camisa abierta hasta el ombligo y los ojos enrojecidos; golpeaba con brusquedad la puerta e ingresaba agresivo.

En los años que vinieron, mientras crecían Carlos y Lucía, las cosas habían ido empeorando: al parecer, tan solo su presencia le causaba náuseas; el trabajo parecía que no le importaba, el vicio del alcohol lo había hundido; había ingresado en un horrible sendero de amarguras y desprecio. En el lado oscuro de la muchacha empezó a encenderse la llama de la rabia y el odio que sentía a causa de su comportamiento.

A mediados del 2009, Alberto decidió cambiar y reconstruir su hogar; compró un carro ambulante para comenzar a trabajar hombro a hombro con ella; todas las mañanas iban a los alrededores de los centros comerciales a ofrecer café, buñuelos, empanadas, pero, de nuevo, volvió al alcohol, de modo que a menudo llegaba ebrio y sin dinero; los insultos se volvían cada vez más soeces, empuñaba sus manos para abalanzarse sobre ella una y otra vez; así, las noches interminables se repetían con violencia.

El miedo se había apoderado de ella y de sus hijos, quienes, detrás de las rendijas, estaban prestos a mirar lo que pasaba; sus ojos llorosos y sus silencios conmovían su corazón. Un día, cansada de tantas humillaciones, se puso un chal floreado y un vestido azulado para dirigirse a la URI más cercana a presentar una denuncia por los hechos que estaban ocurriendo con Alberto; un señor, de nombre Armando, atendió su caso; en la oficina,

frente al escritorio, con las manos sudorosas, que se movían sin advertirlo, con la cara enrojecida, lo miraba a los ojos mientras le narraba su situación; él, al tomar nota de cada palabra dicha, la iba transcribiendo en un computador. De pronto se puso de pie y se dirigió a otra oficina con el objeto de imprimir una hoja, que firmó más adelante, de modo que la denuncia inició un proceso, cuyo resultado fue una caución a Alberto, que le prohibía el acercarse a los hijos y a la esposa.

Después de ese día, tuvo el suficiente valor para decirle que se fuera de casa, que ya no querían convivir con él; recuerda que, justo esa tarde, Alberto había llegado con un pollo asado para la cena; ella estaba nerviosa, sin embargo le dijo:

—Alberto, tenemos que hablar. —Él sonreía una y otra vez, como si no oyera su voz, pero, de nuevo, con la dureza de las palabras, le dijo:

—Ya no podemos estar juntos, debes marcharte; fui esta tarde a la URI para hacer una denuncia por el maltrato verbal y físico, que durante largo tiempo he aguantado; el señor fiscal ha impuesto en su contra una caución, que le prohíbe que se acerque a los niños y a mí. —Alberto, furioso, con su mano derecha le dio varias bofetadas. Algo mareada, le dijo:

—Voy a llamar a la policía —y cogió en sus manos un cucharón de palo, le dio un golpe en la espalda y lo dejó sin aire; él, ofendido, la asió y, empujándola toscamente, la lanzó contra el filo del mesón de la cocina; al sentirse lastimada, cogió, con su mano izquierda un cuchillo, que se encontraba tras suyo, y lo amenazó; él la miró con tal horror que, después de coger su chaqueta, se marchó lentamente, hasta que desapareció.

En los días siguientes, ella procuraba caminar con los ojos fijos en el suelo, con la mirada en el pavimento, para no encontrar, entre las personas que se le cruzaban, los ojos de Alberto; su presencia la había llenado de odio y de rencor.

En el mes de octubre, pasados dos meses desde la separación, él volvió a aparecer en la oscuridad y el frío de la noche; mientras hacía dormir a los niños, a lo lejos sintió el ruido de una llave que abría lentamente la puerta principal; en ese momento, al temer por la integridad de su familia, agarrando un palo de debajo de la cama, ha salido en cuclillas, para ver que Alberto se hallaba en la sombra, apenas visible en la escasa luz de la sala; cabizbajo, permanecía inmóvil; al acercársele, el olor repugnante del aguardiente la detuvo.

De pronto, alzó la cabeza y la miró con sus ojos enrojecidos y sus pómulos secos, para, en seguida, desatar su furia; al empuñar sus toscas manos, comenzó a golpearla en el rostro y el cuerpo, en medio de un forcejeo; ella cayó abatida y quedó en posición fetal, indefensa, mientras él prosiguió la agresión y le dio patadas, hasta cuando ella perdió la conciencia; luego, con gritos desesperados, casi moribunda, pidió ayuda; así, la encontraron unos

vecinos, quienes llamaron a la policía, que llegó en poco tiempo; para entonces, Alberto ya se había marchado.



Figura 4. Cólera.

Después, una ambulancia de luces rojas se acercó a la casa y unos enfermeros, vestidos de blanco, alzaron su cuerpo, que yacía tendido en el suelo, reventado por los golpes. La casa se hallaba en un completo desorden; abundantes mechones de pelo en el suelo y rastros de sangre, ya seca, eran la muestra de lo violento del suceso. La fiscalía, de nuevo, a cargo de la denuncia por maltrato, reiteró la caución.

El ambiente irrespirable aumentaba la tensión y los nervios en el hogar; para tratar de sanar las heridas, les sonreía tiernamente a sus hijos, quienes parecían aterrorizados de mirar el rostro desfigurado por las laceraciones recibidas de su padre; sin embargo, debía sacar fuerzas para seguir adelante; por ello siguió yendo a los centros comerciales para vender los productos, pues los gastos en casa no daban espera; debía mantener a sus hijos pese a todo.

Después de la caución que le impuso la fiscalía, Alberto tenía que cumplir con la cuota de alimentación de los niños, sin que tuviera contacto alguno con ella, por lo que su hermana Prudencia era quién le entregaba el dinero de su manutención. Además, le llevaba mensajes, en los que le decía que él quería volver con ella, que había dejado de tomar y que la iba a perdonar por haberlo denunciado: esas eran sus palabras.

Ella sabía que cada uno de esos mensajes era una mentira, que él nunca iba a cambiar, pues nunca le había importado cuántas lágrimas habían derramado sus ojos, ni el dolor que hubiera sentido en su alma, ni el sufrimiento que le había causado; esta vez, su corazón endurecido iba a acabar por completo el amor que le había tenido; ahora, solo reinaba el sentimiento del odio y el rencor.

Los días pasaban y pasaban y la tranquilidad nuevamente volvía a casa; se levantaba a las 4:30 de la mañana para preparar los buñuelos, las empanadas, el café y el chocolate; a las 7 pasaba dejando en el jardín a Carlos y Lucía y, con el carro ambulante, que iba arrastrando hasta los centros comerciales a una hora y media de casa, al estar ahí se sentaba en un banco, con un delantal por delante, y esperaba a los clientes, quienes iban llegando a comprar su cafecito; a las tres de la tarde, se alistaba de nuevo para recoger a los niños y volver a casa, a la que llegaba muy cansada, con el carro a cuestas.

Esa era la rutina de todos los días, pero, a principios del año del 2010, un día viernes, fue a dejar a sus hijos al jardín y se disponía, como solía, a ir con su carro ambulante a los centros comerciales, a vender el café; justo a las 10:30 de la mañana, cuando se dirigía hacia la puerta izquierda del centro comercial El Dorado, con un delantal floreado y empujando el carro, iba lentamente caminando cuando, de pronto, en el umbral de un pasillo vio una silueta parecida a la de Alberto y, en efecto, cuando se acercó, era él, con un pantalón café oscuro, una camisa a rayas, zapatos negros y empujando su carro ambulante, se detuvo unos segundos a verla pasar; la cara de ella empezó a sudar, sus manos no

hallaban la fuerza necesaria para empujar más rápido el carro, sus sentimientos afloraron de nuevo en el odio, el rencor y el miedo, sus ojos negros enfurecidos miraban en una sola dirección; los nervios hicieron que volviera sobre sus pasos y ahí comenzó la peor parte de esa pesadilla; él, lleno de odio y con voz fuerte, le dijo:

—Perra vagabunda, este no es tu lugar de vender; este lugar es mío, lárgate a la mierda; lo que estás buscando es que te casque, anda que te mantenga tu mozo. —Con esas y otras vulgaridades la agredió; sin embargo, ella decidió que haría el oído sordo. Sin decir ninguna palabra, cambió de camino para ingresar por otra puerta, pues, justo ese día, lo único que buscaba era terminar de vender los productos para llegar rápido a casa, para celebrarle el cumpleaños a Lucía, su pequeña hija, cumpleaños que jamás se iba a celebrar, debido a lo que sucedió después.

En el trayecto hacia la puerta trasera del centro comercial, con la rabia que enmudecía su boca, las lágrimas no tardaron en aparecer en sus ojos; ya al llegar a la puerta trasera del centro comercial, cuando iba entrando con lentitud, de nuevo se encontró con Alberto, quien apresuraba el paso para interceptarla, de tal modo que logró que se encontraran cara a cara, instante que se iba a transformar en una verdadera desgracia, pues allí Alberto la agarró con sus manos gruesas y la empujó encima del carro, la lanzó al suelo e hizo que se llevara por delante los termos, los buñuelos y las empanadas: todo el negocio se fue al suelo; como en cámara lenta, ella veía los rostros de las personas atónitas, que estaban en el lugar, y sus oídos tan solo oían los susurros de voces que se le acercaban, de modo que la cólera, el dolor, la ira y la humillación hicieron que explotara todo en un suceso funesto: se levantó del suelo y alzando un cuchillo, con el que cortaba el queso, se lanzó encefaleada y le propinó una puñalada en el pecho y vio cómo su cuerpo se desvanecía en el suelo y la sangre le salía abundante por su camisa a rayas y sus brazos abiertos quedaron extendidos en el pasillo de la puerta trasera del centro comercial.

Al voltear la mirada a su alrededor, vio cómo unas personas salían de sus locales gritando:

—¡Auxilio, auxilio, llamen a la policía!, ¡lo mató!, ¡está loca!, ¡lo mató!, ¡no se mueve!, ¡ella es la culpable, deténganla! ¡Pobre hombre, no merecía morir de esa manera!, ¡nadie tiene derecho a quitarle la vida a otro ser humano! —Y otros, que habían sido espectadores de lo ocurrido, decían:

—¡El señor se lo buscó!, ¡la señora se estaba defendiendo!, ¡era ella o era él!, ¡él la agredió primero!, ¡él señor se volvió violento y ella lo único que hizo fue aguantar, hasta que ya no pudo más! —Estas y otras frases retumbaban en su cabeza.

De pie junto al carro ambulante desplomado, con el delantal ensangrentado y el cuchillo en sus manos, trataba de entender lo que había hecho; sus ojos solo miraban a un solo punto, el cuerpo de Alberto, que yacía sin vida en el suelo, lleno de sangre. La desorientación se

apoderó rápido de su conciencia, que aún no entendía lo que le había sucedido: por un momento creyó que estaba teniendo una pesadilla, de la que jamás iba a despertar; en medio de todo, solo se decía que había matado al padre de sus hijos e iría a la cárcel.

A lo lejos oyó la sirena de la policía, radios que se intercomunicaban, pasos fuertes que se acercaban al sitio: eran ellos, los agentes, con sus uniformes verdes fosforescentes, que se dirigían directo a ella; uno de ellos le preguntó:

—Señora, ¿usted qué vínculo tiene con el occiso? —Entre balbuceos, apenas le dijo:

—Era su ex esposa. —El policía, en voz alta, le dijo:

—En estos momentos tiene que acompañarnos a la fiscalía a dar sus declaraciones de lo sucedido, pero, como usted es la autora material de estos hechos, tenemos que esposarla; si tiene algún familiar al que pueda llamar, lo puede hacer; tiene derecho a guardar silencio, a ser representada por un abogado; si no lo tiene, el Estado le proporcionará uno. —Con las manos esposadas, la subieron a la patrulla y ligero la llevaron hasta las instalaciones de la URI. Ya la dureza de su rostro se había desvanecido en lágrimas; pensar en la cárcel la aterrorizaba y pensar en sus hijos la entristecía; su cuerpo se doblegaba ante el temor a la ley; había sido un homicidio, había un muerto y ese era el padre de sus hijos.

Eran las 12:30 de la mañana, cuando mamá Hortensia recibió la llamada más desgarradora de su vida; recuerda que su voz alegre se quebró al oír la noticia de la muerte de Alberto; no podía entender cómo había sucedido tal desgracia; al derramarse en llanto, le preguntaba una y otra vez:

—¿Por qué lo hiciste? —Ella no le podía responder tal pregunta, pues aún no salía del shock emocional que estaba enfrentando. Los niños retumbaban en su cabeza; su mamá tendría que hacerse cargo de ellos, hasta cuando saliera de la cárcel, pues apenas estaba por comenzar el proceso penal, que tardaría seguramente mucho tiempo. Así, la internaron en el establecimiento penitenciario de Pasto.

Al entrar a la cárcel, el miedo y el frío se apoderaban de su cuerpo. Las puertas azules de gran altura se abrieron para que entrara el carro de la fiscalía; unas mujeres vestidas con uniformes de manchas azules, con cinturón negro y bastón de mando, se dirigieron hacia ella; en sus manos llevaban consigo un uniforme que le entregaron en las manos; luego, la llevaron a un cuarto de ventanas grandes, donde había una camilla revestida de una sábana. En seguida, le pidieron que se desnudara por completo y un médico, con bata blanca y un estetoscopio alrededor de sus hombros, se acercó frente a su cara y oyó la respiración de sus pulmones, el latido de su corazón y le revisó las partes inferiores de las piernas; le pidieron que se vistiera y, más tarde, la condujeron ante una reja de barrotes gruesos; allí pudo ver que los pasillos estaban repletos de todo tipo de mujeres; al fondo se veía un patio

enorme con bancos de cemento, en los que parecía que algunas detenidas jugaban parques, dominó, cartas; sus miradas seguían cada paso que daba; al llegar hasta su celda, la encerraron con tres presas más, que parecía que llevaban allí mucho más tiempo.

Esos días fueron eternos; las noches oscuras y desoladas hacían que tuviera pesadillas; la imagen de Alberto había quedado impregnada en sus recuerdos, como si se tratara de una fotografía enmarcada en su cabeza; lo veía una y otra vez, muerto, desvanecido en el suelo, con la sangre que manchaba su pecho; se levantaba llorando por la culpa que sentía por haberse dejado llevar por la ira y haber acabado con la vida del padre de sus hijos.

Tras unos días en la cárcel, tuvo su primera audiencia; allí, sentada junto a su abogado, veía a mamá Hortensia, con sus ojos hinchados de tanto llorar; se tapaba con un chal, para que no se diera cuenta de lo mucho que estaba sufriendo; alzando su mano derecha, la saludaba; a su izquierda estaba Prudencia, con el fiscal, y al fondo se hallaba la familia de Alberto, cuyos miembros vestían de negro y parecía que la odiaran; no podían ocultar el dolor y el enojo que sentían debido a lo ocurrido.

Al iniciar la audiencia, la jueza comenzó por oír a las partes; el fiscal relató los hechos, los que sustentó con pruebas y testigos que habían presenciado lo sucedido, quienes, en el transcurso de todo el proceso, subieron al estrado para decir:

—La señora aquí presente tenía planeado matar a su esposo, pues, al lanzarse hacia él con el cuchillo en la mano, hubiera podido enterrarlo en otra parte del cuerpo del finadito, pero, sin duda quería matarlo; solo eso explica que la puñalada fuera directamente al corazón; sin ningún arrepentimiento, es culpable, es culpable; ese día, de su rostro no cayó ni una lágrima que pudiera mostrar su arrepentimiento; por el contrario, su semblante mostraba la frialdad con la que cometió el delito. —Subían y bajaban las gradillas algunos familiares y algunas personas que habían presenciado los hechos ese fatídico día, pero todos coincidían en acusarla; nadie la entendía, nadie entendía por todo lo que ella había pasado.

Por su parte, habían llegado a poder del abogado defensor las dos denuncias que ella había presentado en contra de Alberto, que se leyeron y que confirmó el testimonio del señor Armando, quien había llevado el caso.

En la audiencia de juzgamiento, nuevamente se ingresó a la sala, donde, al final, la señora jueza, vestida con su toga negra, alzó su voz para dictar sentencia; después de haber oído a las partes y haber tomado en consideración las evidencias aportadas por la fiscalía y el abogado defensor, dictaminó que, dadas las circunstancias de los hechos y al tomar en cuenta que era madre de dos niños menores de edad y que, debido a las denuncias del maltrato, se podía concluir que la conducta de ella se había realizado en estado de ira e intenso dolor, ya que el occiso había sido el causante de muchos daños y perjuicios hacia la familia, que pasaba por innumerables conflictos, tanto a nivel económico como de carácter

físico y de tipo psicológico, todo lo anterior se tuvo en cuenta para determinar la sentencia, que la señora jueza le impuso, consistente en que debería pagar noventa y seis meses de prisión, en la modalidad de detención domiciliaria.

LA MUERTE DE MARIANA

La casualidad, lo inesperado, va poniendo marcas en el camino para obligar a encauzar la vida en una dirección. Hay quienes dicen que son designios del destino, de una fuerza que está por encima de cada persona y que empuja hacia una sucesión inevitable de acontecimientos, de los que no se puede escapar.

Mi destino no ha sido fácil de vivir, pero ha hecho que cada herida y cada dolor traigan consigo experiencias que enriquecen mi vida y también la de mis familiares más cercanos; hoy recuerdo esta fecha con una inmensa nostalgia, regreso en el tiempo y me doy cuenta que es una trampa, porque cuando menos lo pensé ya mi vida había cambiado; mucho dolor tuve que sentir, muchas lágrimas tuve que derramar para superar lo que pasó ese día que le cambió la vida a todos.

Bien dicen que la niñez es la mejor etapa de la vida del ser humano, una etapa para ser feliz; cuando somos niños, solamente pensamos en jugar, en ir al colegio, en las tareas y en estar muy cerca de la familia. El hecho de que nunca tuve hermanos hizo que la relación con mis primos fuese muy fuerte, porque con ellos compartía los momentos de risas y juegos; siempre me sentía muy sólo por la ausencia de mis padres y la soledad me abrumaba tanto que mi carácter era difícil y me hacía una persona agresiva y fuerte con los demás, pero, en medio de todo eso, estaba Mariana; ella era la alegría del hogar, la princesa de la casa, por ser la única mujer; la consentida de los abuelos; era la más chiquita y brillaba con tanta luz que definitivamente no era de este mundo. Mi prima era más que eso, era mi hermana y mi deber, como el de los demás primos, era protegerla, ya que era la pequeñita y más indefensa entre todos.

Todos los domingos eran de reunión en la casa de los abuelos; ese día se reservaba para ellos, y mis padres y mis tíos lo tenían muy claro; entonces, mi abuela preparaba la casa para recibirnos, como siempre muy cálida y cuidadosa de que hubiera mucha comida, mucha alegría y mucho amor entre todos nosotros, para que así mantuviéramos la unión familiar; mi abuelo esperaba ansioso la llegada de todos sus hijos y sus nietos, para llenarnos de abrazos y besos y que pudiéramos sentir su amor; la tradición de reunirnos se mantuvo por muchos años, hasta el día en que la vida cambió para siempre.

Ese domingo gris se iban a celebrar las fiestas del pueblo, evento que es de suma importancia para todos sus habitantes, que creen necesario estrenar trajes, preparar el altar, organizar la ceremonia religiosa e invitar a que todos participasen y se fortalecieran en la fe; como siempre, todos estábamos a la expectativa de Mariana, la niña linda, que estaba feliz por las fiestas; el domingo anterior oí que le pedía a mi tío que le comprase un vestido

para estrenarlo ese día y le pidió a su mamá que le hiciera el peinado más bonito, porque quería verse muy linda y que todos le recordaran lo bonita y tierna que era; a sus tres años era muy inteligente y eso cautivaba de ella; su comportamiento era como de alguien que hubiera vivido mucho más.

Por supuesto, en mi casa también nos preparamos para ese día y estábamos listos para ir donde mis abuelos; nunca pensé que esa fiesta pudiera convertirse en una tragedia; tiene que ser imposible que, en medio de una celebración dedicada al que está en el cielo y todo lo puede, hubiera ocurrido algo así; resulta difícil de creer que a la gente buena le pasan cosas malas.

Después de la celebración en la iglesia y al finalizar las fiestas del pueblo, ya casi al anochecer, todos fuimos a la casa de los abuelos para la cena y ahí estaba Mariana, más hermosa que siempre y con una sonrisa que solo revelaba felicidad y mucha paz. Ella siempre fue muy inquieta y un poco traviesa, así que se me ocurrió que jugaríamos mientras esperábamos la cena; correteamos mucho y, ya cansados, fuimos a la habitación de los abuelos; en eso, vi que tras de un armario había un arma, ¡y era de verdad!

Pensé que podía ser divertido jugar a policías y ladrones, pero el tamaño del arma venció mis fuerzas y, a mis diez años, no pude sostener su peso; Mariana se acercó para ver qué era lo que había encontrado, con tan mala suerte que se puso en frente mío y, cuando cayó al suelo, el arma disparó la bala que atravesó su carita y apagó su vida, lo que me causó el dolor más grande que he podido y que podré haber sentido en toda mi vida.

Todo pasó en segundos; sentí un frío que recorrió todo mi cuerpo y una gran confusión se apoderó de mí y de todos los que estábamos allí; un momento después, entró a la habitación mi tío, que me miró desconcertado y sólo pudo decirme:

—¡La mataste, hijito, la mataste! —En seguida, la tomó en sus brazos y se la llevó en busca de ayuda; nadie sabía con certeza qué era lo que había pasado y yo solo podía oír gritos y llanto, pero ¿cómo pasó?, ¿en qué momento todo se volvió un infierno? Yo solo deseaba morir; nadie me iba a devolver la tranquilidad, ni mucho menos la vida de Mariana; yo, que tenía que protegerla, sólo la lastimé; la culpa y el remordimiento serían una carga que tendría que soportar hasta el final de mis días; no podía con tanto; a mi corta edad, había llegado a ser responsable de un dolor indescriptible para todos los que la queríamos.

Mi ropa estaba llena de sangre y me sentía el peor de los criminales; eso no me lo iba a perdonar nadie, ni siquiera yo mismo, ni Dios, pero conservaba la esperanza de que todo fuese un mal sueño, del que pronto iría a despertar; era tanta la desesperación, que no sabía qué hacer, y la mezcla de emociones me dejó en *shock*; todos se culpaban y nadie podía entender cómo la vida cambia en segundos y la felicidad se convierte en tristeza y en

impotencia, por ya no poder cambiar el destino terrible que la vida me había deparado y le había deparado a Mariana.

Los minutos se hicieron horas y la espera parecía una eternidad; nadie me decía nada sobre cómo podía estar Mariana; desde lo más profundo, solo deseaba que ella estuviera bien y que ese capítulo en nuestras vidas fuera pasajero, una anécdota más para contar, y que todo iba a volver a la normalidad. Pero las cosas no fueron así y, lamentablemente, la sombra de la muerte se apoderó de mi hogar en el momento menos esperado; luego, supe que el arma estaba ahí porque mi abuelo buscaba protegerse de los ladrones que días antes habían rondado la casa; yo poco o, mejor, nada sabía de armas y no me cercioré de ver si estaba cargada o no; como era tan pesada, se zafó de mis manos y, al caer, se disparó y causó el accidente; todos buscaban un responsable, un culpable, y ese era yo, que no sabía cómo responder a tantas preguntas, ni mucho menos cómo iba a enfrentar la situación.

Fue algo fortuito, sin saber muy bien lo que estaba aconteciendo, pues era algo impensado lo que había sucedido; no sabía qué decir, cómo explicarlo; fue algo que sucedió y que ya no tenía reparación alguna; Mariana ya no se encontraba entre nosotros, era un hecho irreversible sobre el cual no había nada que hacer; solo estaban los rostros de desconcierto, de confusión; ante lo que había sucedido, lo indescriptible, pues no sabían cómo reaccionar.

Los agentes de policía llegaron y empezaron a hacer preguntas; yo estaba atisbando en un rincón, con la cabeza baja, mientras divagaba en mis pensamientos y me preguntaba qué hubiera ocurrido si tal vez no hubiera sido tan curioso para ir a tomar aquella arma, si tal vez nunca hubiera subido al cuarto del abuelo, pero eso ya no importaba, la realidad estaba frente a mí y, una vez que me pidieron que contara lo que había sucedido, con lágrimas en los ojos y voz temblorosa comencé a relatar cómo habían acontecido los hechos. Recuerdo que, con mi débil voz, les decía que yo no lo había hecho, que simplemente el arma se había disparado y que había empezado a ver la sangre que cubría la cabecita de Mariana. Mi madre les imploraba:

—Por favor, ya no le hagan más preguntas, —pues ella podía ver y sentir que mis nervios y mi sufrimiento ya eran demasiado para mi edad. Mamá solo lloraba y tenía la mirada triste, pues todos habíamos perdido a un ser querido: la hija, la sobrina, la prima, la nieta, todo lo que significaba y que ya no iba a estar más.

¿Cómo poder recuperar esa vida? Fueron tantas las preguntas y tan grande el desconcierto que, cuando lo recuerdo, caen muchas lágrimas de mis ojos aún, a pesar del tiempo; ya nada se podía hacer por ella y solamente teníamos que despedirla, pero todo eso era superior a mis fuerzas; pensé que nunca iba a poder recibir el perdón, pero los corazones nobles de todos mis familiares encontraron resignación y consuelo; aun con tanto dolor, supieron manejar y aceptar la situación y entender que fue un accidente, donde no había existido maldad de mi parte.

No había forma ni indicios de malicia, yo adoraba a Marianita, lo que le demostraba al compartir mis cosas; cada vez que ella me necesitaba o pedía algo, yo estaba para ella, pues era como una hermanita, ella sacaba de mí lo mejor, como un ser bondadoso y cariñoso con los indefensos; cada vez que la veía, siempre quería estar con ella, porque no tenía que competir o ser mejor para sentirme valioso; ella me hacía sentir importante, pues al parecer yo había llegado a ser su héroe.

A Mariana la despedimos como se merecía, en medio de muchas flores y del blanco que revela la pureza y la inocencia; fue lúgubre y silenciosa aquella despedida, pues se estaba despidiendo a un ángel que, a su corta edad, había dejado una huella imborrable en cada una de las personas que pudimos disfrutar de su presencia y de su compañía; la fortaleza nos la daba el recordar su sonrisa y el brillo de sus ojos; en medio del dolor, oí unas palabras sabias de alguien, que dijo que todo tenía un propósito y, aunque en ese momento no lo pude entender, ahora entiendo que Mariana era el símbolo de la unión familiar, del amor y del perdón; su misión en este mundo se había cumplido al darnos esta gran lección.

Después de lo sucedido, todos, en mi familia, creyeron que era conveniente estar lejos de casa durante un tiempo y así fue; las reuniones acostumbradas con los abuelos se postergaron hasta que se apaciguara lo que había sucedido; por ello, en compañía de mamá fuimos de viaje una temporada con el propósito de intentar el olvido de lo que había pasado; fuimos a las afueras de la ciudad, a un lugar que nos puso frente al mar; los primeros días allí fueron complicados, pues estaba renuente a alimentarme y tampoco deseaba salir de mi habitación; sentía que no merecía nada y que en este mundo ya no existía un lugar para mí; la culpabilidad hizo mella en mi alma y en lo hondo de mi ser me sentía un miserable.

El amor y la paciencia de mi madre me hicieron ver las circunstancias desde otra perspectiva; inicié por salir a caminar por la playa, donde, al construir castillos, a veces recordaba a Marianita con nostalgia; sin embargo, pensaba en cuán diferente hubiera sido si estuviera entre nosotros; miraba hacia el cielo y de inmediato obtenía la respuesta: ella siempre estaría conmigo, no me guardaría rencor ni me abandonaría, pues todo había sido el resultado de un infortunado accidente.

Poco a poco, me acostumbré al mar, a su brisa, a su majestuosidad y la imponente que sentía ante él me enseñó a sobrellevar el dolor y a tratar de no recordar aquel trágico suceso. Ya que los acontecimientos son reales, pero cada uno decide cómo procesarlos, decidí hacerlo como lo que en realidad había sido, un accidente. Desde esta perspectiva, pude justificarme y desligarme del remordimiento que consumía mi ser a diario.



Figura 5. Inocencia bañada en sangre.

De alguna forma, logré desconectarme del hecho y sentir un alivio en mi corazón; por fortuna y para mi ayuda, conté con el apoyo incondicional de quienes me apreciaban, por lo que, paulatinamente, logré sobreponerme. Resultó grande saber que tenía a una familia que me había dado la mano y me había animado, porque me había apoyado para que entendiera que yo estaba aquí y con seguridad tenía un propósito en la vida, así que no había de otra, sino seguir.

Sabía que no sería fácil enfrentar las críticas de otras personas, ni que pudiera librarme de que me juzgaran equivocadamente aquellos que desconocían lo que, en verdad, había sucedido, pues las personas son proclives a juzgar y a emitir juicios sin conocer muy bien el contexto de las cosas. Es complicado vivir en una sociedad donde las personas se dejan llevar por suposiciones sin antes conocer el entorno de los sucesos y bajo qué circunstancias específicas se dieron los hechos.

De regreso al colegio, alcancé a oír que algunos me llamaron “asesino” y, al oír esas palabras, en mi mente volvía a vivir lo ocurrido, volvía a sentir el mismo dolor, la impotencia y la culpa que sentí cuando vi a Mariana tirada en el piso y llena de sangre; a mi edad, era complicado entender, pero poco a poco comprendí que allí todos éramos niños y a veces decíamos cosas sin pensar; entonces, decidí no hacer caso a lo que dijeran, pues yo sabía la verdad y contaba con el apoyo de mis profesores. Me repetía todos los días que eso pasaría, ya que el tiempo es el mejor juez y así fue, ya que fueron pasando las semanas y mis compañeros poco a poco dejaron de lanzar acusaciones, inclusive algunos me dieron disculpas y otros llegaron a mostrarme su solidaridad.

Cada día sentía un poco más de confianza, pues ya no llegaba devastado por las miradas, las palabras y las acciones de mis compañeros; sentía algo de ilusión por hacer cosas, como jugar, salir a pasear y estudiar. Una sensación de gozo en mi pecho me decía que todo estaba pasando, aunque, en el fondo, el mayor temor que aún me acompañaba consistía en tener que enfrentarme a la acción de la justicia.

Cuando esto ocurrió, la justicia no encontró motivos para culpar por el accidente ni a mi abuelo, que era el dueño del arma, ni a mí; no encontraron argumento válido para calificar el hecho como un crimen; llegaron a la conclusión que se había tratado de un terrible accidente y el caso se archivó.

Los miembros de mi familia rindieron sus declaraciones para que no hubiera duda alguna de que aquel día todo lo que sucedió había sido un fatal accidente; esa era la verdad y, una vez terminado el procedimiento, no hubo lugar a dudas. También, los psicólogos fueron importantes en el proceso, porque pudieron señalar el camino que debía seguir para que sanara emocionalmente; recibí terapias, hice ejercicios y recibí continuamente visitas.

Los demás, con el tiempo, también lograron sobreponerse a la tragedia y ahora, con mucho cariño, todos recordamos a Mariana; ella va a vivir por siempre en nuestros corazones. En adelante, no habrá lugar para remordimientos, ni para la culpabilidad, pero sí quedó como una dolorosa enseñanza que debíamos ser prudentes en cuanto a portar armas; nunca se las debía dejar al alcance de los niños y, menos, cargadas. Es una responsabilidad como adultos salvaguardar la seguridad de las personas y las familias dentro y fuera del hogar, pues si esto se hubiera tenido en cuenta, lo que sucedió se hubiera podido evitar. Además, el conocimiento de este hecho sirvió para que en las escuelas se impartiera instrucción sobre medidas de seguridad que se debían contemplar para el uso de las armas de fuego, en los hogares, por parte de los adultos.

Hoy, después de que ha pasado el tiempo, se ha conseguido algunos logros para mí vida: soy policía y estoy a la espera de un ascenso; de niño, no se me cruzó por la mente que algún día llegara a serlo; de hecho, las circunstancias me han traído hasta donde estoy y estimo que la decisión fue la correcta, porque esta carrera me ha dado muchas alegrías y la principal motivación es ella.

Yo podría ser un ejemplo de que siempre que se cuenta con el apoyo de los suyos, familiares, amigos y allegados, se va a tener una fuente inagotable de energías para poder superar todo tipo de adversidades; en mi caso, sin su ayuda hubiera sido imposible realizarme como persona, como hijo y como ciudadano; en verdad, fue una fortuna el que la vida me hubiera dado la oportunidad de nacer en una familia cuya prioridad ha sido la unidad y el perdón.

Miro atrás en el tiempo y veo cuánto he podido avanzar, cuánto he prevalecido sin desmayar para que pudiera seguir con mi vida sin que tuviera que seguirme sintiendo culpable y con optimismo; he focalizado todos mis pensamientos y mi voluntad en dirección a superarme y hasta ahora lo he conseguido. Sin duda, los seres humanos tienen la capacidad de poder convertir los momentos dolorosos en momentos afortunados, convertir las situaciones difíciles en oportunidades y aquellas situaciones que se califican como desgracias en una posibilidad de aprendizaje.

Ahora bien, para terminar esta historia, debo decir que cuando concluí la escuela me trasladé a Bogotá, ciudad donde, por primera vez, tuve la oportunidad de ver cómo allí las personas tenían otro tipo de pensamiento, pues la vida fluye más rápido y cada quien no tiene tiempo sino para correr por sus vidas, tras sus sueños. Luego, debido a mi disciplina y esfuerzo, logré ingresar a la escuela nacional de policía. Allí aprendí a cumplir con el deber para con uno mismo, con los demás y con el ambiente circundante, a defender los ideales y a aquellos que son más propensos a convertirse en víctimas de las injusticias.

Ahora, puedo decir que reconozco con claridad el propósito de la vida de Mariana; sonrío con nostalgia y veo cómo la vida trae consigo designios que nadie puede vaticinar. En este

recorrido, he comprendido que lo más importante es sobreponerse a las adversidades y seguir adelante; siempre van a existir caídas, a partir de las cuales pareciera que no se ve la salida; noches interminables, como aquella cuando Mariana falleció, en la que pensé que todo era solo una pesadilla que pronto pasaría, pero lo que había ocurrido era real y debía afrontarlo; comprendí que, como decía un amigo, en la vida hay caídas, pero lo importante no es caer, sino saberse levantar.

Pasa por mi cabeza una serie de imágenes, como en una película, y solo son recuerdos, porque lo real que las produjo ya no existe más; solo quedó el aprendizaje y la nostalgia de aquello que se pudo haber prevenido, pero que nadie pudo evitar, al no haber podido predecirlo. Ojalá la vida tuviera un guion, algún indicio de lo que pudiera llegar a acontecer, pero no es así. Cada uno solo puede continuar su viaje y tratar de disfrutarlo al máximo, como lo hizo Mariana, con quien, cada vez que la veía, se abría la ocasión para vivir una experiencia única, en la que mostraba todo de sí a su muy corta edad; vivía cada minuto de su vida, lo que a su edad era muy natural y propio y ahora, en mi vida, siempre trato de hacer lo mismo.

¿DÓNDE ESTÁ ELLA?

Un 9 de septiembre, José se despertó, como de costumbre, a las 5 de la mañana, pensando en que debía cumplir su labor diaria; se levantó y empezó a alistarse para irse un día más; su esposa le tenía preparada el agua de panela que tanto le gustaba; acabó de beberla, se despidió de su familia y emprendió su camino.

José era un campesino honrado y un buen hombre, que trabajaba en una hacienda, a 5 kilómetros de la vía que comunica a Pasto con Túquerres, vía que durante toda su vida había recorrido, la conocía a la perfección; ese día, de repente, encontró en su camino una bolsa de basura negra abandonada, en medio de un pastizal; su curiosidad no lo dejó avanzar; de modo que se acercó y, de inmediato, la abrió. Su sorpresa fue tremenda; en la bolsa había la cabeza de un ser humano; estaba atónito, totalmente asustado y asombrado; en su estado, intentó reconocer si se trataba de algún conocido o de algún vecino del sector, pero no era así.

Lleno de temor, tomó el camino de regreso a su casa, para contarle a su esposa lo que le había sucedido y para asegurarse de que su familia no corría peligro, pero, al pensar con cabeza fría, decidió dar aviso a las autoridades locales. Al ser informada, al lugar de los hechos llegó la policía, junto con funcionarios de la Fiscalía, que se encargarían de realizar el levantamiento; los vecinos, preocupados por lo sucedido, se acercaban para preguntar ¿quién era?, ¿por qué razón dejarían esa bolsa negra ahí?, y, al no obtener una respuesta satisfactoria, empezaron a murmurar que solo una persona que sufriera algún tipo de enfermedad podría haber hecho esa clase de actos.

Las autoridades, al considerar que la posibilidad de que pudieran encontrarse más bolsas con los restos del cuerpo eran muy altas, ordenaron que se iniciara una búsqueda en los alrededores del lugar; efectivamente, horas más tarde encontraron otra bolsa, que contenía un brazo, con los pulpejos de los dedos cortados; en un radio de 20 kilómetros, en la zona, se encontraron seis bolsas, que contenían las extremidades y las prendas, que inicialmente parecía que pertenecían a una mujer.

Susana, nacida en Ipiales, con 18 años de edad, era una mujer alta, alegre, respetuosa y amable, que vivía junto a su familia, conformada por su madre, una mujer trabajadora, sencilla y agradable, que enseñaba y guiaba a sus hijos para que tomaran las riendas de su vida, qué era lo bueno y malo que les esperaba; sus hermanos Luciano y Juvencio también crecieron con ella, jugaban, reían y compartían infinidad de momentos juntos.

Susana había terminado sus estudios en el Colegio y quería ser Administradora de Empresas, pero como lastimosamente a su madre no le alcanzaba el presupuesto para poder

darle Educación a sus tres hijos, decidió que haría un Técnico en Administración Financiera, mientras su hermano Juvencio empezó a trabajar y a colaborar con los gastos del hogar y Roberto, sin dudarle, inició el acopio de los papeles que se requerían para que pudiera ingresar a la Policía Nacional.

Susana conoció a varias amigas en el Centro de estudios que frecuentaba; ellas eran muchachitas que tenían sus metas, no solo académicas, sino también la de conseguir un hombre para su vida y poder marcharse de su ciudad; mientras ellas soñaban en casarse, Susana, con algo de madurez, al cuestionarse sobre su futuro, lo veía, pero no al lado de un hombre y mucho menos pensaba en casarse a tan temprana edad; para ella, le faltaba bastante tiempo aún para que se decidiera a conformar una familia y así pudiera establecer un hogar estable.

Después de un tiempo, su hermano Juvencio había logrado cumplir uno de sus sueños, que era ingresar a la Policía Nacional, al que había accedido con esfuerzo y dedicación; la ceremonia de ingreso se realizaría en 15 días; después de haberle dado la noticia esperada a su familia, todos en casa empezaron a preparar sus trajes y vestidos elegantes para acompañarlo ese día. Entre ellos estaba Susana, una mujer muy bella, de unas curvas espectaculares, por lo que había muchos pretendientes que buscaban ganar su amor, pero ella casi nunca les prestó atención, pues se había enfocado en que su futuro debía ser diferente y, además, se podría decir que ninguno de sus pretendientes cumplía con sus expectativas, por decirlo así.

Y, bueno, después de una semana llegó el día esperado, la ceremonia se realizaría en la Escuela, en un lugar en el que resaltaba su bello y amplio campo verde, sus inigualables arreglos florales, una entrada con alfombra roja para los nuevos integrantes, con copa de champaña, pasabocas, listos para servir a los invitados más importantes, que serían los altos mandos de la institución y, por supuesto, entre ellos se encontraba Luis Fernando, en ese entonces coronel de la policía, que era quien saludaba a cada familia de un nuevo policía y les expresaba una cálida felicitación, puesto que era una gran satisfacción para ese organismo de seguridad el ingreso de 500 nuevos patrulleros.

El coronel era un hombre inteligente, responsable y amable; era soltero y vivía solo; desde muy joven había decidido alejarse de su familia, pero por motivos académicos; así, había emprendido el camino para pertenecer a la Policía Nacional; su constancia y perseverancia habían permitido que sus estudios y buen comportamiento hicieran que ascendiera en los rangos hasta llegar a ser un reconocido coronel, que había participado en varios operativos sobre narcotráfico y conseguido siempre el éxito en sus misiones.

Así, pues, resultó que al coronel le causó impresión la llegada de la familia de Juvencio, porque, aunque nunca pensó en encontrar el amor en su vida tan ocupada, vio con “otros ojos” a Susana. En el lugar se respiraba sencillez y amabilidad, así que cada uno le

agradeció al coronel y empezó a presentarse; cuando llegó a la niña de la familia, de inmediato resaltó su belleza y señaló que ojalá pudieran conocerse un poco más; entre risas y el cruce de palabras, Susana le dio a entender que había sido un gusto para ella haberlo conocido y que quizá podían hablar en alguna otra ocasión. Ese momento marcaría para siempre la vida de ambos, no solo porque se conocieron, sino porque ambos sintieron que había una química especial del uno por el otro.

La ceremonia se llevó acabo; el protocolo fue interesante, como siempre; cada patrullero se despidió de su familia y allí empezaba el trabajo constante y arduo para cada uno; sin embargo, al finalizar los actos programados, el coronel se acercó a la familia de Susana y, sin dudar, preguntó sobre su vida, qué hacían, a qué se dedicaban, pero, al final, se animó y le preguntó a la muchacha si existía la posibilidad de que se reunieran esa misma tarde para ir a comer algo y, así, poder conocerse un poco más.

Por la mente de Susana pasaron muchas ideas y fluyeron muchos pensamientos sobre si resultaría bueno conocerlo o si, por el contrario, él la desenfocaría de su futuro cuando casi se hallaba al final de su adolescencia y comienzo de su juventud; aun así, sin más recelos, ella le respondió que sí, que ella decidiría el lugar donde debían reunirse, porque debía asegurarse que solo sería una salida de dos amigos y, como era muy precavida, se iba a cuidar de que le sucediera algo malo.

Al llegar la tarde, aproximadamente a las 6, el coronel llegó a recogerla en su camioneta personal; Susana, emocionada, decidió ponerse mucho más bella de lo que había estado en la mañana y cambiar su atuendo formal por uno más casual, apropiado para la ocasión. Allí empezó su romance; decidieron ir a un centro comercial, cenaron juntos; entre risas y gestos amables, empezaron a conocer algunos aspectos de la vida del otro, cuáles eran sus pasatiempos, cuáles sus cualidades, hablaron sobre sus defectos, sus hobbies y muchas otras cosas más, pero, lo más importante, fue que llegaron a saber qué quería cada uno para su vida, sus planes para el futuro; como se entendieron muy bien, el coronel decidió invitarla al día siguiente a que salieran un rato y, también, llevarla para que conociera un poco más la ciudad, ya que él debía regresar, en pocos días, a su lugar de trabajo.

Así fue, ella accedió a sus invitaciones, compartieron prácticamente una semana, en comidas, paseos, idas al cine, a teatro, en fin, pero como el coronel debía volver a trabajar, pensó que no debía desperdiciar la ocasión que se le había presentado para decirle que se había enamorado de ella; su forma de ser y de pensar había impactado en su corazón y, dada la circunstancia de que ella también había empezado a sentir algunas cosas por él, aunque llevaban muy poco tiempo de conocidos, para Susana había resultado muy interesante todo lo que últimamente le había sucedido, porque había cambiado hasta su forma de ver la vida; ahora, ya no creía que no necesitaría un hombre en su vida, sino

pensaba en que, con el coronel a su lado, le daría otro sentido muy diferente al que ella había pensado en un principio.

Cuando llegó el momento de la despedida, el coronel le declaró su amor; con un ramo de flores y unos chocolates, que había conseguido para la ocasión, le pidió que fuera su novia, que ella era una mujer perfecta; ella, un poco asombrada y encantada, sin pensarlo ni dudarle mucho le dijo que podría ser, pero, a la vez, le preguntó cómo sería su relación, si iban a estar lejos uno de otro; el coronel le respondió, con voz segura y sensata, que él iría por ella, que le brindaría un mejor futuro y que el amor podía vencer todas las barreras y los obstáculos.

Sí, así fue la historia de amor; esta era una historia un poco inverosímil, pero, a la vez, esa historia ocultaba la búsqueda de un fondo de seguridad, puesto que ese amor parecía perfecto, aunque, aun así, para la joven, construir un mejor futuro era su prioridad, y qué mejor que con esa persona que, un día, sin que ella lo hubiera pensado ni premeditado, había cambiado su forma de pensar; ahora, ella quería arriesgarlo todo: su familia, su estudio; en fin, ¡se había enamorado!

Con el transcurrir de los días, el coronel no dejaba pasar un día sin que la llamara, sin que se comunicara con ella, para saber cómo iba su vida, qué había pasado, si todo estaba bien; le enviaba obsequios, flores, chocolates, hasta que, al fin, llegó hasta ganar el cariño de la familia de la joven, que ahora se hallaban algo asombrados por el comportamiento de ella, que era una chica que ahora solo soñaba con el amor de su coronel, que se la pasaba contando los días que faltaban para volverlo a ver, para poder seguir construyendo su historia de amor, pero juntos; así pasaron dos meses y, ahora, el coronel se había decidido en ir por ella, para ya no separarse más.

A la semana siguiente, Susana esperaba que llegara el día miércoles, que sería el día de arribo de su pretendiente. Muy puntual, a las dos de la tarde llegó el coronel, pero no llegó solo, sino acompañado del mejor mariachi de la ciudad, para homenajearla; empezaron a tocar y Susana, emocionada, corrió a sus brazos; nunca había imaginado que llegaría con semejante sorpresa, pero ahí no acabó todo, pues, una vez terminado el homenaje musical, el coronel le pidió, rodilla en tierra, que se casara con él.

Susana era una muchacha que apenas estaba comenzando a vivir y, en realidad, nunca había llegado a pensar que podría casarse tan pronto; sin embargo, sin pensarlo mucho le dio su respuesta, que era un alborozado sí. Quizá ambos pensaban, en ese momento, que su mundo iba a cambiar, que estaban empezando a construir una vida y un nuevo camino, totalmente distinto al que un día pudieron haber planeado; aunque la familia de Susana no estaba muy de acuerdo con lo precipitado de los hechos, decidieron no opinar al respecto de la decisión de su hija, porque simplemente entendieron y aceptaron que los dos, el coronel y Susana, se habían enamorado y, en ese momento, solo eso constituía su felicidad.

Empezaron los preparativos de la boda; el coronel había solicitado un permiso especial para que pudiera quedarse más tiempo en la ciudad que visitaba y planear la ceremonia; ambos decidieron que el rito y la fiesta de celebración sería en una playa; allá pasarían un momento agradable, en compañía de sus familias y sus conocidos, casi como si se tratara de un paseo organizado para disfrutar su vida junto al mar. Un mes duraron los preparativos, hasta que llegó el día en que se realizó la misa, que se celebró en una hermosa capilla, con una asistencia muy concurrida, donde todos sus familiares y amigos estuvieron presentes. Al fin, se casaron y ¡qué vivan los novios! fueron las palabras que muchas veces les gritaron cuando salían de la iglesia.

Después de su luna de miel, ambos decidieron radicarse en Ipiales, en una casa muy linda y acogedora, que sería su hogar; la adecuaron, trasladaron todas sus cosas y empezaron su nueva vida, pero, infortunadamente, la pareja no pudo permanecer en el mismo lugar, empezó a desplazarse por varias ciudades del país, debido a que el trabajo del coronel lo obligaba a constantes cambios; sus traslados se tornaron muy frecuentes, por eso ella tuvo que permanecer alejada de su familia. Al cabo de dos años, el colmo de la felicidad había llegado a su hogar: Susana tenía un retraso de dos semanas y, tal como lo sospechaba, se enteró de que había quedado en embarazo; así, tuvieron su primera hija, a la que llamaron Lucía.

Su familia la acompañó en este momento importante, la cuidó y la ayudó a criar a su bebé, mientras el coronel continuaba con su trabajo; Lucía se convirtió en el amor de sus vidas y el motivo que los animaba a luchar cada día; la relación entre ellos se veía normal; no parecía que existieran problemas graves, simplemente algunas discusiones, como ocurren en la vida de toda pareja.

Después de un tiempo, Susana empezó a sentirse cansada de tantos viajes por el trabajo de su esposo; comenzó a sentirse sola; no podía establecer amistades permanentes, puesto que, en el momento menos pensado, se producía un traslado de su esposo y, de nuevo, tenían que correr con el trasteo, con la niña, reorganizar lo relacionado con su educación, sus juegos, con absolutamente todo y eso la fue poco a poco aburriendo y deteriorando la relación con su esposo.

Ella a diario se comunicaba con su madre y con sus hermanos para comentarles cómo iba todo, cómo se sentía, cómo estaba la niña y para preguntar qué había pasado en su ciudad, si todo iba bien o probablemente normal, como casi siempre. Todo empezó a tornársele oscuro, puesto que Susana empezó a decirle a su esposo lo que sentía, pero él casi no le prestaba atención y le decía, cada que se presentaba la ocasión, que eso se acabaría algún día, mientras ella pensaba en interpretar lo que él le decía, su actitud arrogante, que era tan fuerte algunos días, hasta cuando llegó el día en que empezó a pensar en separarse de él y

en la posibilidad de volver a su tierra natal, para brindarle una mejor estabilidad a su hija y a ella misma, que debía y quería sentir en su vida un cambio, a como diera lugar.

Un día, sin darle muchas vueltas, fue simplemente como un impulso, decidió decirle que se quería ir, que lo abandonaría, que ya nada le importaba, y allí empezó su calvario. El coronel, con voz fuerte y al sentir miedo ante lo que iba a ocurrir, la amenazó; le advirtió que si ella pensaba en irse y lo hiciera, la acusaría de secuestro y, para mostrarle que hablaba en serio, la abofeteó para que dejara de pensar en eso; que era mejor que se preocupara por su familia, por servirlo a él.

Ante esta reacción del coronel, ella sintió rabia, miedo, desesperación, por sí misma y por su hija y trató de adecuarse de nuevo al lugar donde estaban, puesto que tenía que cumplir con varios compromisos sociales, los días lunes, martes y miércoles, pero nunca dejó de hablar con su madre, a la que le contaba todo lo relacionado con la situación que estaba viviendo: las actitudes de su esposo, lo que hacía a diario y llegó a pensar en que ese “algún día”, que tanto mencionaba su esposo, estaba próximo a llegar.

Al parecer, los días más tediosos, en los que no tenía mayor cosa que hacer, Susana había comenzado a salir a un parque cercano al lugar donde vivían, en el que empezó a tener conversaciones con un muchacho que visitaba el mismo parque, el que comenzó a ganarse su confianza y su amistad; él le hablaba sobre sus sueños y sus metas; por supuesto, le coqueteaba y le decía en repetidas ocasiones que le encantaría seguirla viendo, ojalá más seguido; ella le había comentado que era casada, que tenía una hermosa hija, pero que estaba muy aburrida de su esposo. Este era un hombre joven, que la hacía reír y la tenía encantada con sus detalles, sus chocolates, sus mensajes, y con el simple hecho de tratarla con cariño y estar pendiente de ella.

Su esposo, que era muy celoso, trataba de estar pendiente de lo que ella hacía, por lo que, uno de esos días, decidió revisar el celular de Susana, en el que encontró los mensajes de texto del amigo de su esposa; enfurecido, le gritó para pedirle una explicación; sin esperar que ella le dijera de quien se trataba o por qué habían llegado esos mensajes, la agredió en el rostro y, con un golpe en la cabeza, le causó un desmayo. Cuando ella reaccionó, se dio cuenta de que su rostro estaba cubierto de sangre y que debía correr de inmediato a un hospital o a una clínica para asegurarse de que todo estaba bien, pero el coronel no se lo permitió, pues afirmaba que eso no era nada comparado con el daño que debía recibir por hablar con hombres que no fueran él.

El tiempo pasaba y las discusiones eran cada vez peores; la niña presenciaba esos actos y, asustada, corría a esconderse cuando su padre llegaba, pero a él no le importaba desahogar su rabia a golpes y, en ocasiones, hasta acababa con cosas de la casa, objetos de vidrio, mesas, sillas, arreglos, con lo encontraba a su alcance. Después de un mes de tentativas de la familia de Susana por comunicarse con ella y que el celular siempre pasara a buzón de

mensajes, desesperados, porque era inusual no recibir sus llamadas, cuando hacía poco les había dicho que estuvieran pendientes de ella y de la niña, que las cosas estaban empeorando, decidieron comunicarse con el coronel para pedir les informara sobre eso; sin embargo, la respuesta no fue la mejor; después de haber hasta suplicado información sobre ella, él solo les respondió que ella se encontraba de viaje con la pequeña, que no se preocuparan, que todo iba bien.

La madre de Susana sabía que algo estaba pasando, porque su hija siempre se comunicaba y, además, no era su costumbre viajar sola: ¿por qué ahora quería viajar y, además, sin ni siquiera decirles algo al respecto? Su familia no descansó hasta que pudieran llegar a saber algo sobre ella, así que decidieron dar aviso a las autoridades, para que establecieran la búsqueda de Susana y de la niña.

La angustia creció cada vez más, puesto que en una llamada que hicieron al teléfono fijo de la casa, la empleada de servicio que les respondió les dijo que el “patrón” había ordenado que cortara todo tipo de comunicación con la casa de los padres de su esposa, pero que la niña estaba bien.

Sin dudarlo, la familia decidió ir hasta su casa para darse cuenta de la situación personalmente, pero, ¡vaya sorpresa!, descubrieron que habían despedido a la empleada de servicio y que la niña ya no estaba. Ahora, la tristeza era mayor; la madre, desconsolada, pedía a gritos alguna información. El hermano de Susana, que acompañaba a su madre en la búsqueda, sin tener información alguna, decidió formular una denuncia en la fiscalía; ahí, se comunicó con el coronel para pedirle información sobre qué ropa tenía puesta su hermana el día en que ya no se supo más de ella, para poder establecer una búsqueda; después, empezaron a circular volantes en toda la ciudad, con su fotografía y la esperanza de que alguien supiera sobre su paradero.

Después, el coronel escribió una carta en la que solicitaba un periodo de vacaciones acumuladas, que sumaba más de ochenta días, para atender la situación de su esposa, que se encontraba desaparecida; de igual manera, solicitaba la baja, puesto que no podía continuar con sus labores sin saber el paradero de su esposa, pero todo era en vano, cada intento de búsqueda de Susana no iba a tener ningún resultado puesto que las bolsas negras que se habían encontrado con los restos de una mujer, que había hallado el campesino José, se descubrió correspondían a Susana, la esposa del coronel, quien era el responsable de su muerte, puesto que una noche, después de la cena, había encerrado a su hija bajo llave y había procedido a cometer el homicidio de la mujer que, se llegó a saber, primero había recibido cuatro golpes en la cabeza con un objeto contundente; en seguida, había empezado a torturarla con armas blancas para, al fin, desmembrarla y desaparecer los pulpejos, para que resultara difícil establecer algún rastro sobre su identidad; por todo ello, las autoridades dedujeron que el autor del atroz crimen debía ser alguien que conocía muy bien

el proceso para reconocer un cadáver. El coronel había procedido a poner cada parte del cuerpo de la mujer en bolsas negras y, al trasladarlas en su camioneta, tirar los “restos” a las afueras de la ciudad.

Cuántas veces se repitió que algún día llegaría el final del sufrimiento de Susana y así fue: su esposo había preferido verla muerta antes de que ella pudiera estar con alguien más, porque había decidido que ella sería suya o de nadie más.

EL LLAMADO DE LA MUERTE

En la sociedad, lo correcto y lo que debe hacerse son disímiles, pero hay una sola justicia que juzga. El sistema de justicia se ve entorpecido de ejercer su función y limitado sobre la ley en relación con las instituciones militares (aéreas, marítimas y terrestres). Puesto que en muchas instituciones se ven y se callan las iniquidades y abusos por parte de los superiores contra los subordinados, se ha acostumbrado a que se viera la fuerza y el poder como algo normal; lo monótono se vuelve rutinario y lo rutinario normal.

Esto permite que las injusticias y las torturas dentro de estas instituciones pasen a considerarse normales y hasta legales; su evidencia se muestra en la corrupción y en la violencia que se ejerce sobre los menos favorecidos. Cabe resaltar que los regímenes dentro de las instituciones son sólidos y tienen sus propios estatutos, pero donde se pierde el respeto, la dignidad de la persona y se atenta contra la salud física y psicológica del otro, se acaban los regímenes y entran a tallar los derechos humanos de la persona.

En los anuncios sobre el reclutamiento de personal para unirse a las filas del ejército, se indica que habrá sacrificio, dolor y disciplina, pero esto no puede convertirse en un indicador de que habría torturas y atentados contra la integridad del personal. Sin duda alguna, esos son métodos anticuados, que se utilizan para salvaguardar el régimen, pero esta sociedad necesita de personas valientes, con pensamiento crítico, y no individuos automatizados que repitan generación tras generación que el único método plausible es el que recurre a la violencia para lograr las cosas o para cambiar la forma de actuar de las personas.

Así se llega a Francisco, que era un joven con aspiraciones y sueños, como cualquier adolescente; a pesar de haber sufrido la pérdida de su padre a temprana edad, siempre había mantenido una actitud positiva ante cualquier situación adversa; había terminado su bachillerato y había decidido vincularse a las filas de las fuerzas militares para servir a su país; estaba comprometido con la búsqueda de la justicia y, también, había visto allí una oportunidad para salir adelante; además, se había propuesto estudiar una carrera universitaria, si en la institución se lo permitían. Todo parecía enrumbar su vida, después de los obstáculos y las pérdidas que había soportado en su adolescencia.

Esta era una oportunidad que Francisco no iba a desaprovechar; debido a su inteligencia, a su buen estado físico y a su conducta intachable, lo aceptaron en la Escuela militar; una vez allí, su actitud e ímpetu hizo que su rendimiento físico fuera uno de los más altos; era un joven que tenía claros sus principios y estaba yendo por aquello que se merecía en esta vida.

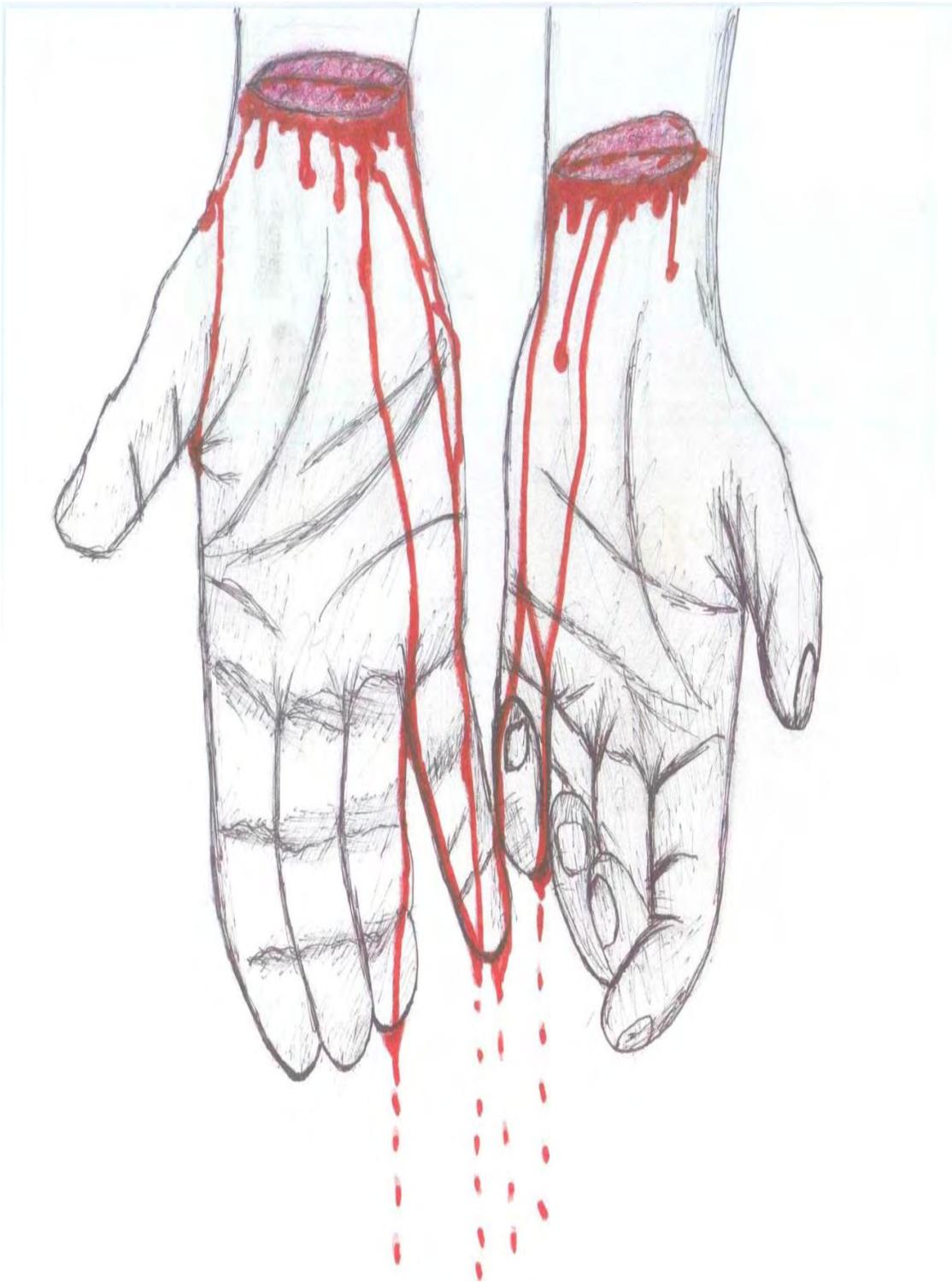


Figura 6. Callejón sin salida.

Sus compañeros lo recuerdan como un buen estudiante, un amigo, incluso como un buen hijo, ya que evitaba a toda costa causarle gastos o problemas a su madre. Era extremadamente sensible ante las injusticias y los atropellos que se efectuaban en la institución, posiblemente porque la había idealizado sobremanera, pero esa imagen poco a poco cambió, pues, con el paso de los días, fue descubriendo que la rectitud y el compromiso de los militares solo estaba en su cabeza, que la realidad era distinta, por lo que ahora solo esperaba salir a salvo de ese lugar y que así pudiera realizar sus sueños de servir a las personas y a la sociedad.

Como muchos jóvenes de su edad, le resultaba propio la defensa de la verdad y que se hicieran prevalecer sus derechos. Eso era lo correcto, lo que debía hacerse, pues nadie está en este mundo para ser uno más del montón y dejarse humillar; cada ser humano tiene la oportunidad de sobresalir y de luchar por la realización de sus propósitos sin dañar a nadie y, porque no hay necesidad de algo así, cada quien se abre un espacio en este mundo.

Las personas son diferentes y sus diferencias hacen que cada una complementa a la otra con sus habilidades y sus actitudes. Con estos parámetros, no existe la necesidad de dañar a alguien, de provocarle sufrimiento y de alterar su mente.

Francisco era un joven ejemplar, tanto en actitudes y aptitudes dentro de la Escuela y, como es costumbre, su forma de ser levantó muchas envidias por parte de algunos compañeros y de algunos superiores, que sentían cierto temor de que, en algún momento, su puesto se les arrebatara. La inseguridad de otros aviva la inquina y la envidia, sentimientos que contribuyen a la realización de acciones nefastas en contra de la persona que llega a convertirse en la víctima.

La víctima, en este caso, fue Francisco; su pesadilla comenzó un 26 de diciembre con la pérdida de un fusil M14, que se había extraviado cuando se hallaba bajo el mando de un coronel, superior reconocido y temido por todos debido a su fuerte carácter y a los métodos poco convencionales que utilizaba a la hora de resolver algún conflicto. Sobre Francisco recayó la culpa de la pérdida del fusil en aquel pabellón; algunos de sus compañeros, entre los que se encontraba su mejor amigo, Pedro, lo señalaron como el responsable del hurto.

Los días siguientes serían dolorosos para Francisco. El 27 de diciembre, cuando todavía no salía el sol, varios suboficiales e infantes de marina, quienes cumplían órdenes directas del coronel, lo sacaron con engaños de la sede del batallón, en una camioneta asignada al segundo Comandante; lo condujeron a la Capitanía de Puerto y, una vez en ese sitio, lo despojaron de sus ropas, lo ataron de pies y manos, lo subieron a una lancha, donde le preguntaban por el fusil que había desaparecido y, al contestar que no sabía nada al respecto, lo amenazaron de muerte al manifestarle que lo iban a ahogar y que les dirían a

sus familiares que se había ahogado en un patrullaje; lo llevaron mar adentro hasta unas boyas, donde lo arrojaron al agua amarrado de un lazo; lo sacaron del agua cuando estaba a punto de morir y, nuevamente, comenzaron a preguntarle por el fusil M-14; al no obtener una respuesta, le golpearon salvajemente las piernas, razón por la cual duró varios días sin que pudiera caminar.

Después, llevaron al acusado a una finca, en las afueras de Chilví, donde estaba un capitán, quien ordenó que le vendaran los ojos, que le amarraran las manos a la espalda, le introdujeran una media en la boca, le envolvieran el cuerpo con un plástico, le pusieran una toalla alrededor de la cabeza, lo taparon hasta el cuello, le cubrieron la cabeza con una bolsa plástica y empezaron a echarle agua por encima de la cabeza hasta asfixiarlo, mientras, en forma simultánea lo golpeaban en la boca del estómago; también, le tapaban la boca y la nariz mientras lo interrogaban sobre el fusil que se había perdido, lo cual se prolongó por una hora y media aproximadamente; después, en la madrugada, lo llevaron a un quiosco en la cámara de oficiales, donde le soltaron las manos y cuatro personas comenzaron a tirar de él mientras una quinta persona le retorció el cuello contra una baranda, para someterlo posteriormente a golpes tan fuertes que hicieron que defecara en los pantalones y, al final, un cabo segundo le propinó una patada en el oído derecho y se lo reventó.

Pero eso no había terminado; las madrugadas siguientes lo sometieron a las mismas golpizas hasta que amanecía; estuvo sin comer durante varios días por orden del capitán, pues la consigna dada por el coronel era que se debía encontrar el fusil en el menor tiempo posible.

Francisco fue objeto de maltrato físico y psicológico porque lo señalaron como autor del hurto del fusil; estaba desesperado, solo, no podía recurrir a nadie, no oían su llanto, sus súplicas; como solo quería que todo terminara, tomó la determinación de acabar con su vida.

Ese día no fue al desayuno, estaba muy golpeado, solo deseaba descansar, de modo que le dijo a uno de los soldados:

—Ve a comer que aquí, en este lugar, si no te alineas te matan. —Él le contestó diciendo que todo estaría bien, pero esto no sirvió de mucho, porque Francisco solo esperó el momento adecuado, corrió y saltó por la ventana del segundo piso. Se oyó un estallido, como de vidrios que se rompen y un fuerte golpe, como de algo que cae y se destroza, el choque del cemento contra un bloque. Después, los demás soldados, una vez lo vieron, decían:

—¡Se mató, se mató! —pues su cuerpo se encontraba ensangrentado y no estaba consciente, y, tras la sorpresa, todos corrieron a socorrerlo.

Cuando despertó se encontraba en el Servicio de urgencias de Sanidad Naval, donde le contó, entre sollozos, a un médico todo lo que le había ocurrido y le suplicó que lo ayudara; el médico, que sabía lo que allí ocurría, porque había atendido casos semejantes, ordenó que se quedara internado varios días en el Servicio de urgencias, para mantenerlo en observación.

Al incumplir la orden del médico, al infante lo trasladaron de habitación mediante una orden verbal de una capitana. Al día siguiente, en una revisión médica lo encontraron esposado, lo que habían hecho por órdenes de un coronel, que se había ensañado contra él. El médico intercedió por él y, con argumentos de su profesión, logró que, al menos, le quitaran las esposas. Días después, lo dieron de alta de Sanidad Naval, aun en contra de las recomendaciones médicas y psicológicas de que permaneciera en tratamiento.

De regreso, lo sometieron de nuevo al mismo hostigamiento físico y mental. El día 15 de enero lo llevaron otra vez al Servicio de urgencias de Sanidad Naval, pues se había cortado las muñecas, pero ya era demasiado tarde; los médicos no lograron hacer nada por él; esta vez había logrado su cometido y había terminado con su vida. Solo quedaba cubrir su cuerpo.

El médico de guardia se dirigió al teléfono para llamar a su madre y darle la infausta noticia; la pobre mujer no podía creer que su hijo mayor, quien era su esperanza, su luz, ahora ya no estaba; que su vida se había apagado. Su madre llegó por la tarde, reconoció el cuerpo y cayó desmayada ante él; los presentes, avergonzados por lo que había sucedido con el muchacho, solo podían tratar de consolarla. Al fin, y después de algunos trámites su familia, solo recibió los restos de todos los sueños que tenía Francisco, junto con los restos de su cuerpo y una autopsia, en la que se encuentra descrita en detalle cada marca que las torturas le dejaron.

Sus compañeros se decían si eso había estado bien; comenzaron a preguntarse si realmente era necesario utilizar la violencia para que alguien debiera hablar, pero muchos llegaban a la misma conclusión: bajo ninguna regla se puede atentar contra otra persona y menos si no existen motivos que llegaran a esgrimirse para tratar de justificar lo injustificable; en este caso, se había elegido a una víctima por la que se creyó que nadie llegaría a hablar.

Todos murmuraban en los pasillos por lo que lo había ocurrido con el muchacho; hay distintas versiones, pero la verdad se la llevó consigo Francisco. El fusil que se había perdido nunca apareció, pero acabó con su vida. Era lamentable la situación; nadie quería hablar, pero tampoco llegar a padecer la misma suerte, pero todos sabían que algunos de los altos mandos se llevaban los fusiles para venderlos a la guerrilla y al narcotráfico que se movían en la zona. Nadie se atrevía a decir nada, pues sabían por las torturas que pasaría quien se atreviera a hacerlo; se ensañarían con quien denunciara a los culpables, como se habían ensañado en contra de Francisco.

Pero Francisco contaba con una amistad que no iba a fallarle; ese era Felipe, que había entrado a la milicia para defender a su país y por convencimiento propio había llegado a la Marina con ayuda de sus padres, que eran unos altos funcionarios del Estado; por eso admiraba a Francisco, un muchacho que sin tener nada había logrado mucho; había mostrado que no hay duda alguna que cuando alguien se propone algo, lo logra a pesar de las carencias y la pobreza en las que viviera su familia.

Felipe estaba dispuesto a encontrar la verdad y hacer que la vida de su compañero se justificara como la vida de cualquier otro ciudadano, porque, con lo que había pasado, no solo habían matado su cuerpo, sino, también, les habían dado muerte a sus sueños, a la esperanza de una familia, que hubiera podido salir adelante con lo que hubiera logrado Francisco. Felipe creía que esta era una sociedad donde valía más lo que se aparenta que lo que realmente importa; una sociedad donde muchos vivían equivocados e idolatraban lo ficticio, idolatraban algo que no existía, porque se aplaudía al cuerpo armado nacional por sus hazañas y se le tapaban muchas injusticias o se las hacía pasar por algo minúsculo, cuando no era así; pensaba que con la vida de alguien no se negocia. Felipe, con valentía, instauró la denuncia para que se conociera lo que había ocurrido; así, comenzó un largo proceso jurídico, donde los culpables finalmente pagaron por sus delitos, pero, aunque se hizo justicia, nada le devolvería la vida a ese soñador; de él solo quedaba el recuerdo: quienes lo conocieron lo recuerdan aún como ese joven que, con el esmero y sacrificio que le ponen aquellos que nunca han tenido todo a su alcance, tratan de lograr sus sueños de sacar adelante a su propia vida y la vida de su madre, de sus familias; alcanzan a entender y aceptar que, después de las golpizas y abusos a los que lo sometieron, ya no tenía ganas de vivir, pero se preguntan una y otra vez por qué sus superiores se ensañaron contra él, pues era un gran ser humano, una persona intachable, con muchos deseos de salir adelante y, además, era uno de los más vulnerables; como provenía de una familia de bajos recursos, seguramente por la misma razón creyeron que no podría quejarse o hacer algún reclamo. Él luchaba por su vida; de otra forma, no hubiera soportado tanto, pero las golpizas que le propinaron, hasta dejarlo sin aliento, lo llevaron a que bajara la guardia y asumiera que la vida no valía nada; no resulta improbable pensar que cualquier ser humano, bajo la presión y la violencia de la que era víctima, hubiera optado por la misma salida.

Francisco amaba la vida y defendía la integridad del ser humano; en algunos momentos, cuando había que hacer guardia, les contaba historias a sus compañeros sobre lo que él quería hacer en beneficio de otros; no quería que otras personas repitieran el sufrimiento por el que él había pasado en su niñez; había sufrido la muerte de su padre y para su madre había resultado dificultoso educarlo y alimentarlo; habían pasado por muchas andanzas.

Era de los compañeros más compasivos y apegados a sus principios; no solía tomar y mucho menos utilizar psicotrópicos, algo de lo que se lo acusó en el transcurso de las múltiples audiencias que se hicieron durante el proceso que buscaba esclarecer los motivos

por los cuales a Francisco lo habían torturado sin compasión. Esta versión no resiste el peso del análisis, puesto que siempre pasó los controles médicos y nunca hubo indicio de que existiera alguna sustancia extraña en su sangre; esa afirmación la generaron aquellos que querían salvar la responsabilidad respecto de su muerte.

Varios de sus compañeros dieron fe de ello: él había sido un amigo leal y un militar íntegro, lo que levantó muchas envidias, pues había obtenido las mejores calificaciones y el mejor rendimiento en combate; inclusive en los exámenes de manejo de embarcaciones y pilotaje marítimo había resultado ser muy eficiente.

Resulta lamentable, pero se está en una sociedad en la que importa más la envoltura que el contenido, importa más la imagen que el respeto a los derechos de las personas; importa más vivir en un sistema hecho a base de miedo que en un sistema basado en la inteligencia y el manejo racional de las situaciones. En una sociedad donde hay diferentes matices y nada es en definitiva negro o blanco, se debe ver que la única opción para mejorar al ser humano es mediante la no violencia. Parece un anacronismo que en pleno siglo XXI aún se acepten esas diferencias, cuando la verdad se unifica en la no-violencia y si no se ajusta a ella pues debe castigarse.

La justicia es muy severa contra algunos y muy blanda para otros, pero la justicia no debería establecer esas diferencias, solo debería aplicarse; no debería distinguir entre situaciones, circunstancias y personas. Para vivir en una conexión y armonía, se debería ser partícipes de la búsqueda del castigo para los transgresores de la ley.

Todo ser humano se incluye en la esfera que corresponde al respeto de los derechos humanos; por tanto, se resalta que instituciones y entidades militares también lo están, así que la ley se debería aplicar con la misma rigurosidad que se asume para castigar a los civiles.

La historia de Francisco debería servir para aprender que todos los actos tienen consecuencias y que cada uno debe asumir sus responsabilidades; bajo ninguna circunstancia debe recurrirse a la violencia y afectar la dignidad de alguien inferior, con utilización de torturas para trabajar la resistencia psicológica del ser humano, de modo que lo pudieran llevar a tomar decisiones, como la que tomó Francisco, que actuó coaccionado por lo que le había sucedido.

MELINA SE VOLVIÓ LOCA

Me enamoré de Melina un día de aquellos cuando las casualidades permiten encontrar un complemento; la recuerdo con una sonrisa, con esa alegría propia de quien es libre y va por el mundo para dejar una señal de lo bonito que puede ser vivir si se lo sabe hacer sin temores. Ella era una mujer valiente, sin vacilaciones, que sabía lo que quería y lo que se merecía; de una personalidad arrasadora, era intensa, apasionada e implacable en sus decisiones; es lo que me enamoró de ella, su seguridad y su actitud frente a la vida; me llenó de ilusión el saber que había encontrado a alguien con quien compartir el resto de mis días.

Nuestro noviazgo fue un poco complicado por las distancias; convivimos poco tiempo y no logramos compenetrarnos, ni conocernos lo suficiente, pero decidimos dar un paso adelante, porque nos amábamos; al parecer, ese era el único requisito para casarse y para comenzar una vida juntos. En el sur, las personas tienden a ser emocionales y demasiado ilusas al pensar que el cariño y el amor pueden lograr que las personas cambien su forma de comportarse, pero sucede que, con el tiempo, los hábitos y su actuar se acentúan bajo determinado ambiente y circunstancias.

Los primeros años de convivencia fueron lucidos, plenos de felicidad hasta la llegada de nuestra primera niña; el embarazo, los cambios fisiológicos y psíquicos que trae consigo hicieron de Melina una mujer irascible, ansiosa, angustiada por el futuro, que se sentía frustrada por no haber podido desarrollarse profesionalmente, pues anhelaba realizarse y cumplir otros objetivos; ella sentía que con aquel embarazo había acabado todo.

Yo, pues, la ayudaba y trataba de que no se sintiera así; siempre le mostraba mi amor, con palabras, con detalles y con ayuda en el hogar. No soy un hombre perfecto, pero puedo afirmar con seguridad que, como pareja, hice mi mejor esfuerzo, pero hay algo que no se puede cambiar, y esa es la forma que el otro tiene de ver las cosas, desde su propia óptica; hoy me doy cuenta que se puede crear un paraíso para el otro, pero si el otro no está dispuesto a ser feliz en él, todo lo que se hiciera resulta inútil.

Cuando nació nuestra primera hija, trajo consigo regocijo y felicidad a nuestras vidas, pero fue breve, pues las noches interminables, el agotamiento que un bebé puede ocasionar hicieron mella en la alteración de sus nervios. Cada día se levantaba triste, renegada y melancólica debido a la falta de sueño; fue perdiendo el apetito, hasta llegar a un punto de no probar alimento, por lo que decidí pedir ayuda profesional; fuimos con el psicólogo y el diagnóstico fue una depresión postparto, que había llevado a que ella sintiera que había perdido parte de su ser, pues nuestra niña ya estaba en este mundo.

Asistió a algunas terapias, porque no le podían prescribir medicamentos debido a que se hallaba en el periodo de la lactancia; fueron pasando los días y ella comenzó a mostrar mejoría, comenzó a reír, a hacer sus deberes y, sobre todo, se veía que se había abierto a considerar nuevas posibilidades.

Nuestra pequeña fue creciendo y Melina tuvo la oportunidad de reiniciar sus proyectos; ahora contaba con disponibilidad de tiempo para establecerse y concretar sus sueños; era hermoso ver cómo cada tarde llegaba a casa con ese ímpetu de preparar la cena, contarle su cuento a nuestra niña antes de dormir y llenarme de caricias; cada día era asombroso; de nuevo estaba perdidamente enamorado de su forma de ser, de su habilidad para hacer las cosas y esa original manera de ver la vida, pero todo no es perfecto; de manera inesperada, comenzó a tener sueño y a sentir cansancio, lo que se constituyó en una alarma que indicaba que algo no andaba bien, más aún cuando llegó la fecha de su periodo y no sucedió; una prueba de embarazo dio a conocer que en camino venía nuestra segunda pequeña; yo estaba gozoso, pues, aunque fue una sorpresa, no teníamos de qué preocuparnos debido a que pasábamos por una situación económica estable.

Lo cierto era que no habíamos planificado tener un bebé, pues ella siempre se cuidaba y era sumamente concienzuda, pero así son las cosas, sucedió y yo estaba dispuesto a asumir la responsabilidad y lo que conlleva traer un nuevo ser. Nuestra relación afectiva siempre fue sólida, entonces no había ninguna duda de que los dos queríamos acoger en nuestra familia a ese nuevo ser. Aún logro ver esa expresión de desconcierto y zozobra en el rostro de Melina; decía que sentía que el mundo se le venía encima, yo no la entendía; su vida estaba encauzada, sus proyectos estaban culminados, teníamos una familia hermosa, pero, para ella, nunca resultó suficiente, pues siempre quería algo más.

No podía creer que aquella felicidad en la que vivíamos se desvaneciera en poco tiempo; lo cierto es que comenzó a romper todo y a asustar a nuestra pequeña; una noche, que parecía interminable, logré abrazar a mi hija y salir a caminar, hasta que pudiera calmarse; pensé que era parte de lo repentino que para ella había sido la noticia; para mi sorpresa, al regresar la encontré tirada en el baño, en medio de un charco de sangre; tomé el teléfono y pedí ayuda, llegó la ambulancia y, gracias a Dios, pudimos salvarles la vida a ella y a mi otra pequeña, que aún se encontraba en su vientre.

De regreso a casa, mostró alguna mejoría, estaba más tranquila; decidimos que tendríamos a nuestra pequeña o, bueno, debo decir que casi la obligué a que la tuviera; éramos dos personas adultas y lo correcto era asumir nuestra responsabilidad ante ese embarazo; no actuar como si se tratara de unos adolescentes, como, al final, se hizo; siempre la había apoyado en absolutamente todo, sin dudar ni hacer cuestionamientos, pero en esta oportunidad no estaba de acuerdo con ella y prácticamente tomé la decisión, por ambos, de

que traeríamos al mundo a nuestra pequeña; ella era renuente, pero yo la amenacé con que iba a abandonarla, con que iba a denunciarla y a llevarme a mi pequeña.

Esto era lo que debía hacer; que el cielo me juzgue si sometí a alguien a que hiciera algo que no quería, pero sobre la voluntad personal estaban nuestros principios y la vida de un ser indefenso. Cada día me observaba con resentimiento, con recelo y rencor; aun cuando era difícil soportar ese desprecio de la persona que amaba, yo traté de hacer caso omiso hasta el nacimiento de nuestra segunda niña, que es una bendición.

Yo no me arrepiento y creo que no hice nada adverso para que Melina pudiera provocar un ciclo de actos que atentaran contra la tranquilidad de nuestro hogar. No le di motivos para que hubiera una turbación en los pensamientos de Melina en cuanto a alguna supuesta infidelidad de mi parte.

Al tener dos niñas, había que estar pendientes de sus necesidades, no solo económicas, sino también emocionales. De esta manera, Melina tomó las riendas del hogar y yo me ocupaba de sustentar los gastos, pero jamás me desligué de asumir las funciones como padre; todos los domingos realizábamos actividades para fomentar la unidad familiar; solíamos ir de vacaciones a las afueras de la ciudad, a la finca de mis padres; nunca vi nuevos indicios que llevaran a pensar que Melina estuviera pasando por alguna crisis emocional y mucho menos que fuera agresiva con las dos pequeñas.

Era a comienzos de diciembre, cuando culminaban los estudios; todos estábamos con la presión de cierre de año, tanto en el trabajo como en los estudios y responsabilidades; nuestras hijas eran lo primordial; no sé si era la presión, el estilo de vida conservador y precavido con el que encauzábamos nuestra vida o si, tal vez, la rutina se constituyó en el detonante del stress y la agresividad de Melina, lo que comenzó a notarse.

Primero fue la crueldad con la que castigó a nuestra hija mayor: le pegó dos bofetadas y la empujó por las escaleras solo por haber llegado tarde de una reunión; luego, la escena de los platos rotos en la mesa, porque nadie llegó a la hora que ella nos había convocado para la cena; después, los continuos insultos e insinuaciones de una posible infidelidad de mi parte, la que solo era producto de su imaginación, pues nunca existió; su actitud y su forma de actuar hicieron que yo me alejara y me volviera reacio a su compañía.

Creaba historias y, a veces, hasta llegó a insultar a alguna compañera de trabajo por el simple hecho de que me llamara o me saludara en la calle; comenzó a seguirme a la oficina con excusas, que solo eran el resultado de sus celos enfermizos, pero la situación se salió de control cuando amenazó con que iba a quemar nuestro apartamento, con ella y mis hijas dentro. El ambiente era insoportable, vivía con temor de que les pudiera hacer algo a mis niñas o que atentara nuevamente contra ella misma. Entonces, me di cuenta que mi hogar se estaba convirtiendo en un infierno y se estaba llevando consigo a mis hijas, algo que de

ningún modo podía permitir. Comencé a indagar en su pasado y encontré que el abuelo de su madre había permanecido internado en una clínica para enfermos mentales; por supuesto, su familia había sabido disimular muy bien su existencia.

Fue una alarma para que yo pudiera pedir ayuda, pues llegué a la conclusión que Melina estaba enferma; no se trataba solo de su maldad, su obsesión por la perfección o el ímpetu por ser competitiva. Esto era otro nivel de agitación de su personalidad, algo que se escapaba de su control, pues no resulta normal que una madre maltrate a sus hijos y menos que inventara historias fuera de contexto para conseguir llamar la atención y hacer el papel de víctima.

Ahora me doy cuenta de que no es normal; Melina se niega a aceptar que padece una enfermedad y que necesita ayuda especializada; resulta muy difícil ayudar a una persona que no admite que está mal y que necesita de profesionales que se hicieran cargo de su enfermedad; como sé que el proceso será largo, yo no estoy dispuesto a esperarla y acompañarla. Hoy me he dado cuenta de que esa enfermedad siempre estuvo allí presente en sus genes, en su forma de ser; simplemente, se requería de tiempo para que se desarrollara; ella rechazó mi ayuda y dejó que sucedieran algunas cosas que me llevaron a reaccionar; ni siquiera pensó en nuestras hijas; no quiero hacerlo; ahora mi prioridad es defender y proteger a mis hijas de su propia madre, y no es porque ella fuera una mala madre; simplemente, ella ahora tiene que sobreponerse a su enfermedad.

Melina está incapacitada para poder cuidar de mis hijas y, por ese motivo, solicito a la justicia un amparo para que yo pudiera cuidar de ellas, pues no las quiero perder; no me lo podría perdonar si algo llegara a sucederles; sus vidas y su tranquilidad están en juego, su futuro. Algunos daños físicos y emocionales son irreversibles y mis niñas aún están iniciando la etapa de la pubertad, cuando necesitan bastante amor y consideración, pues es un momento en que se las debe guiar y acogerlas para que cada una pueda encaminar su vida.

Pido que puedan comprenderme, no se trata de mí o de Melina, se trata de nuestras hijas, ellas son la prioridad, a las que se debe cuidar y proteger. Melina está enferma y debe curarse; nunca me opondré a que les hiciera alguna visita, siempre y cuando fuera acompañada de un especialista, hasta que pueda recuperarse, pero por ahora necesito salvaguardar sus vidas.

Todos los días voy a visitar a mis pequeñas, a recogerlas y tratar de pasar el mayor tiempo con ellas, para asegurarme que se encuentren bien; esto es una pesadilla, hace meses que no puedo dormir bien al pensar en lo que podría sucederles; a veces, las llamo a medianoche, con alguna excusa; esto se ha convertido en un suplicio. Nadie merece vivir con incertidumbre y menos aun cuando hay niños de por medio.

No entiendo aún el proceder de la justicia, pues se deberían proteger los derechos de quienes son indefensos y bajo el razonamiento que están corriendo riesgo. Logré sacar un diagnóstico del perfil de quien fuera mi esposa Melina; aquí muestro con hechos la gravedad de su enfermedad y lo que trae consigo.

Es un hecho fehaciente lo que puede causar este tipo de trastornos mentales, los que necesitan que se asuman y traten para bienestar de la persona y de los suyos, pues enfermedades como esta no solo afectan a la persona que la padece, sino también a quienes la rodean. Mis hijas están sufriendo al ver a su madre en ese estado deplorable; por eso, necesito tenerlas junto a mí, para poder ayudarles a que vean la vida desde otra perspectiva; no se les está quitando su madre; simplemente, por ahora, es lo que debe hacerse para que ella se recupere y, también, para que todos pudiéramos sobrellevar y superar esta situación.

Pues, estoy aquí pidiendo la tenencia de mis hijas, que se encuentran en riesgo; espero puedan entender la magnitud del problema y ver de una manera racional mi proceder. No quiero alejar a mis hijas de su madre; solo deseo salvaguardarlas, hasta que ella pueda recuperarse; bajo ningún motivo ella se encuentra en sus facultades para que pudiera cuidar a mis hijas. No quiero imaginar lo que pudiera suceder si esto no se previene; nunca se sabrá cómo puede reaccionar una persona que ha perdido el sentido de la realidad.

Espero que, con lo dicho y mostrado, con las pruebas pertinentes pueda tenerlas conmigo; sería lo más recomendable para que ellas pudieran desarrollar sus habilidades en un ambiente saludable, donde se les brindaran las oportunidades y los cuidados para que pudieran lidiar con la ausencia de su madre.

Un juez, al conocer este caso, decidió a mi favor, lo que aún recuerdo con lágrimas en los ojos; luego, abracé a mis hijas y les prometí que íbamos a estar bien. Fue un momento de júbilo y alivio, pues sabía que conmigo las dos estarían a salvo. Sus rostros denotaban esperanza, pues querían a su madre a pesar de todo, pero a su corta edad comprendían que estaba enferma. No la juzgaron ni menos la culparon; al contrario, siempre que pueden la visitan y comparten momentos con ella.

Hoy se cumplen tres años del proceso; mis hijas ya son adolescentes y pueden hablar de lo sucedió en aquel momento y bajo qué circunstancias tuvieron que alejarlas de su madre; entienden que fue por su bien y por el bien de Melina. Siempre se encuentran madre e hijas y pueden, poco a poco, sanar las heridas y convivir. El tratamiento de su madre aún es largo, pero poco a poco se están viendo resultados; ahora ya no es renuente a los medicamentos y acepta la ayuda de los demás; su familia también entendió que nada se lograba con ocultar el problema, que se lo debía enfrentar.

De esta manera, he podido sacar adelante a mi familia, en lucha contra un sistema de justicia que juzga en base a leyes de una sociedad aun prejuiciosa, donde parecía increíble

que un hombre pudiera ser víctima de violencia intrafamiliar, con normas que poco avanzan y poco logran satisfacer las necesidades de aquellos que se encuentran expuestos a ser víctimas. En este caso, mis hijas tuvieron a alguien que las protegiera y luchara de forma incansable por su tranquilidad, pero me pregunto qué hubiera sido de ellas si yo no hubiera estado para favorecerlas.

En una sociedad donde el ritmo de vida es acelerado, el stress y muchos factores hacen que las personas colapsen, es indispensable que existan centros de ayuda y que en las escuelas se puedan detectar a tiempo a quienes se encuentran en riesgo para poder prevenir males posteriores. En las familias no se debe ser indiferentes ante indicios de algún familiar que estuviera actuando en una forma que diera a pensar que algo anda mal o se halla fuera de lugar, pues se debe constituir una sociedad donde todos cooperen para poder criar ciudadanos sanos, libres, que desarrollen todas sus habilidades, su potencial y sus destrezas; para no truncar el futuro de los niños y los adolescentes, se debe actuar.

LA JUSTICIA ESTABA POR LLEGAR...

Entre las montañas de Nariño, se encuentra un pequeño caserío, de gente amable y trabajadora: Altaquer, que cuenta con un paisaje majestuoso, hay árboles muy altos y frondosos; también, la hierba es abundante y verde, se oye el canto de las aves y el ruido de las ramas de los árboles cuando sufren los embates del viento. El ambiente es muy cálido; el verde de los llanos y el cielo azulado hacen juego con la belleza de sus mujeres.

De pronto, un buen día, el hermoso paisaje se tornó grisáceo, como si presagiara la llegada de la desgracia. En la madrugada de un 9 de agosto de 2006, se respiraba un aroma a muerte; aún no salía el sol cuando llegaron unos hombres encapuchados al Corregimiento de Altaquer y mataron a sus moradores: varias fueron las víctimas.

La dueña de la panadería que se ubicaba en el parque central cuenta que, cerca de las 4 de la tarde, cuando los trabajadores volvían a sus casas, llegó una camioneta con hombres encapuchados; en la zona ya se sabía sobre la presencia de grupos armados, sin embargo no podía evitar que el miedo la invadiera, por lo que, apresurada, cerró su panadería y, por una de las ventanas de la casona donde se hallaba, trató de ver lo que sucedía; asegura que se bajaron cuatro personas, mientras otros cuantos aguardaban en la camioneta, y entraron a la casa de don Vicente, desde donde se oyeron unos estruendos; su hijo la retiró de la ventana para buscar que se resguardara mientras el peligro pasaba; minutos después, la camioneta arrancó y salió doña Lucila, que así se llamaba, gritando por ayuda, pero ya era demasiado tarde, pues lo habían matado, habían matado a don Vicente, su esposo.

Cerca de las 6 de la tarde ya no se escuchaba un alma, todo era silencio, como si la muerte hubiera recorrido calle por calle del caserío; ya en la mañana, las personas salieron a hablar y dijeron que don Vicente no había sido la única víctima, sino que dos hombres más habían muerto a manos de los encapuchados. Parecía, según los relatos de los habitantes, como si la muerte se hubiera instalado por esos días en Altaquer y no tuviera la intención de salir del pequeño pueblo.

Desde ahí, comenzó una investigación que buscaba dar con los responsables de los múltiples homicidios que, por esos tiempos, se presentaban en diferentes lugares del municipio de Barbacoas; la gente murmuraba que los responsables de lo sucedido eran unos guerrilleros, a quien conocían con los alias de Alex y Chumager, dos hombres fornidos y malencarados, que causaban miedo en las personas, pero, al día siguiente, se conoció que, en Ricaurte, hubo unos enfrentamientos entre un frente de las FARC y el Ejército Nacional, donde abatieron a los antes mencionados guerrilleros; la gente no podía salir del asombro,

pues estos dos eran unos delincuentes que, durante mucho tiempo, habían estado en la mira de las autoridades y por quienes se ofrecía una recompensa; con un aire de tranquilidad, las personas comentaban lo sucedido, pero otros, que no estaban convencidos de eso, afirmaban que no habían muerto a manos del ejército, sino alguien diferente estaba detrás de lo ocurrido; además, el 7 de noviembre de 2006 aparecieron muertos dos hombres que, al parecer, eran miembros de un frente de las FARC, pues algunos decían que los habían visto en sus filas y que se paseaban a menudo por los pueblos de la zona, pero no se sabía a qué había obedecido su muerte.

La violencia siguió presente y la población ya podía vivir con eso como si fuera su una compañera cotidiana; las noticias sobre asesinatos y de robos ya no causaban sorpresa, pero, para esas fechas, sucedió algo que estuvo en boca de muchos y en el ojo de las autoridades. En Ricaurte, miembros de un grupo armado entraron a la casa de José Montes, donde se encontraban su esposa y su hijo y los mataron a sangre fría; la población estaba muy conmocionada, puesto que se trataba de un señor de aproximadamente unos 60 años, que era agricultor y de muy buen corazón, pues había ayudado a la gente y se había ganado el respeto y cariño de sus vecinos; además, lo conocían en los pueblos de los alrededores porque había asumido su vocería; se comentaba que no le había hecho daño a nadie; que, por el contrario, vivía tranquilo en su finca con su esposa y su hijo, que no tenía más de 17 años; decían que el grupo armado habría ido a cobrar las llamadas vacunas, que a algunos agricultores les pedían por esos tiempos y, al parecer, el señor Montes, cansado de esos abusos, se había negado a pagarla, por lo que los delincuentes cumplieron con su amenaza para los que no pagaran y lo mataron, junto con su familia.

A finales de marzo de 2008, se supo sobre una Resolución que daba a un señor Omar como el responsable de lo sucedido en Altaquer y también de la muerte de los dos guerrilleros, el 10 de agosto, en Ricaurte; se le imputaban los cargos de homicidio y concierto para delinquir agravado.

Dentro de la misma averiguación, se encontraba el nombre de un señor Jonathan, a quien se lo acusaba de los mismos delitos, pero, además, de haber sido el autor de los homicidios del 7 de noviembre de 2006; la investigación continuó y el Juez los halló culpables de los hechos y los sentenció a 33 años y 4 meses de prisión.

Las autoridades, para llegar hasta los responsables, llevaron al juicio a varios de los testigos que, por miedo a las consecuencias, decidieron hacer frente a la situación para acabar con las matanzas en las zonas; poco después, el abogado del señor Omar interpuso un recurso de apelación, pues alegaba la presunta inocencia de su defendido.

El proceso duró alrededor de un año, por lo que no se comentaba cosa diferente entre los moradores de la zona; varias eran las especulaciones, además del temor relacionado con que los condenados pudieran salir libres; sin embargo, el estudio del caso dio por ratificada

la decisión de un principio y corroboró la condena a los culpables por los múltiples delitos que se habían presentado.

Altaquer nuevamente volvió a respirar un aire de tranquilidad; la pesadilla parecía haber terminado y su gente volvió a caminar por sus calles sin miedo a que los acribillaran de un momento a otro; los niños volvieron a sonreír y ahora sus preocupaciones solo se relacionaban con las tareas de la escuela; los campesinos volvieron a cultivar sus tierras sin temor a que otros se apropiasen de sus ganancias.

BIBLIOGRAFÍA

ABAD, Francisco. *Géneros literarios*. Barcelona: Salvat, 1991.

BAJTÍN, Mijaíl. *Estética de la creación verbal*. México: Siglo veintiuno, 1997.

BONET, Rubén. Literatura bajo presión. Antología de crónica latinoamericana actual, de Darío Jaramillo Agudelo, editor. Recuperado de: <http://revistareplicante.com/literatura-bajo-presion/>

CÁCERES RAMÍREZ, Orlando. Crónica periodística. Concepto y ejemplos. Recuperado de: <http://reglasespa.nol.about.com/od/redaccionperiodistica/a/Cr-Onica-Period-Istica.htm>.

CANTAVELLA, Juan y SERRANO, José Francisco. *Redacción para periodistas: informar e interpretar*. Barcelona: Ariel, 2004.

CARLINO, Paula. *Escribir, leer y aprender en la Universidad. Una Introducción a la alfabetización académica*. Buenos Aires: FCE, 2005.

CARLINO, Paula. La escritura en la investigación (conferencia). Recuperado de: <http://live.v1.udesa.edu.ar/files/escedu/dt/dt19-carlino.pdf>

CARNELUTTI, Francesco. *Cómo se hace un proceso*. Bogotá: Temis, 2007.

Código Penal. Bogotá: Legis, 2016.

Código de Procedimiento Penal. Ley 906 de 2004. Bogotá: Legis, 2016.

EGAN, Linda. *Carlos Monsiváis. Cultura y crónica en el México contemporáneo*. México: Fondo de cultura económica, 2004.

GARCÍA MADRAZO, Pilar y MORAGON GORDON, Carmen. *Literatura*. Madrid: Pirámide, 1997.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *Crónica de una muerte anunciada*. Barcelona: Penguin Random House, 2014.

GARCÍA MORENO, Silvia Helena. *Relato de un encuentro entre palabras*. Medellín: Artes y Letras, 2006.

JOLIBERT, Josette. *Interrogar y vivir textos auténticos: Vivencias de Aula*. Santiago: Dolmen, 1998.

JORDAN, Wilfredo. Ejemplos de crónica. Recuperado de: <http://wilfredojordan.blogspot.com/2008/05/ejemplos-de-crónica.html>

KREMER, Harold. A propósito del género crónica. El taller de crónica. Recuperado de: <http://www.bibliotecanacional.gov.co/caja-herramientas/sites/default/files/recursos/Genero%20cronica.pdf>

MARQUES DE MELO, José. La crónica como género periodístico en la prensa luso-brasileña e hispano-americana: contrastes y confrontaciones. Recuperado de: <http://dialogosfelafacs.net/wp-content/uploads/2012/01/34-revista-dialogos-la-cronica-como-genero-periodistico.pdf>

MARTÍN-BARBERO, Jesús. Ciudad Educativa: De una sociedad con sistema educativo a una sociedad del conocimiento y el aprendizaje. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=-zbDedIIuO8>.

MENÉNDEZ, Marina. Las crónicas de Indias. Recuperado de: <http://lenli.wordpress.com/2011/05/25/las-cronicas-de-indias/>

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL. *Leer para comprender, escribir para transformar. Palabras que abren nuevos caminos en la escuela*. Bogotá: MEN, 2013.

ORTIZ ROMO, Estela. La crónica: lo que es y lo que no es. Recuperado de: http://www.uaemex.mx/identidad/docs/cronicas/TOMO%20VIII/lo_que_es_y_no_es.pdf.

RINCÓN BONILLA, Gloria. *Los proyectos de aula y la enseñanza y el aprendizaje del lenguaje escrito*. Bogotá: Kimpres, 2012.

SALAZAR ESCALANTE, Jezreel. La crónica: una estética de la transgresión. Recuperado de: <http://www.ra.zonypalabra.org.mx/anteriores/n47/jsalazar.html>

SENADO DE LA REPÚBLICA. *Constitución Política de Colombia*. Bogotá: Legis, 2016.

VÁSQUEZ RODRÍGUEZ, Fernando. *El quehacer docente*. Bogotá: Universidad de La Salle, 2013.

YANES MEZA, Rafael. La crónica, un género del periodismo literario equidistante entre la información y la interpretación. Recuperado de: <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero32/cronica.html>

ZIMMERMAN A., Mario. La crónica latinoamericana como espacio de resistencia al periodismo hegemónico. Recuperado de: http://humanidades.unlam.edu.ar/descargas/4_A145.pdf

ZULETA, Estanislao. Sobre la lectura. Recuperado de: http://www.mineducacion.gov.co/cvn/1665/articles-99018_archivo_pdf.pdf